



ARGUMENTO

Cuando la adolescente de 17 años Valerie Russell se escapa a Nueva York, está intentado escapar de una vida que la ha traicionado del peor modo. Tomando una nueva identidad, se une a una pandilla que vive en el sistema de laberintos subterráneos de la ciudad.

Pero hay algo raro en los nuevos amigos de Val. La impulsiva Lolli habla de monstruos en los túneles a los que llaman hogar y de un polvo brillante color ámbar que hace que las sombras a su alrededor dancen. El severo Luis afirma hacer tratos con criaturas que nadie más puede ver. Y después está el hermano de Luis, el tímido y sensible Dave, que comete el error de dejar que Val vea como hace una entrega a una mujer que tiene pezuñas en vez de pies.

Pronto Val se encuentra a sí misma al servicio de un troll llamado Ravus, que es tan horrendo como honorable. Y cuando Val llega a conocerle, se encuentra desgarrada entre el afecto por el honorable monstruo y el miedo a lo que puedan hacer sus nuevos amigos.

Una historia sobre la traición, el abuso, la amistad y el amor.

PRÓLOGO

*Pues aprenderé de la flor y la hoja
Ese color en cada gota que sostienen,
Cambiar el inerte vino de culpa
En oro viviente.*
Sara Teasdale, "Alquimia"

La mujer árbol se atragantó con el veneno, la savia lenta de su sangre ardía. La mayor parte de sus hojas ya habían caído, pero las que quedaban se mostraban renegridas y marchitas a lo largo de su espalda. Arrancó sus raíces de la tierra profunda, largas hebras que se acobardaron en el frío tardío del aire otoñal.

Una verja de hierro había rodeado el tronco durante años, el hedor del metal le era tan familiar como cualquier pequeña dolencia. El hierro la abrasó cuando arrastró sus raíces sobre él. Se tambaleó sobre la acera de cemento, sus lentos pensamientos árbol se llenaron de dolor.

Un humano que paseaba dos perros pequeños tropezó contra la pared de ladrillo de un edificio. Un taxi chirrió hasta detenerse e hizo sonar su bocina.

Las largas ramas resbalaron sobre una botella cuando la mujer árbol gateaba para apartarse del metal. Miró hacia el cristal oscuro mientras este rodaba por la calle, observando los restos del veneno amargo que salían por el cuello de la botella, viendo el garabato familiar en la pequeña tira de papel asegurada con cera. El contenido de esa botella debía haber sido un tónico, no el instrumento de su muerte. Intentó levantarse otra vez.

Uno de los perros empezó a ladrar.

La mujer árbol sentía el veneno trabajando en su interior, ahogando su respiración y aturdiendo su mente. Había estado gateando hacia alguna parte, pero ya no podía recordar adonde. Oscuros parches verdes, como magulladuras, florecieron a lo largo de su tronco.

—Ravus, —susurró la mujer árbol, la corteza de sus labios se agrietaba—. Ravus.

Capítulo 1

*Ahora, he aquí, para que veas,
toma toda la carrera que puedas,
para mantenerte en el mismo lugar.
¡Si quieres llegar a algún otro sitio,
debes correr al menos dos veces tan rápido como eso!*
Lewis Carrol, A través del espejo.

Valerie Russell sintió algo frío tocar la parte baja de su espalda y se dio la vuelta, golpeando sin pensar. Su puño conectó con carne. Una lata de soda golpeó el suelo de cemento del cuarto de taquillas y rodó, el pegajoso líquido marrón burbujeó mientras se encharcaba. Otras chicas levantaron la mirada mientras se cambiaban y empezaron a reír tontamente.

Alzando las manos en burlona rendición, Ruth se rió.

—Era solo una broma, Princesa Perfecta de Perfectilandia.

—Lo siento —se obligó a decir Val, pero la repentina furia por la sorpresa no se había disipado del todo y se sentía como una idiota—. ¿Qué estás haciendo aquí abajo? Creía que estar cerca del sudor te daba alergia.

Ruth se sentó en un banco verde, con aspecto exótico embutida en una chaqueta de esmoquin pasada de moda y camisa larga de terciopelo. Las cejas de Ruth eran finas líneas de lápiz, sus ojos delineados con rimel negro y sombra roja la hacían parecer una bailarina de Kabuki. Su pelo era de un negro lustroso, más pálido en las raíces y trenzado con hebras púrpuras. Tomó una profunda calada de su cigarrillo y sopló el humo en dirección a una de las compañeras de equipo de Val.

—Solo mi propio sudor.

Val puso los ojos en blanco, pero sonrió. Tenía que admitir que era una respuesta fantástica. Val y Ruth eran amigas desde siempre, desde hacía tanto que Val estaba acostumbrada a que esta le hiciera sombra, a ser la "normal", la que recibía las frases ingeniosas, no las que las soltaba. Le gustaba ese papel; la hacía sentir a salvo. El Robin del Batman de Ruth. El Chewbacca de su Han Solo.

Val se inclinó para quitarse de una patada las zapatillas de lona y se vio a sí misma en el pequeño espejo de la puerta de su taquilla, mechones de pelo naranja sobresaliendo de un pañuelo verde.

Ruth se había estado tiñendo su propio pelo desde quinto, primero de colores que podías comprar en el supermercado, después de colores hermosos y alocados como verde sirena o rosa chillón, pero Val solo se lo había teñido una vez. Había sido de un castaño rojizo comprado en tienda; algo más oscuro y rico que su propio color pálido, pero había conseguido su objetivo de todos modos. Por aquel entonces, su madre la castigaba cada vez que hacía algo para demostrar que estaba creciendo. Mamá no quería que llevara sujetador, ni que se pusiera camisas cortas, y no quería que tuviera citas hasta el instituto. Ahora que estaba en el instituto, de repente, su madre la empujaba a maquillarse y tener citas. Sin embargo Val se había acostumbrado a echarse el pelo hacia atrás con pañuelos, y a llevar vaqueros y camisetas, y no quería cambiar.

—¡Tengo algunas estadísticas para el proyecto bebé-harina; y he escogido algunos nombres potenciales para él. —Ruth soltó su bolso gigantesco. La solapa delantera estaba untada de pintura y claveteada con botones y etiquetas adhesivas... un triángulo rosa pelado en los bordes, un botón rotulado que decía "Todavía No Rey", uno más pequeño en el que se leía "Algunas cosas existen creas en ellas o no", y una docena más—. He estado pensando que quizás podrías venir esta noche y podríamos trabajar en ello.

—No puedo, —dijo Val—. Tom y yo vamos a ver un partido de hockey en la ciudad después del entrenamiento.

—Le vas a hartar, —dijo Ruth, retorciendo una de sus trenzas púrpura alrededor de un dedo.

Val frunció el ceño. No pudo evitar notar el filo de la voz de Ruth cuando hablaba de Tom

—¿Crees que no quiere ir? —preguntó Val—. ¿Ha dicho algo?

Ruth sacudió la cabeza y dio otra calada rápida a su cigarrillo.

—No. No. Nada parecido.

—Estaba pensando que podríamos ir al Village después del partido si hay tiempo. Pasear por St. Mark's. —Solo un par de meses antes, en la feria municipal, Tom le había aplicado un tatuaje de presión en la espalda arrodillándose y lamiendo el punto para humedecerlo antes de presionárselo contra la piel. Ahora apenas podía conseguir que practicasen sexo.

—La ciudad por la noche. Que romántico.

Por la forma en que Ruth lo dijo, Val pensó que quería decir todo lo contrario.

—¿Qué? ¿Qué pasa contigo?

—Nada, —dijo Ruth—. Solo estaba distraída o algo. —Se abanicó con una mano—. Tantas chicas casi desnudas en un mismo lugar.

Val asintió, medio convencida.

—¿Has mirado esos chats como te dije? ¿Encontraste ese del que te envié las estadísticas sobre los grupos familiares para el proyecto?

—No tuve oportunidad. Lo miraré mañana, ¿vale? —Val puso los ojos en blanco—. Mi madre está conectada veinticuatro horas al día, siete días a la semana. Tiene algún novio nuevo en internet.

Ruth soltó un sonido amortiguado.

—¿Qué? —dijo Val—. Crecía que apoyabas el amor online. ¿No eras tú la que decías que era amor mental? ¿Verdaderamente espiritual sin carne que lo estorbara?

—Espero no haber dicho eso. —Ruth se presionó el dorso de la mano contra la frente, dejando que su cuerpo se echara hacia atrás en un desmayo burlón. Se recuperó de repente, enderezándose—. Ey, ¿es eso un elástico de goma alrededor de tu coleta? Eso va a romperte el pelo. Ven aquí; creo que tengo un coletero y un cepillo.

Val se sentó a horcajadas en el banco delante de Ruth y la dejó quitar el elástico y cambiarlo por una coleta de tela, apretándola lo suficiente como para que Val pensara que podía sentir los diminutos pelos de la nuca rompiéndose.

Jennifer llegó y se apoyó sobre su stick de lacrosse. ¹Era una chica plana, de huesos grandes que había estado en clase con Val desde la guardería. Siempre parecía antinaturalmente limpia, desde el pelo brillante al blanco reluciente de sus calcetines y sus pantalones cortos sin arrugas. También era la capitana del equipo.

—Ey, lesbis, iros a otro sitio.

—¿Temes pillarlo? —preguntó Ruth dulcemente.

¹ Un juego inventado por indios americanos; ahora jugado por dos equipos que usan raquetas para coger , llevar y lanzar la pelota hasta la portería contraria

—Jódete, Jen, —dijo Val, menos aguda y un momento demasiado tarde.

—Se supone que no puedes fumar aquí, —dijo Jen, pero no miraba a Ruth. Miraba fijamente a los pantalones de Val. Tom había decorado un lado de ellos: dibujando una gárgola con rotulador permanente en una pierna entera. El otro lado tenía más eslogan o solo cosas al azar que Val había escrito con un juego diferente de rotuladores. Probablemente no eran lo que Jen tenía en mente como uniforme habitual de entrenamiento.

—No importa. De todos modos me voy. —Ruth apagó su cigarro en el banco, quemando un cráter en la madera—. Hasta luego, Val, caso cerrado.

—¿Qué pasa contigo? —preguntó Jennifer suavemente, como si realmente quisiera que Val fuese su amiga—. ¿Por qué vas por ahí con ella? ¿No ves lo rara que es?

Val miró al suelo, oyendo las cosas que Jen no estaba diciendo: ¿Tú también eres lesbiana? ¿Te pongo cachonda? No vamos a aguantarte en este equipo a menos que espables.

Si la vida fuera como un videojuego, habría usado su poder para lanzar a Jen por el aire y golpearla contra la pared con dos golpes de un stick de lacrosse. Por supuesto, si la vida fuera realmente como un videojuego, Val probablemente lo habría hecho en bikini y con pechos gigantescos, cada uno hecho de polígonos separadamente animados.

En la vida real, Val se mordisqueó el labio y se encogió de hombros, pero sus manos se cerraron en puños. Se había metido ya en dos peleas desde que se unió al equipo y no podía permitirse meterse en una tercera.

—¿Qué? ¿Necesitas que tu novia hable por ti?

Val dio un puñetazo a Jen en la cara.

Revolviendo entre su ropa, cogió unas bragas y un sujetador deportivo y se hizo a sí misma más plana de lo que ya era. Después, agarró unos pantalones negros que pensó que probablemente estuvieran limpios y su sudadera con capucha de la pila del lavadero, salió al pasillo, sus zapatos pisotearon libros de cuentos de hadas libres de sus ataduras y esparcieron suciedad sobre un montón de estuches de videojuegos desperdigados. Oyó el plástico romperse bajo sus talones e intentó patear unos pocos a lugar seguro.

En el baño del pasillo, se quitó el uniforme. Después se frotó una toalla bajo los brazos y volvió a aplicarse desodorante, luego empezó a ponerse la ropa, deteniéndose solo para inspeccionar la piel arañada de sus manos.

—Ese ha sido tu último golpe, —había dicho el entrenador. Había esperado tres cuartos de hora en su oficina mientras todas las demás entrenaban, y cuando finalmente entró, Val vio lo que iba a decir antes siquiera de que abriera la boca—. No podemos permitirnos mantenerte en el equipo. Estás afectando al sentido de la camaradería de todo el mundo. Tenemos que ser una sola unidad con un objetivo... ganar. ¿Lo entiendes, verdad?

Se oyó un solo golpe antes de que la puerta se abriera. Su madre estaba de pie en el umbral, con una mano de manicura perfecta todavía en el pomo.

—¿Qué te has hecho en la cara?

Val succionó su labio cortado al interior de la boca, inspeccionándolo en el espejo. Se había olvidado de eso.

—Nada. Solo fue un accidente en el entrenamiento.

—Tienes un aspecto terrible—. Su madre se apretó dentro del baño, sacudiendo su reciente peinado de mechaz rubias para que ambas quedaran reflejadas en el mismo

espejo. Cada vez que su madre iba a la peluquería, parecía solo añadir más y más mechass, así que el marrón original parecía estar ahogado en un creciente mar de amarillo.

—Gracias por joder tanto —bufó Val, solo ligeramente molesta—. Llego tarde. Tarde. Tarde. Tarde. Como el conejo blanco.

—Aguarda. —La madre de Val se giró y salió de la habitación. La mirada de Val la siguió pasillo abajo hacia el empapelado a rayas y las fotos de familia. Su madre de subcampeona reina de la belleza. Valerie con tirantes sentada con su madre en el sofá. Abuelo y abuela delante de su restaurante. Valerie de nuevo, esta vez sujetando a su hermanastra bebé en la casa de papá. Las sonrisas en sus caras congeladas parecían caricaturas y sus dientes desnudos demasiado blancos.

Unos pocos minutos después, la madre de Val volvió con una bolsa de maquillaje a rayas de cebra.

—Quédate quieta.

Valerie frunció el ceño, levantando la mirada de la tarea de atarse su pañuelo verde favorito.

—No tengo tiempo. Tom va a llegar en cualquier momento. —No se había acordado de ponerse su propio reloj, así que subió la manga de la blusa de su madre y miró el de ella. En realidad era él quien llegaba tarde.

—Tom sabe como entrar solo. —La madre de Valerie se embadurnó el dedo de alguna crema espesa y color café y empezó a aplicarla gentilmente bajo los ojos de Val.

—El corte es en el labio, —dijo Val. No le gustaba maquillarse. Cuando se reía sus ojos se rasgaban y el maquillaje se corría como si hubiera estado llorando.

—Podría venirte bien un poco de color en la cara. La gente de Nueva York se maquilla.

—Es solo un partido de hockey, Mamá, no la ópera.

Su madre le lanzó esa mirada, la que parecía implicar que algún día Val averiguaría lo equivocada que estaba. Embadurnó la cara de Val con polvos coloreados y luego con no coloreados. Después más polvos en los ojos. Val recordó su baile de graduación júnior el pasado verano, y esperó que su madre no fuera a intentar y recrear esa apariencia horriblemente brillante. Finalmente, le puso algo de lápiz de labios en la boca. Eso hizo que le picara la herida.

—¿Has terminado? —preguntó mientras su madre examinaba la máscara. Una mirada de reojo al reloj de su madre le indicó que el tren saldría en alrededor de quince minutos—. ¡Mierda! Tengo que irme. ¿Dónde demonios está?

—Ya sabes como puede ser Tom, —dijo su madre.

—¿Qué quieres decir? —No sabía por qué su madre siempre actuaba como si conociera a los amigos de Val mejor que ella.

—Es un chico. —La madre de Val sacudió la cabeza—. Irresponsable.

Valerie pescó su móvil de la mochila y pasó hasta el nombre de él. Saltó directamente el buzón de voz. Colgó. Volviéndose a su dormitorio, miró por la ventana, más allá de los chicos con monopatín en la rampa de madera contrachapada en el camino de acceso del vecino. No veía el desmañado Caprice Clásico de Tom.

Llamó de nuevo. Buzón de voz.

—Soy Tom. Bela Lugosi está muerto pero yo no. Déjame un mensaje.

—No deberías seguir llamando así, —dijo su madre, siguiéndola a su habitación—. Cuando vuelva a encender el teléfono, verá cuantas llamadas se ha perdido y quién las ha hecho.

—No me importa que lo vea, —dijo Val, apretando lo botones—. De todas formas, esta es la última vez.

La madre de Val sacudió la cabeza y, estirándose en la cama de su hija, empezó a perfilarse los labios con un lápiz marrón. Conocía tan bien la forma de su propia boca que no se molestaba en utilizar un espejo.

—Tom, —dijo Valerie al teléfono una vez saltó el buzón de voz—. Me voy ya caminando a la estación de tren. No te molestes en recogerme. Encuéntrate conmigo en la plataforma. Si no te veo, cogeré el tren y me encontraré contigo en el Garden.

Su madre frunció el ceño.

—No sé si es seguro que vayas a la ciudad tú sola.

—Si no cogemos ese tren, llegaremos tarde al partido.

—Bueno, al menos coge este lápiz de labios. —La madre de Val hurgó en la bolsa y se lo ofreció.

—¿Cómo va esto a mantenerme a salvo? —masculló Val y se lanzó la mochila al hombro.

Todavía tenía el teléfono aferrado en la mano, el plástico calentándose con su apretón.

La madre de Val sonrió.

—Tengo que mostrar una casa esta noche. ¿Tienes tus llaves?

—Claro, —dijo Val. Besó la mejilla de su madre, inhalando perfume y laca para el pelo. Se le quedó una impresión labial color borgoña—. Si pasa Tom, dile que ya me he ido. Y dile que es un capullo.

Su madre sonrió, pero había algo torpe en su expresión.

—Espera, —dijo—. Deberías esperarle.

—No puedo, —dijo Val—. Ya le he dicho que me iba.

Con eso, se lanzó escaleras abajo, por la puerta principal y a través del pequeño parche del patio. Era un corto paseo hasta la estación y el aire frío sentaba bien. Hacer algo aparte de esperar sentaba bien.

El aparcamiento asfaltado de la estación de tren todavía estaba húmedo por la lluvia de ayer y el cielo nublado abotargado con la promesa de más. Mientras cruzaba el aparcamiento, las señales empezaron a brillar intermitentemente y sonó un aviso. Llegó a la plataforma justo cuando el tren se detenía, lanzando una ola de aire ardiente y apestoso.

Valerie dudó. ¿Y si Tom se había olvidado su móvil y esperaba por ella en la casa? Si salía ahora y él cogía el próximo tren, podían no encontrarse. Ella tenía las dos entradas. Podría dejarle la suya en la taquilla, pero a él podía no ocurrírsele comprobarlo allí. Cuando, o si finalmente aparecía, no estaría de humor para hacer nada más que pelear. No sabía adónde podían ir, pero esperaban que pudieran encontrar un lugar para estar a solas un rato.

Mordisqueándose la piel de alrededor del pulgar, atrapó pulcramente un trozo de uña y después tirando hizo que una pequeña tira de piel se soltara. Fue extrañamente satisfactorio, a pesar de la diminuta mancha de sangre que fluyó a la superficie, pero cuando la lamió de su piel sabía amarga.

Finalmente las puertas del tren se cerraron, terminando con su indecisión. Valerie lo observó abandonar la estación y después empezó a volver lentamente a casa. Se sintió aliviada y molesta cuando divisó el coche de Tom aparcado cerca del Miata de su madre en el camino de acceso. ¿Dónde se había metido? Aceleró y abrió bruscamente la puerta.

Y se quedó congelada. La mosquitera resbaló de sus dedos, cerrándose de golpe. A través de la tela metálica, pudo ver a su madre inclinada sobre el sofá blanco, con la blusa azul arrugada desabotonada hasta más abajo del sujetador. Tom estaba inclinado en el suelo, su cabeza mohawk vuelta hacia arriba para besarla. Sus uñas pintadas de

negro tanteaban los botones que quedaban abrochados de la camisa de ella. Los dos se sobresaltaron ante el sonido de la puerta cerrándose y se giraron hacia ella, con caras inexpresivas, la boca de Tom estaba manchada de lápiz de labios. De algún modo, los ojos de Val pasaron de ellos, para posarse en las margaritas que Tom le había regalado por su aniversario de cuatro meses. Estaban colocadas sobre la tele, donde las había dejado hacía semanas. Su madre quería que Val las tirara, pero ella lo había olvidado. Podía ver los tallos a través del jarrón de cristal, la parte más baja de los mismos estaba inmersa en agua negruzca y barrosa.

La madre de Valerie soltó un sonido ahogado y se levantó torpemente, tirando de su camisa para cerrarla.

—Oh, joder, —dijo Tom, medio caído sobre la alfombra beige.

Val quería decir algo hiriente, algo que les achicharrara hasta convertirles en cenizas donde estaban, pero no llegó a surgir ninguna palabra. Se giró y se marchó.

—¡Valerie! —llamó su madre, sonando más desesperada que exigente. Mirando atrás, vio a su madre en el umbral, Tom era una sombra tras ella. Valerie echó a correr, con la mochila golpeando contra su cadera. Solo aminoró el paso cuando estuvo de vuelta en la estación de tren. Allí, se sentó sobre la acera de cemento, arrancando rastros marchitos mientras marcaba el número de Ruth.

Ruth cogió el teléfono. Parecía que se estuviera riendo.

—¿Hola?

—Soy yo, —dijo Val. Esperaba que su voz temblara, pero salió seria, sin emoción.

—Ey, —dijo Ruth—. ¿Dónde estás?

Val podía sentir las lágrimas empezando a arder en el borde de sus ojos, pero las palabras todavía salían firmes.

—Averigüé algo sobre Tom y mi madre...

—¡Mierda! —interrumpió Ruth.

Valerie se quedó en silencio un momento, el temor volvía pesadas sus extremidades.

—¿Sabías algo? ¿Sabes de qué estoy hablando?

—Me alegro mucho de que lo averiguaras, —dijo Ruth, hablando rápido, sus palabras casi atropellándose unas a otras—. Quería contártelo, pero tu madre me suplicó que no lo hiciera. Me hizo jurar que no lo haría.

—¿Te lo contó? —Val se sentía particularmente estúpida, pero simplemente no podía aceptar que entendiera lo que le estaba diciendo—. ¿Lo sabías?

—No hablaba de nada más desde que averiguó que Tom entraba al trapo. — Ruth rió y después se detuvo torpemente—. No es como si hubiera durado mucho o algo así. Honestamente. Te habría dicho algo, pero tu madre prometió que lo haría ella. Incluso le dije que iba a contártelo... pero dijo que lo negaría. E intenté hacer insinuaciones.

—¿Qué insinuaciones? —Val se sentía repentinamente mareada. Cerró los ojos.

—Bueno, te dije que comprobaras los chats, ¿recuerdas? Mira, no importa. Me alegro de que finalmente te lo contara.

—Ella no me lo contó, —dijo Valerie.

Hubo un largo silencio. Podía oír a Ruth respirar.

—Por favor no te cabrees, —dijo finalmente—. Simplemente no podía contártelo. No podía ser la que te lo contara.

Val colgó el teléfono. Pateó un trozo suelto de asfalto hasta un charco, y después pateó el propio charco. Su reflejo se emborronó; la única cosa claramente visible era su boca, una cuchillada roja en una cara pálida. Se la limpió, pero el color solo se extendió.

Cuando llegó el siguiente tren, lo cogió, deslizándose en un asiento anaranjado y agrietado y presionando la frente contra el frío plexiglás de la ventana. Su teléfono zumbó y lo apagó sin mirar la pantalla. Pero cuando Val se volvió hacia la ventana, fue el reflejo de su madre lo que vio. Le llevó un momento comprender que se estaba viendo a sí misma maquillada.

Furiosa, fue rápidamente al baño del tren.

La habitación era mugrienta y grande, con un suelo de caucho pegajoso y duras paredes de plástico. El olor a orín se mezclaba con la fragancia química de flores. Pequeñas masas de chicles descartados decoraban las paredes.

Val se sentó en la tapa del inodoro y se obligó a relajarse, a tomar profundas bocanadas de aire pútrido. Sus uñas se hundieron en la carne de sus brazos y de algún modo eso la hizo sentir un poco mejor, un poco más controlada.

La sorprendía la fuerza de su propia furia. La abrumaba, haciéndola temer que pudiera empezar a gritar al conductor, a cada pasajero del tren. No podía imaginar aguantar todo el viaje. Ya estaba exhausta por el esfuerzo de mantener el control.

Se frotó la cara y se miró la palma, vetada de lápiz de labios color borgoña y que temblaba ligeramente. Val abrió la cremallera de su mochila y derramó el contenido en el suelo sucio mientras el tren se lanzaba hacia adelante.

Su cámara traqueteó sobre el suelo de goma, junto con un par de rollos de película, un libro de la escuela... Hamlet... que se suponía tenía que haber leído ya, un par de gomas para el pelo, un paquete arrugado de chicles, y una bolsa de maquillaje que su madre le había regalado por su último cumpleaños. Tanteó para abrirla... pinzas, tijeras de manicura, una hoja de afeitar, todo brillante a la luz tenue. Valerie cogió las tijeras, tanteando los bordes pequeños y afilados. Se puso de pie y se miró al espejo. Aferrándose un mechón de pelo, empezó a cortarlo.

Mientras lo hacía empezaron a caer mechones rizados alrededor de sus zapatos de lona, como serpientes cobrizas. Val se pasó una mano por la cabeza pelada. Estaba resbaladiza por el jabón rosa y la sintió áspera como la lengua de un gato. Miró fijamente su propio reflejo, extraño y serio, ojos resueltos y una boca apretada en una delgada línea. Trozos de cabello se pegaban a sus mejillas como finas limaduras de metal. Por un momento no pudo estar segura de si esa cara del espejo se mostraba pensativa.

La hoja de afeitar y las tijeras de manicura traquetearon en el lavabo cuando el tren se lanzó hacia adelante. El agua se derramó en la taza del inodoro.

—¿Hola? —llamó alguien al otro lado de la puerta—. ¿Qué está pasando ahí?

—Solo un minuto —respondió Val. Enjuagó la hoja de afeitar bajo el grito y la metió en su mochila. Colgándose esta del hombro, cogió un montón de papel higiénico, lo empapó y se inclinó para enjuagarse el cráneo.

El espejo atrajo de nuevo su atención cuando se enderezó. Esta vez, un hombre joven le devolvió la mirada, sus rasgos eran tan delicados que no creía que pudiera defenderse por sí mismo. Val parpadeó, abrió la puerta, y salió al pasillo del tren. Volvió a su asiento, sintiendo las miradas de los demás pasajeros fijarse en ella mientras pasaba. Mirando por la ventana, observó los céspedes suburbanos deslizarse al pasar hasta que se metieron en un túnel y solo vio su nuevo y extraño reflejo en la ventana.

El tren se detuvo en una estación subterránea y Val salió, caminando a través de hedor a tubo de escape. Subió por una estrecha escalera mecánica, aplastada entre la gente. Penn Station estaba llena de trabajadores que agachaban la cabeza mientras pasaban unos junto a otros y puestos que vendían pendientes, bufandas, y flores de fibra óptica que brillaban y cambiaban de color. Valerie se pegó a una de las paredes,

pasando junto a un hombre asqueroso que dormía bajo un periódico y un grupo de chicas que se gritaban en alemán.

La furia que había sentido en el tren había menguado y Val se movió a través de la estación como una sonámbula.

Madison Square Garden estaba subiendo otra escalera, pasando una línea de taxis y los puestos que vendían cacahuetes azucarados y salchichas. Un hombre le ofreció un folleto y ella intentó devolvérselo, pero ya se había marchado y la había dejado sujetando una hoja de papel que prometía "CHICAS EN VIVO". La arrugó y se la metió en el bolsillo.

Atravesó un estrecho pasillo abarrotado de gente, y esperó en el mostrador de ventanilla. El tipo joven que había tras el cristal levantó la mirada cuando ella empujó la entrada de Tom a través de este. Pareció sobresaltarse. Ella pensó que podría ser por su falta de pelo.

—¿Puedes devolverme el dinero? —preguntó Val.

—¿Ya tienes una entrada? —preguntó él, mirándola de reojo como intentando averiguar qué estafa exactamente estaba tramando.

—Sí, —dijo—. El capullo de mi ex—novio no tiene.

La comprensión recorrió los rasgos de él y asintió.

—Claro. Mira, no puedo devolverte el dinero porque el partido ya ha empezado, pero si me las das las dos podría darte una mejor.

—Claro, —dijo Val, y sonrió por primera vez en todo el viaje. Tom ya le había dado el dinero de su entrada y la complacía poder tomarse la pequeña venganza de conseguir un asiento mejor por ella.

El tipo le pasó su nueva entrada y se deslizó a través del tornio, pasando trabajosamente a través de la multitud. La gente discutía, con las caras excitadas. El aire apestaba a cerveza.

Había estado deseando ver este partido. Los Rangers estaban teniendo una gran temporada. Pero incluso si no fuera así, le encantaba como los hombres se movían sobre el hielo, como si fueran ingravidos, todo mientras se equilibraban sobre cuchillas. Hacía que el lacrosse pareciera falto de gracia, solo un puñado de gente dando tumbos sobre la hierba. Pero mientras buscaba la puerta que conducía a su asiento, sintió el miedo rodando en su estómago. El partido le importaba a todos los demás como una vez le había importado a ella, pero ahora solo estaba matando el tiempo antes de tener que volver a casa.

Encontró la puerta y la atravesó. La mayoría de los asientos estaban ya ocupados y tuvo que pasar entre un grupo de tipos de caras coloradas. Estos empinaron el cuello para mirar a su alrededor, más allá de la mampara divisora de cristal, donde el partido ya había empezado. El estadio olía a frío, como el aire tras una tormenta. Pero incluso cuando su equipo patinaba hacia un gol, sus pensamientos volvían a su madre y Tom. No debería haberse marchado así. Desearía poder volver atrás. Ni siquiera se habría molestado con su madre. Habría dado un puñetazo a Tom en la cara. Y después, mirándole apenas, le habría dicho, "Me esperaba esto de ella, pero tenía mejor opinión de ti". Eso habría sido perfecto.

O quizás le habría destrozado las ventanas del coche. Pero el coche en realidad era ya un trozo de chatarra, así que quizá no.

Podría haber ido a la casa de Tom, sin embargo, y haberle hablado a sus padres del saco de hierba que guardaba entre el colchón y el somier de muelles. Entre eso y lo de la madre de Val, quizás su familia le había enviado a una institución para freakies drogadictos follamadres.

Por lo que respectaba a su madre, la mejor venganza de Val podría haber sido llamar a su padre, poner a su madrastra, Linda, al teléfono, y contarles todo el asunto. El padre de Val y Linda tenían un matrimonio perfecto, producto del mismo tenían dos adorables críos babeantes y monos, y principalmente ponían enferma a Val. Pero contarles la historia la haría suya. La contarían siempre que quisieran, se la gritarían a la madre de Val cuando se pelearan, la referirían para sorprender a sus compañeros de golf. Esta era la historia de Val y ella iba a controlarla.

Se alzó un rugido entre la audiencia. A su alrededor, la gente saltó sobre sus pies. Uno de los Rangers había derribado a un tipo del otro equipo y se estaba arrancando los guantes. El árbitro agarró al Ranger y su patín resbaló, cortando una línea en la mejilla del otro jugador. Mientras ellos se aclaraban, Val miraba la sangre sobre el hielo. Llegó un hombre de blanco y raspó la mayor parte y el Zamboni² pulió el hielo durante el descanso, pero quedó un parche rojo, ya que la mancha había penetrado tan profundamente que no podía borrarse. Incluso cuando su equipo marcó el gol final y todo el mundo a su alrededor se puso de nuevo en pie, Val no pudo apartar la mirada de la sangre.

Después del partido, Val siguió a la multitud hasta la calle. La estación de tren estaba a solo unos pasos de distancia, pero no podía volver a casa. Deseaba retrasarlo un poco más, hasta que pudiera aclararse las ideas, diseccionar lo que había ocurrido un poco más. La misma idea de volver al tren la llenaba de un pánico enfermizo que hacía correr su pulso y revolverse su estómago.

Su mente seguía dando vueltas a las miradas entre Tom y su madre, miradas que ahora tenían significado, indicios que debería haber pillado. Vio la cara de su madre, una rara combinación de culpa y honestidad, cuando había dicho a Val que esperara a Tom. El recuerdo hizo que Val se sobresaltara, como si su cuerpo tratara de librarse de un peso físico.

Se detuvo y consiguió un trozo de pizza de una tienda somnolienta donde una mujer con un carrito de la compra lleno de botellas se sentaba al fondo, bebiendo Sprite por una pajita y cantando para sí misma. El queso caliente ardió en el paladar de Val y cuando levantó la mirada hasta el reloj, comprendió que había perdido el último tren a casa.

² el nombre comercial para una máquina que alisa el hielo en una pista de patinaje.

Capítulo 2

*Probar sus alas una vez más en vuelo sin esperanza;
polillas ciegas contra el alambre de ventanas mosquiteras.
Cualquier cosa. Cualquier cosa por un poco de luz.*
X.J. Kennedy, "Calle Polillas", El Señor de Misrule.

Val dormitaba de nuevo, con la cabeza apoyada en su mochila casi vacía, el resto de ella se extendía sobre los fríos azulejos del suelo bajo el mapa del metro. Había escogido un lugar para echar una siesta cerca de la taquilla, figurándose que nadie se atrevería a robarle o apuñalarla justo delante de la gente.

Había pasado la mayor parte de la noche en una neblina entre el sueño y la vigilia, durmiendo en un momento, y despertando de pronto al siguiente. A veces había despertado de un sueño y no sabía donde estaba. La estación apestaba a basura rancia y humedad, incluso sin el calor que hacía aflorar los olores. Sobre la pintura agrietada, un reborde de relieve de tulipanes quedaba de otra estación de Spring Street, una que debía haber sido antigua y grandiosa. Intentó imaginar esa estación mientras volvía a dormirse.

Lo más extraño era que no estaba asustada. Se sentía ajena a todo, una sonámbula que se había separado del camino de la vida normal y había entrado en un bosque donde podía ocurrir cualquier cosa. Su furia y dolor se habían enfriado hasta un letargo que la dejaba pesada y torpe.

La siguiente vez que abrió pesadamente los ojos había gente de pie sobre ella. Se sentó, hundió los dedos de una mano en su mochila, la otra mano subió como para prevenir un golpe. Dos policías la miraban.

—Buenos días, —dijo uno de ellos. Tenía el pelo corto y gris y una cara enrojecida, como si hubiera estado demasiado rato al viento.

—Sí, —Val se limpió las legañas de sueño de la comisura de los ojos con la palma de una mano. Le dolía la cabeza.

—Bonito lugar para dormir, —dijo él. La gente pasaba junto a ellos, pero solo unos pocos se molestaron en mirarla.

Val entrecerró los ojos.

—¿Y?

—¿Qué edad tienes? —preguntó su compañero. Era más joven, delgado, con ojos oscuros y aliento que olía a cigarrillo.

—Diecinueve, —mintió Val.

—¿Alguna identificación?

—No, —dijo Val, esperando que no buscaran en su mochila. Tenía un permiso provisional, nada de carné ya que había suspendido el examen de conducir, pero la tarjeta sería suficiente para probar que solo tenía diecisiete.

Él policía suspiró.

—No puedes dormir aquí. ¿Quieres que te llevemos a algún lugar en el que puedas descansar?

Val se puso en pie, deslizándose la mochila sobre un hombro.

—Estoy bien. Solo esperaba a la mañana.

—¿Adónde vas? —preguntó el policía mayor, bloqueándole el camino con su cuerpo.

—A casa —dijo Val porque creyó que sonaría bien. Pasó agachándose bajo su brazo y subió rápidamente las escaleras. El corazón le martilleaba mientras corría por Crosby Street, a través de la multitud de gente, pasando a los trabajadores madrugadores atontados que arrastraban sus mochilas y maletines, pasando a mensajeros en bici y taxis, atravesando bocanadas de vapor que salía de rejas. Redujo la marcha y miró atrás, pero nadie parecía seguirla. Mientras cruzaba a Bleecker, vio a un par de punkis pintando la acera con tizas. Val rodeó cuidadosamente su obra de arte y siguió adelante.

Para Val, Nueva York siempre había sido ese lugar donde su madre la cogía de la mano con fuerza, la brillante cuadrícula de rascacielos, el vaporoso Cup O'Noodles³ amenazando con derramarse sobre los críos que esperaban en la acera viendo TRL⁴, solo a manzanas de donde se daban matinés de *Les Misérables* interpretadas por estudiantes de francés de instituto llegados en autobús desde los suburbios. Pero ahora, cruzando por Macdougall, Nueva York parecía mucho más y menos que la idea que tenía de ella. Pasó restaurantes somnolientos removiéndose con el inicio de la actividad y las puertas todavía cerradas; una verja de cadena con más de una docena de cerraduras, cada una decorada con una cara de bebé; y una tienda que vendía solo robots de juguete. Lugares pequeños e interesantes que sugerían la inmensidad de la ciudad y las rarezas de sus habitantes.

Entró en una cafetería pobremente iluminada llamada Café Diablo. El interior estaba empapelado de terciopelo rojo. Un diablo de madera estaba de pie en el mostrador, sujetando una bandeja de plata clavada en su mano. Val compró un café largo, casi ahogándolo con canela, azúcar y crema. El calor de la taza se sentía bien contra sus dedos fríos, pero la hizo consciente de la rigidez de sus extremidades, de los nudos de su espalda. Estiró, arqueó y retorció el cuello hasta que oyó algo crujir.

Se dirigió a un punto en la parte de atrás, escogiendo un sillón raído cerca de una mesa donde un chico con diminutos tirabuzones y una chica con mechaz azul pálido y calzada con botas azules, susurraban. El chico abría y vertía paquete tras paquete de azúcar en su taza.

La chica se movió ligeramente y Val pudo ver que tenía un gatito en el regazo. Este estiró una pata jugando con la cremallera del abrigo parcheado de piel de conejo de la chica.

Val sonrió reflexivamente. La chica vio como la miraba, sonrió en respuesta, y puso al gato en la mesa. Este maulló lastimosamente, olisqueó el aire, tropezó.

—Aguarda, —dijo Val. Quitando la tapa de su café, se la puso delante, la llenó de crema, y la colocó delante del gato.

—Brillante, —dijo la chica del pelo azul. Val pudo ver que el piercing de su nariz estaba infectado, la piel alrededor de la piedra brillante estaba hinchada, tirante y roja.

—¿Cómo se llama? —preguntó Val.

—Todavía no tiene nombre. Lo estábamos discutiendo. Si tienes alguna idea házmelo saber. Dave no cree que debemos quedárnosla.

Val tomó un sorbo de su café. No se le ocurría nada. Su cerebro estaba hinchado, presionaba contra su cráneo, y estaba tan cansada que sus ojos no enfocaban bien cuando parpadeaba.

—¿De dónde salió? ¿Es una gata callejera?

³ es un tipo de fideo instantáneo similar a una sopa empaquetados en una especie de copa de plástico

⁴ (Total Request Live), programa diario de la cadena musical MTV, en el estudio principal de Nueva York

La chica abrió la boca, pero el chico le puso la mano en el brazo.

—Lolli. —Apretó advirtiéndole, y los dos compartieron una mirada intensa.

—La robé, —dijo Lolli.

—¿Por qué cuentas a la gente cosas así? —preguntó Dave.

—Le cuento todo a la gente. La gente solo cree lo que les conviene. Así es como sé en quién confiar.

—¿La mangaste de una tienda? —preguntó Val, mirando al diminuto cuerpo del gatito, la lengua rosa.

Lolli asintió con la cabeza, claramente deleitada consigo misma.

—Tiré una piedra a través de la ventana. Por la noche.

—¿Por qué? —Val se deslizó fácilmente en el rol de audiencia solícita, haciendo los ruidos correctos, como hacía con Ruth o Tom o su madre, haciendo las preguntas que el que hablaba deseaba oír, pero bajo ese hábito familiar había auténtica fascinación. Lolli era exactamente lo que Ruth deseaba ser con su postura exagerada.

—La dueña de la tienda de mascotas fumaba. Allí mismo en la tienda. ¿Te lo puedes creer? No se merece cuidar animales.

—Tú fumas. —Dave sacudió la cabeza.

—Yo no tengo una tienda de animales. —Lolli se giró hacia Val—. Tu cabeza parece fría. ¿Puedo tocarla?

Val se encogió de hombros e inclinó la cabeza hacia delante. Se sentía extraño ser tocada allí... no incómodo, solo raro, como si alguien le estuviera acariciando las plantas de los pies.

—Yo soy Lollipop, —dijo la chica. Se giró hacia el chico de los rizos. Era delgado y guapo, con ojos asiáticos—. Este es Superficial Dave.

—Solo Dave, —dijo Dave.

—Yo solo Val —Val se sentó erguida. Era un alivio hablar con gente después de tantas horas de silencio. Era incluso mayor alivio hablar con gente que no sabía nada sobre ella, Tom, su madre, ni nada de su pasado.

—¿No es diminutivo de Valentine? —preguntó Lollipop, todavía sonriendo. Val no estaba segura de si la chica se estaba riendo de ella o no, pero ya que su nombre era Lollipop, ¿cómo de divertido podría ser el nombre de Val? Solo sacudió la cabeza.

Dave resopló y abrió otro paquete de azúcar, vertiendo los granos en la mesa y cortándolos en largas líneas que cogió con un dedo mojado de café.

—¿Vais a la escuela cerca de aquí? —preguntó Val.

—Nosotros ya no vamos a la escuela, pero vivimos aquí. Vivimos donde queremos.

Val tomó otro sorbo de café.

—¿Qué quieres decir?

—No quiere decir nada, —interrumpió Dave—. ¿Qué hay de ti?

—Jersey, —Val miró al líquido lechoso y gris de su taza. El azúcar se metía entre sus dientes—. Supongo. Si vuelvo. —Se levantó, sintiéndose estúpida, preguntándose si se estaban riendo de ella—. Perdón.

Val fue al baño y se lavó, lo cual la hizo sentir menos repugnante. Hizo gárgaras con el agua, pero cuando escupió, se vio a sí misma en el espejo demasiado claramente; pecas en las mejillas y boca, incluyendo una justo bajo el ojo izquierdo, todas ellas parecían manchas de tierra contra el bronceado desigual que tenía de hacer deporte al aire libre. Su cabeza recientemente rapada parecía extrañamente pálida y la piel alrededor de sus ojos azules estaba sanguinolenta e hinchada. Se frotó la mano por la cara, pero eso no ayudó. Cuando volvió a salir, Lolli y Dave se habían ido.

Val terminó su café. Pensó en echar una cabezadita en el sillón, pero el café se había llenado y había ruido, lo cual empeoraba su dolor de cabeza. Salió a la calle.

Una drag queen con una enorme peluca pendiendo en un ángulo desequilibrado perseguía un taxi; con un zapato Lucite en la mano. Cuando el taxi aceleró, se lo tiró con tanta fuerza que golpeó el cristal trasero.

—¡Jodido cabrón! —gritó mientras cojeaba hacia su zapato.

Val atravesó corriendo la calle, lo recogió, y se lo devolvió a su dueña.

—Gracias, cielo.

De cerca, Val pudo ver que sus pestañas de pega estaban ensartadas de plata y centelleaban a lo largo de sus mejillas.

—Eres un príncipe encantador. Bonito pelo. ¿Por qué no fingimos que yo soy Cenicienta y tú me pones el zapato en el pie?

—Um, vale, —dijo Val, acuclillándose y abrochando la correa de plástico, mientras la drag queen intentaba no brincar mientras se balanceaba para mantener el equilibrio.

—Perfecto, muñeco. —Se enderezó la peluca.

Cuando Val se puso en pie, vio a Superficial Dave riendo sentado en la barandilla de metal al otro lado de la estrecha calle. Lolli estaba estirada junto a una sábana azul desteñida que contenía libros, candelabros, y ropa. A la luz del sol, el pelo azul de Lolli era más brillante que el cielo. El gatito estaba estirado junto a ella, golpeando con una pata un cigarro del suelo.

—Ey, Príncipe Valiant, —llamó Dave, sonriendo como si fueran viejos amigos. Lolli saludó con la mano. Val se metió las manos en los bolsillos y se acercó a ellos.

—Toma asiento —dijo Lolli—. Creíamos que te habíamos asustado.

—¿Vas a alguna parte? —preguntó Dave.

—En realidad no, —Val se sentó en el frío cemento. El café finalmente había empezado a correr por sus venas y se sentía casi despierta—. ¿Y vosotros?

—Liquidando algunas de las cosas que Dave ha gorroneado. Quédate con nosotros. Haremos algún dinero y nos divertiremos.

—Vale. —Val no estaba segura de querer divertirse, pero no le importaba sentarse en la acera un rato. Levantó la manga de una chaqueta roja de terciopelo—. ¿De dónde a salido todo esto?

—De la basura principalmente —dijo Dave, sin sonreír. Val se preguntó si debía mostrarse sorprendida. Quería parecer guay y de vuelta de todo—. Te asombraría lo que la gente paga por lo que tiraron en un primer momento.

—Me lo creo, —dijo Val—. Estaba pensando en lo bonita que es esta chaqueta.

Esa debía ser la respuesta correcta, porque Dave sonrió ampliamente, mostrando un diente delantero partido.

—Me caes bien —dijo—. ¿Así qué, dijiste "si vuelvo"? ¿De qué va eso? ¿Estás en la calle?

Val pateó el cemento.

—Ahora estoy bien.

Ambos rieron ante eso. Cuando Val estaba sentada junto a ellos, la gente pasaba a su lado, pero solo veían a una chica con vaqueros sucios y la cabeza afeitada. Cualquiera de la escuela podría haber pasado a su lado, Tom podría haberse dejado caer a comprar una corbata, su madre podría haber tropezado con una grieta en la acera, y ninguno de ellos la habría reconocido.

Mirando atrás, Val sabía que tenía el hábito de confiar en exceso, de ser demasiado pasiva, demasiado dispuesta a creer lo mejor de los demás y lo peor de sí misma. Y aún así, aquí estaba, cayendo con más gente, lanzándose con ellos.

Pero había algo diferente en lo que estaba haciendo ahora, algo que la llenaba de un extraño placer. Era como mirar hacia abajo desde un edificio alto, cuando la adrenalina te golpeaba mientras te balanceabas hacia adelante. Era poderoso y terrible y completamente nuevo.

Val pasó el día allí con Lolli y Dave, sentada en la acera, hablando de nada. Dave les contó una historia sobre un tipo al que conocía que se había emborrachado tanto que se comió una cucaracha por una apuesta.

—Una de esas cucarachas de Nueva York, de esas del tamaño de un pez de colores. La cosa estaba a medio salir de su boca, todavía retorciéndose cuando se la comió. Finalmente, después de masticar y masticar se la tragó. Y mi hermano estaba... Luis es una especie de genio chiflado, es como si hubiera leído la enciclopedia mientras estaba en casa con varicela... y va y dice, "sabes que las cucarachas ponen huevos aún después de muertas". Bueno, este tío no puede creérselo, pero entonces empieza a aullar como si estuviéramos intentando matarle y se sujeta el estómago, diciendo que ya puede sentir las comiéndole desde dentro.

—Eso es asqueroso, —dijo Val, pero se estaba riendo tanto que tenía lágrimas en los ojos—. Tan profundamente asqueroso.

—No, pero se pone mejor, —dijo Lolli.

—Si, —dijo Superficial Dave—. Porque vomita en sus zapatos. Y la cucaracha estaba allí mismo, toda espachurrada, pero claramente pedazos de un gran bicho negro. Y aquí está el asunto... una de las patas se movía.

Val chilló de asco y les habló de la vez que ella y Ruth habían fumado hierbas aromáticas pensando que les daría un subidón.

Cuando hubieron vendido un cinturón de imitación de piel de cocodrilo, dos camisetas, y una chaqueta con lentejuelas de la manta, Dave les compró a todos perritos calientes en un puesto callejero, pescados del agua sucia y regados en salsa, condimentos y mostaza.

—Vamos. Tenemos que celebrar el haberte encontrado, —dijo Lolli, saltando sobre sus pies—. A ti y al gato.

Todavía comiendo, Lolli trotó calle abajo. Recorrieron varias manzanas, con Lolli a la cabeza, hasta que llegaron hasta un viejo que liaba sus propios cigarrillos en los escalones de un edificio de apartamentos. Una bolsa sucia llena de otras bolsas estaba a su lado. Sus brazos eran delgados como palillos y su cara estaba arrugada como una pasa, pero besó a Lolli en la mejilla y dijo hola a Val muy cortésmente. Lolli le dio un par de cigarros y un fajo arrugado de billetes, y él se puso en pie y cruzó la calle.

—¿Qué le pasa? —susurró Val a Dave—. ¿Por qué está tan flaco?

—Solo está chiflado, —dijo Dave.

Unos pocos minutos después, el viejo volvió con una botella de brandy de cereza en una bolsa de papel.

Dave sacó una botella de cola casi vacía de su riñonera y la llenó con el licor.

—Así los polis no nos detendrán, —dijo—. Odio a los polis.

Val tomó un sorbo de la botella y sintió el alcohol arder todo el camino hacia abajo por su garganta. Los tres se la pasaron adelante y atrás mientras caminaban por West Third. Lolli se detuvo delante de una mesa cubierta de pendientes que colgaban de árboles de plástico y que se tambaleaban siempre que pasaba un coche. Manoseó un brazalete hecho de diminutas campanas de plata. Val se acercó a la siguiente mesa, donde el incienso estaba apilado en manojos y ardían muestras en una bandeja.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó el hombre tras el mostrador. Tenía la piel del color de la caoba pulida y olía a madera de sándalo.

Val sonrió débilmente y se giró hacia Lolli.

—Di a tus amigos que presten más cuidado a quién sirven. —Los ojos del hombre del incienso eran oscuros y brillaban como los de un lagarto—. Siempre es el mensajero el primero en conocer el disgusto del cliente.

—Claro, —dijo Val, alejándose de la mesa. Lolli se acercó, con las campanas sonando alrededor de su muñeca. Dave estaba intentando hacer que el gato lamiera algo de la botella de soda de pega.

—Ese tío es realmente raro, —dijo Val. Cuando miró atrás, por el rabillo del ojo, solo por un momento, el hombre incienso pareció tener vértebras sobresaliendo de su espalda como un erizo.

Val extendió la mano hacia la botella.

Caminaron sin rumbo fijo hasta que llegaron a una mediana de asfalto en forma de triángulo, bordeada por bancos de parque, presumiblemente para trajeados que comían su almuerzo con tiempo cálido y succionaban aire húmedo y humo de tubos de escape.

Se sentaron, dejando que el gato se bajara para investigar los restos aplastados de una paloma. Allí, se pasaron el brandy hasta que Val sintió la lengua entumecida, que los dientes que le zumbaban y la cabeza que se le iba.

—¿Crees en fantasmas? —preguntó Lolli.

Val pensó en ello un momento.

—Supongo que me gustaría.

—¿Y en otras cosas? —engatusó Lolli, frotándose los dedos para llamar al gato. Este no prestaba atención.

Val rió.

—¿Qué cosas? Quiero decir que no creo en vampiros, ni hombres lobo, ni zombis, ni nada parecido.

—¿Y qué hay de las hadas?

—¿Hadas como...?

Dave ahogó una risa.

—Como monstruos.

—No, —dijo Val, sacudiendo la cabeza—. No lo creo.

—¿Quieres saber un secreto? —preguntó Lolli.

Val se acercó y asintió con la cabeza. Por supuesto que quería.

—Conocemos un túnel con un monstruo en él, —medio susurró Lolli—. Un hada. Sabemos donde viven las hadas.

—¿Qué? —Val no estaba segura de haber oído bien a Lolli.

—Lolli, —advirtió Dave, pero su voz sonaba un poco pastosa— cállate. Luis se cabrearía si te oyera.

—Tú no puedes decirme qué decir, —Lolli envolvió los brazos alrededor de sí misma, hundiéndose las uñas en la piel. Se echó el pelo hacia atrás—. ¿Quién la creería de todos modos? Apuesto a que ni siquiera ella misma me cree.

—¿Habláis en serio? —preguntó Val. Borracha como estaba, casi parecía posible. Val intentó recordar los cuentos de hadas que le gustaba releer, los que coleccionaba desde que era pequeña. No había muchas hadas en ellos. Al menos no lo que ella pensaba que eran hadas. Había hadas madrinas, ogros, trolls, y hombrecillos que negociaban sus servicios a cambio de niños y luego se quejaba al ser descubierto su verdadero nombre. Pensó en las hadas de los videojuegos, pero esos eran elfos, y no estaba segura de si los elfos eran del todo hadas.

—Cuéntale, —dijo Lolli a Dave.

—¿Así que ahora eres tú la que me mangoneas a mí? —preguntó Dave, pero Lolli solo le dio un puñetazo en el brazo y rió.

—Vale, vale, —asintió Dave—. Mi hermano y yo solemos hacer exploraciones urbanas. ¿Sabes lo que es eso?

—Entrar en lugares donde se supone que no debes estar, —dijo Val. Tenía un primo que buscaba sitios Raros de New Jersey y posteaba fotos de los mismos en su página web—. Principalmente sitios viejos, ¿verdad? Como edificios abandonados.

—Si. Hay toda clase de cosas en esta ciudad que la mayoría de la gente no puede ver, —dijo Dave.

—Cierto, —dijo Val—. Como caimanes. Gente topo. Anacondas.

Lolli se levantó y recuperó al gato de donde este estaba arañando al pájaro muerto. Se lo puso en el regazo y lo acarició con fuerza.

—Creí que podría serte útil.

—¿Cómo llegas a saber cosas que nadie más sabe? —Val estaba intentando mostrarse cortés.

—Porque Luis tiene la segunda visión, —dijo Lolli—. Puede verlas.

—¿Tú puedes verlas? —preguntó Val a Dave.

—Solo cuando ellas me dejan. —Miró a Lolli durante un largo momento—. Me estoy congelando.

—Ven con nosotros, —dijo Lolli, girándose hacia Val.

—A Luis no le gustará, —Dave giraba su bota como si estuviera aplastando un bicho.

—A nosotros nos gusta ella. Eso es lo que importa.

—¿Adónde vamos? —preguntó Val. Se estremeció. Aunque creía estar caliente por el licor que adormecía sus venas, su aliento provocaba vapor en el aire y sus manos alternaban entre el frío y el calor cuando se las presionaba bajo la camisa contra la piel.

—Ya verás, —dijo Lolli.

Caminaron un rato y después bajaron a una estación de metro. Lollipop atravesó el tornio con una pasada de su tarjeta, después se la pasó a través de las barras a Dave. Y miró a Val.

—¿Vienes?

Val asintió.

—Ponte delante de mí, —dijo Dave, esperando.

Se acercó al tornio. Él se presionó contra ella, empujando ambos para pasar a la vez. El cuerpo de él era musculoso contra su espalda y olía a humo y ropa sucia. Val rió y se tambaleó un poco.

—Te contaré algo más que no sabes, —dijo Lolli, sacando varias tarjetas—. Estas son Tarjetas de Metro Palillos de Dientes. Tronchas un poco los palillos de dientes y los metes en la máquina. La gente paga, pero no consiguen su tarjeta. Es como una trampa de langostas. Pasas por aquí después y ves lo que has cogido.

—Oh, —dijo Val, la cabeza le daba vueltas por el brandy y la confusión. No estaba segura de qué era cierto y qué no.

Lollipop y Superficial Dave avanzaron hasta el extremo más alejado de la plataforma del metro, pero en vez de detenerse al final y esperar el tren, Dave bajó de un salto al hueco por donde corrían las vías. Unas pocas personas que esperaban el tren les echaron un vistazo y apartaron rápidamente la mirada, pero la mayoría ni siquiera pareció notarlo. Lolli siguió torpemente a Dave, moviéndose hasta que estuvo sentada en el borde y dejando que él medio la bajara. Sostenía al gatito que ahora se retorció.

—¿Adónde vamos? —preguntó Val, pero ellos ya habían desaparecido en la oscuridad. Cuando Val saltó del hormigón cubierto de basura tras ellos, pensó en la locura que era seguir a dos personas a las que no conocía a las entrañas del metro, pero en vez de tener miedo, se sentía alegre. Ahora tomaría sus propias decisiones, incluso si

estas resultaban ser ruinosas. Era el mismo placer que sentías desgarrando un trozo de papel hasta diminutos y más diminutos pedazos.

—Ten cuidado de no tocar el tercer raíl o te freirás, —gritó la voz de Dave desde algún lugar más adelante.

¿Tercer raíl? Bajó la mirada nerviosamente. El de en medio. Tenía que ser el de en medio.

—¿Y si viene el tren? —preguntó Val.

—¿Ves esos nichos? —gritó Lolli—. Solo aplástate contra uno de esos.

Val volvió la mirada hacia el hormigón de la plataforma, demasiado alto para trepar. Adelante había oscuridad, tachonada solo por diminutas lámparas que parecían proporcionar una luz poco real. Oyó crujidos que parecían demasiado cerca, y pensó en patitas diminutas corriendo sobre sus deportivas. Sintió el pánico que había estado esperando todo el tiempo. Se la tragó. Se detuvo, tan aferrada por el miedo que no podía moverse.

—Vamos. —La voz de Lolli llegó de entre la penumbra—. Sigue.

Val oyó el traqueteo distante de un tren pero no podía decir lo lejos que estaba o siquiera en qué vía. Corrió para alcanzar a Lolli y Dave. Nunca había tenido miedo a la oscuridad, pero esto era diferente. Aquí la oscuridad era devoradora, espesa. Parecía una entidad viviente, respirando a través de sus propias tuberías, tomando bocanadas de hedor en el túnel que la rodeaba.

El olor a porquería y humedad era opresivo. Sus oídos se esforzaban por oír los pasos de los otros dos. Mantuvo los ojos en las luces, como si fueran miguitas de pan, que la guiaban fuera de peligro.

Un tren se acercó por el otro lado de las vías, el brillo súbito y el ruido furioso la sobresaltó. Sintió la ráfaga de aire, como si todos los túneles estuvieran soplando hacia este. Si hubiera sido por su lado, nunca habría tenido tiempo de saltar al nicho.

—Aquí. —La voz estaba cerca, sorprendentemente cerca. No podía estar segura de si pertenecía a Lolli o Dave.

Val comprendió que estaba cerca de una plataforma. Parecía la estación que habían dejado, excepto que aquí las paredes de azulejo estaban cubiertas de graffiti. Había colchones apilados en el cemento, llenos de mantas, almohadas, y cojines de sofás... la mayoría de ellos en alguna variación de amarillo mostaza. Trozos de velas titilaban débilmente, algunas embutidas en bocas afiladas de latas de cerveza, otras en jarros altos decorados con la cara de la Virgen María en la etiqueta. Un chico cuyo pelo estaba trenzado para apartárselo de la cara estaba sentado cerca de una parrilla portátil en la esquina trasera de la estación. Uno de sus ojos estaba nublado, blanquecino y extraño, y piercings de acero tachonaban su piel oscura. Sus orejas estaban llenas de brillantes anillos, algunos gruesos como gusanos, y una barra sobresalía de sus mejillas, como para resaltar sus pómulos. Su nariz estaba atravesada por un piercing y un aro ensartaba su labio inferior. Cuando se puso en pie, Val vio que vestía una chaqueta negra acolchada sobre unos vaqueros abolsados y desgarrados. Superficial Dave lanzó una escala provisional hecha de madera.

Val se dio la vuelta. Una de las paredes estaba decorada con pintura en spray y se leía "por siempre jamás".

—Está impresionada, —dijo Lolli. Su voz resonó en el túnel.

Dave resopló y se acercó al fuego. Sacó una colilla de cigarro aplastada de su riñonera y la dejó caer en una taza, después procedió a apilar latas de melocotones y café.

El chico de los piercings encendió una de las colillas y tomó una profunda calada.

—¿Quién coño es ésta?

—Val, —dijo Val antes de que Lolli pudiera responder. Val cambió de lugar su peso, incómodamente consciente de que no sabía cómo volver.

—Es mi nueva amiga, —dijo Lollipop, sentándose en un nicho de mantas.

El chico piercing frunció el ceño.

—¿Qué ha pasado con su pelo? ¿Es una especie de enferma de cáncer?

—Me lo corté, —dijo Val. Por alguna razón eso hizo que el chico piercing y Superficial Dave rieran. Lolli pareció complacida con ella.

—Por si no lo has supuesto ya, este es Luis, —dijo Lolli.

—¿No hay suficiente gente que encuentre el camino hasta aquí abajo sola sin que vosotros dos juguéis a guías turísticos? —exigió Luis, pero nadie le contestó, así que quizás la pregunta era simplemente cháchara.

El cansancio estaba empezando a poder a Val. Se sentó en un colchón y se tiró una manta sobre la cabeza. Lolli estaba diciendo algo, pero la combinación de brandy, miedo en retroceso, y cansancio era abrumadora. Siempre podía volver a casa después, mañana, en unos días. Cuando fuera. Mientras no fuera ahora.

Cuando se quedó dormida, el gato de Lolli trepó sobre ella, saltando desde las sombras. Extendió una mano, hundiendo los dedos en el corto y suave pelaje. Era una cosita diminuta, en realidad, pero ya loca.

Capítulo 3

*Encontré las tibias cavernas en los bosques,
las llené de sartenes, tallas, estantes,
armarios, sedas, bienes innumerables;
preparando las comidas para los gusanos y los elfos.
Anne Sexton, Su especie.*

Con los músculos tensos, Val pasó precipitadamente del sueño a la vigilia, con el corazón latiendo fuertemente contra su pecho. Casi gritó antes de recordar donde estaba. Adivinó que era por la tarde, aunque todavía estaba oscuro en los túneles; la única luz provenía de la hilera de velas. En el otro colchón, Lollipop estaba acurrucada apoyando la espalda contra Luis. Él tenía un brazo sobre ella. Superficial Dave estaba a su otro lado, envuelto en una sucia manta, con la cabeza inclinada hacia Lolli de la misma forma que la rama de un árbol crece hacia el sol.

Val enterró la cabeza más profundamente en el edredón, aunque este olía vagamente a orina de gato. Se sentía aturdida pero más descansada.

Yaciendo allí, rememoró como un par de semanas antes había estado mirando los catálogos de universidades con Tom. Él había hablando de Kansas, que tenía un buen programa de escritura y no era tan increíblemente costosa. "Y mira, —había dicho—, tienen un equipo femenino de lacrosse", como si tal vez fueran a seguir juntos después de terminar el Instituto. Ella sonrió y lo besó mientras todavía estaba sonriendo. Le gustaba besarle; siempre parecía saber como devolverle el beso. Pensar en eso hizo que se sintiera dolida, tonta y traicionada.

Quería volver a dormir pero no lo consiguió, así que simplemente se quedó quieta hasta que estuvo lo suficientemente desesperada por ir al baño, como para ir a agacharse, con las piernas bien abiertas, sobre el apestoso balde que había localizado contra una de las esquinas. Se bajo los vaqueros y la ropa interior, tratando de mantener el equilibrio de puntillas, mientras tiraba de la entrepierna de su ropa para alejarla lo máximo posible de su cuerpo. Trató de decirse a sí misma que era lo mismo que cuando estás conduciendo en la carretera y no hay paradores, así que tienes que hacerlo en el bosque. No había papel higiénico ni hojas, así que realizó una pequeña danza saltarina que esperó lograra secarla algo a base de sacudidas.

Cuando iba de regreso, vio a Superficial Dave empezar a removerse y esperó no haberlo despertado. Metió las piernas debajo de la manta otra vez, notando ahora que los vívidos olores de la plataforma se habían entremezclado con un olor que no podía identificar. La luz brillaba a través de una rejilla de la calle que estaba por encima de ellos, iluminando las negras y descascarilladas vigas de hierro.

—Ey, dormiste casi catorce horas, —le dijo él, poniéndose de lado y estirándose. Estaba sin camisa, y aún en la oscuridad se podía apreciar lo que parecía una herida de bala en el centro de su pecho. Tiraba del resto de la piel hacia ese punto, una honda piscina que atraía todo hacia su corazón.

Dave se movió acercándose a la parrilla y la encendió con fósforos y pelotitas de papel de periódico. Luego puso una tetera encima, y sacudiéndole el polvo a una lata la llenó con agua de una jarra de leche con capacidad para un galón y la vertió dentro de la tetera.

Debía haber estado observándole mucho rato, porque él la miró con una sonrisa.

—¿Quieres un poco? Es café de cowboy. Sin leche, pero hay mucha azúcar si quieres.

Asintiendo, apiló las mantas a su alrededor. El le ofreció una humeante taza y ella la aceptó agradecida, usándola primero para calentar sus manos y luego sus mejillas. Se pasó los dedos ausentemente por el cráneo. Sintió un fino rastrojo, como fino papel de lija.

—Bien podrías venir a gorronear conmigo, —dijo Superficial Dave, mirando hacia el colchón con una expresión como de añoranza—. Luis y Lolli dormirán para siempre si los dejan.

—¿Como es que tú estás despierto? —le preguntó, tomando un sorbo de la taza. El café estaba amargo, pero Val descubrió que beberlo la satisfacía, tenía sabor a humo y nada más. Los granos flotaban en la superficie, formando una película negra.

El se encogió de hombros.

—Yo soy el basurero. Tengo que ir a ver lo que los trajeados dejan tirado.

Ella asintió.

—Es un talento, como esos cerdos que pueden oler las trufas. O lo tienes o no. Una vez encontré un reloj Rolex entre correo basura y una tostada quemada. Era como si alguien hubiera tirado todo lo que había sobre la mesa de la cocina a la basura sin mirar.

A pesar de lo que Dave había dicho sobre dormir hasta tarde, Lolli bostezó y se salió de debajo del brazo de Luis. Sus ojos aún estaban casi completamente cerrados y llevaba una sucia bata tipo kimono sobre la ropa que llevaba puesta la noche anterior. Se la veía hermosa de una forma que Val nunca conseguiría, exuberante y firme al mismo tiempo.

Lolli le dio un empujón a Luis. El gruñó y se dio la vuelta, levantándose sobre los codos. Hubo un destello de movimiento a lo largo de la pared y el gato salió corriendo, golpeando la cabeza contra la mano de Luis.

—Le gustas, ¿ves? —dijo Lolli

—¿No os preocupa que la cojan las ratas? —preguntó Val—. Es un poco pequeña.

—En realidad no, —dijo Luis sombríamente.

—Vamos, apenas anoche le pusiste nombre. —Lolli levantó a la gata y la puso sobre su propio regazo.

—Si, —dijo Dave—. Polly y Lolli.

—Polyhymnia, —dijo Luis.

Val se inclinó hacia delante.

—¿Qué significa Poly...lo que sea?

Dave sirvió otra taza para Luis.

—Polyhymnia es una especie de musa griega. No sé cual de ellas. Pregúntale a él.

—No importa, —dijo Luis, encendiendo una colilla de cigarrillo.

Superficial Dave se encogió, como si estuviera disculpándose por saber tanto como él.

—Nuestra madre solía ser bibliotecaria.

Val no sabía en realidad lo que era una Musa, excepto por un tenue recuerdo de haber estudiado la Odisea en noveno grado.

—¿Qué hace tu madre ahora?

—Muerta, —dijo Luis—. Nuestro padre le disparó.

Val contuvo el aliento y estaba a punto de tartamudear una disculpa cuando

Superficial Dave habló primero.

—Pensé en hacerme bibliotecario también. —Dave miró a Luis. —La biblioteca es un buen lugar para pensar. Parecido a esto de aquí abajo. —Se giró hacia Val—. ¿Sabías que yo fui el primero en encontrar este lugar?

Val negó con la cabeza.

—Lo gorronee. Soy el Príncipe de la basura, el señor de la mugre.

Lolli se echó a reír y la sonrisa de Dave se ensanchó. Parecía más complacido por su chiste ahora que sabía que a Lolli le había gustado.

—Tú no querías ser bibliotecario, —dijo Luis, sacudiendo la cabeza.

—Luis lo sabe todo sobre mitología. —Lolli bebió un sorbo de café—. Como Hermes. Cuéntale sobre Hermes.

—Era un psychopomp. —Luis dirigió a Val una mirada oscura, como retándola a preguntarle lo que significaba eso—. Viajaba entre el mundo de los vivos y el de los muertos. Una especie de correo. Eso es lo que Lolli quiere que diga. Pero olvídate de eso por un minuto; preguntaste si las ratas podían coger a Polly. ¿Qué sabes sobre ratas?

Val sacudió la cabeza.

—No mucho. Creo que una me pisó de camino hacia aquí.

Lolli resopló y hasta Dave sonrió, pero la cara de Luis era intensa. Su voz tenía la cualidad de un ritual, como si hubiera dicho lo mismo muchas veces antes.

—A las ratas las envenenan, disparan, les ponen trampas, son golpeadas, igual que la gente de la calle, igual que a la gente, igual que a nosotros. Todo el mundo odia a las ratas. La gente odia la forma en que se mueven, la forma en que saltan, odian el sonido de sus garras arañando el suelo. Las ratas siempre son los villanos.

Val miró hacia las sombras. Luis parecía estar esperando a que ella reaccionara, pero no sabía la respuesta correcta a eso. Ni siquiera estaba segura de saber de qué estaba hablando.

Él continuó.

—Pero son fuertes. Tienen dientes que son más duros que el hierro. Pueden roer a través de cualquier cosa... vigas de madera, paredes de yeso, tuberías de cobre... Cualquier cosa menos acero.

—O diamantes, —dijo Lolli con una sonrisa de suficiencia. No parecía para nada impresionada por el discurso.

Luis apenas hizo una pausa para demostrar que se había dado cuenta de que Lolli había hablado. Sus ojos se fijaron en Val.

—La gente solía hacerlas pelear en fosos aquí en la ciudad. Las hacían pelear con hurones, perros, gente. Así de fuertes son.

Dave sonrió, como si todo esto tuviera sentido para él.

—También son listas. ¿Alguna vez has visto a una rata en el subterráneo? A veces se suben a un coche en una plataforma y se bajan en la próxima parada. Están viajando.

—Yo nunca he visto eso. —se mofó Lolli.

—No me importa si lo notaste alguna vez o no. —Luis miró a Dave, que había dejado de asentir. Luego se giró hacia Val—. Puedo cantar alabanzas de las ratas mañana, tarde y aún así no podré hacer que cambies de forma de pensar con respecto a ellas, ¿verdad? ¿Pero que pasaría si te dijera que hay cosas por ahí que piensan de ti lo mismo que tú piensas de las ratas?

—¿Qué cosas? —preguntó Val, recordando lo que Lolli le había dicho la noche anterior—. ¿Te refieres a ha...? —Lolli hundió las uñas en el brazo de Val.

Luis la miró por un largo rato.

—Otra cosa acerca de las ratas. Sufren de neofobia. ¿Sabes lo que significa eso?

Val negó con la cabeza.

—No confían en las cosas nuevas, —dijo Luis, serio—. Y tampoco deberíamos hacerlo nosotros. —Luego se levantó, tirando la colilla de su cigarrillo por el camino, subió los escalones y salió fuera de la estación.

Menudo idiota. Val cogió un hilo suelto de sus pantalones, tirando de él, deshilachando el tejido. Debería irme a casa, pensó. Pero no se fue a ninguna parte.

—No te preocupes por él, —dijo Lolli—. Sólo porque puede ver cosas que nosotros no vemos, se cree que es mejor. —Observó hasta que Luis estuvo fuera de la vista y luego tomó una pequeña tartera con un gato rosa dibujado en ella. Abriendo la tapa, sacó y desenrolló una camiseta para desplegar su contenido: una jeringa, una cuchara de plata antigua con algo de la plata desvaída, un par de medias de nylon color carne, y algunas bolsitas de plástico cerradas que contenían un polvillo ambarino que brillaba con un pálido azul a la tenue luz. Lolli se alzó una de las mangas de la bata y Val pudo ver marcas negras en el interior de su codo, como si su piel hubiera sido quemada.

—Tranquilízate, Lolli, —dijo Superficial Dave—. No delante de ella. Eso no.

Lolli se reclinó contra una pila de almohadas y bolsas.

—Necesito agujas. Me gusta la sensación del acero bajo mi piel. —Miró a Val—. Puedes conseguir un pequeño subidón si te inyectas agua. Incluso puedes inyectarte vodka. Se va directo a tu torrente sanguíneo. Así te sale más barato emborracharte.

Val se frotó el brazo.

—No puede ser mucho peor que cuando me has arañado. —Debería haber estado horrorizada, pero el ritual la fascinaba, la forma en que las herramientas yacían sobre la mugrienta camiseta, esperando a ser usadas. Le recordaban algo, pero no estaba segura de qué.

—¡Siento lo de tu brazo! Él estaba de ese humor. No quería que empezara con lo de las hadas. —Lolli hizo una mueca mientras calentaba el polvo, mezclado con un poquito de agua sobre la parrilla. Este burbujeó en la cuchara. Un dulce aroma, como de azúcar quemado, llenó la nariz de Val. Lolli lo recogió con la aguja, luego golpeó la jeringa para echar hacia arriba las burbujas de aire, haciéndolas salir con un chorro de líquido. Atando su antebrazo con una de las medias de nylon, Lolli insertó lentamente la punta de la aguja en una de las marcas negras de su brazo.

—Ahora soy una maga, —dijo Lolli.

En ese momento se le ocurrió a Val que lo que le había recordado era a su madre cuando se maquillaba.... Disponiendo las herramientas y luego usándolas una a una. Primero la base, luego el polvo, la sombra, el delineador, colorete, todo realizado con la misma apacible ceremonia. La fusión de imágenes la enervó.

—No deberías hacer eso delante de ella, —repitió Dave, señalando en dirección en a Val con un movimiento de su barbilla.

—A ella no le importa. ¿Verdad, Val?

Val no sabía qué pensar. Nunca había visto a nadie inyectarse de esa forma, tan profesionalmente como un médico.

—No se supone que deba verlo, —dijo Dave. Val observó como se levantaba para pasear por la plataforma. Se detuvo bajo un mosaico de azulejos que deletreaban la palabra “VALER”. Detrás de él, le pareció haber visto como la oscuridad cambiaba de forma, expandiéndose como tinta derramada en agua. Dave pareció notarlo también. Sus ojos se agrandaron. —No hagas eso, Lolli.

La oscuridad parecía estar fusionándose en distintas formas que hacían que los pelos de los brazos de Val se erizaran. Borrosos cuernos, bocas llenas de dientes y garras tan largas como ramas se formaban y se disipaban.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo? —Lolli dedicó una mueca desdeñosa a Dave antes de girarse hacia Val—. Tiene miedo de su propia sombra. Por eso le llamamos Superficial.

Val no dijo nada, todavía observando los movimientos de la oscuridad.

—Vamos, —dijo Dave a Val, moviéndose con inseguridad hacia las escaleras—. Vayamos a gorronear.

Lolli hizo un exagerado mohín.

—De ninguna manera. Yo la encontré. Es mi nueva amiga y quiero que se quede aquí y juegue conmigo.

¿Jugar con ella? Val no sabía lo que quería decir Lolli, pero no le gustaba como sonaba. Justo en ese momento, Val no quería otra cosa que salir de los claustrofóbicos túneles y alejarse de las cambiantes sombras. Su corazón latía tan rápido que temía que saliera disparado de su pecho como los pájaros de los relojes de cuco.

—Necesito tomar algo de aire. —se puso de pie.

—Quédate, —le dijo Lolli perezosamente. Su cabello parecía más azul que hacía un momento, atravesado por reflejos de color aguamarina, y el aire ondeaba alrededor de ella como lo haría si se encontrara sobre una calle expuesta al calor del sol—. No tienes ni idea de cuanto te vas a divertir.

—Vamos, —dijo Dave.

—¿Por qué tienes que ser siempre tan aburrido? —Lolli puso los ojos en blanco y encendió su cigarrillo en el fuego. Una buena mitad se incendió, pero ella lo cogió igualmente. Su voz era lenta, arrastraba las palabras, pero su mirada, aunque tuviera los ojos somnolientos, era severa.

Dave empezó a subir por las escaleras amarillas de mantenimiento y Val se dio prisa en seguirlo, llena de un incierto temor. Cuando llegaron arriba, Dave empujó la reja y salieron a la acera. Cuando salió a la brillante luz del sol del atardecer, se dio cuenta que había dejado su mochila en la plataforma con su pasaje de regreso todavía dentro. Medio se dio la vuelta hacia la reja y luego dudó. Quería su mochila, pero Lolli había estado actuando de forma tan rara... todo se había vuelto muy extraño. ¿Pero era posible que sólo el aroma de una droga hiciera que se movieran las sombras? Recorrió su lista de la clase de salud de sustancias que debían ser evitadas... Heroína, PCP, Polvo de Ángel, Cocaína, Cristal, Especial K. No sabía mucho acerca de ninguna de ellas. Ninguno de sus conocidos hacía otra cosa aparte de fumar hierba o beber.

—¿Vienes? —la llamó Dave. En ese momento Val tomó nota de las suelas desgastadas de sus botas, las manchas que cubrían sus tejanos, las cuerdas de músculos apretados que recorrían sus delgados brazos.

—Dejé mí..., —empezó a decir, pero luego lo pensó mejor—. No importa.

—Es simplemente la forma de ser de Lolli, —le dijo él con una triste sonrisa, sin mirar a Val a los ojos sino mirando a la acera—. —Nada va a hacerla cambiar.

Val miró alrededor hacia los altos edificios de la acera de enfrente y al parque de hormigón en que se hallaban, con su seco y resquebrajado estanque y un carrito de la compra abandonado.

—Si es tan fácil entrar por aquí, ¿Por qué vinimos a través de los túneles?

Dave pareció incómodo y se quedó callado un momento.

—Bueno, el distrito financiero está bastante abarrotado los viernes a las cinco de la tarde, pero está casi vacío los sábados. No te gustaría salir del pasadizo con un millón de personas rodeándote, ¿verdad?

—¿Eso es todo? —preguntó Val.

—Además no confiaba en ti, —dijo Dave.

Val intentó sonreír, porque había adivinado que ahora tenía un poco más de fe en

ella, pero todo lo que se lo ocurrió pensar fue en lo que hubiera pasado si en alguna parte, durante la travesía a través de los túneles, él hubiera decidido que no podía confiar en ella.

Val se acercó a un contenedor. El olor a comida todavía le provocaba arcadas, pero después de las dos pilas de basura anteriores, se estaba acostumbrando. Empujó a un lado montones de trozos de papel, pero sólo encontró unos pocos tableros tachonados con clavos, cajas vacías de CDs y un marco roto.

—¡Hey, mira esto! —Superficial Dave la llamaba desde un contenedor contiguo. Emergió llevando un abrigo verde oscuro, que tenía una de las mangas apenas rasgada, y sosteniendo una caja de poliestireno de comida para llevar que parecía estar casi llena de linguini⁵ con salsa alfredo—. ¿Quieres un poco? —le preguntó, levantando un puñado de fideos y dejándolos caer dentro de su boca.

Ella negó con la cabeza, asqueada pero riendo.

Los peatones se dirigían a sus casas después del trabajo, con paquetes de correo y maletines colgados al hombro. Ninguno de ellos parecía ver a Val o a Dave. Era como si los dos se hubieran vuelto invisibles, simplemente parte de la basura en la que estaban hurgando. Era la clase de cosas sobre las que había oído hablar en la televisión o leído en los libros. Se suponía que eso tenía que hacerlos sentir pequeños, pero ella se sentía liberada. Nadie la estaba mirando, ni juzgando basándose en si su atuendo hacía juego o quienes eran sus amigos. Ni siquiera la veían.

—¿No es muy tarde para encontrar algo que valga la pena? —preguntó Val, bajándose de un salto.

—Sí, la mañana es la mejor hora. A esta hora en un día entre semana, el negocio es la basura de oficina. Veremos que hay por aquí, luego vendremos nuevamente cerca de la medianoche, cuando los restaurantes tiran las sobras de pan y vegetales del día. Y después al amanecer se pone residencial otra vez... tendremos que estar ahí antes de que los camiones recojan.

—No haces esto todos los días, ¿verdad? —preguntó mirándolo con incredulidad.

—Siempre es día de basura en algún lugar.

Miró hacia un fajo de revistas atadas con un cordel. Hasta ahora, no había encontrado nada que pensara que valiera la pena llevarse.

—¿Qué es exactamente lo que estamos buscando?

Dave se comió el resto de los linguini y tiró la caja de vuelta al contenedor.

—Llévate cualquier cosa que sea porno. Siempre podemos vender eso. Y cualquier cosa agradable, supongo que si a ti te parece bonita, a alguien más probablemente también se lo parecerá.

—¿Qué te parece eso? —apuntó a una cabecera de hierro herrumbrosa recostada contra la pared del callejón.

—Bueno, —dijo él, como tratando de ser amable—. Podríamos comerciar con ella en una de esas pequeñas tienditas coquetas... pintan cosas viejas como esa y las revenden por una buena cantidad de dinero... pero no pagarían lo suficiente para el trabajo que nos daría. Tal vez tenga que hacer una entrega.

Val levantó la cabecera. El óxido se deshizo en sus manos, pero se las arregló para balancear el hierro sobre su hombro. Dave tenía razón. Era pesado. Lo volvió a bajar.

—¿Que clase de entrega?

⁵ Pastas en tiras largas, planas y delgadas.

—Ey, mira esto, —Dave se agachó y dio un tirón a una caja llena de novelas románticas. —Estas pueden llegar a servirnos.

—¿Para que?

—Probablemente podríamos venderlas, —dijo

—¿Si? —la madre de Val solía leer novelas románticas por lo que estaba acostumbrada a ver las cubiertas; una mujer acurrucada en los brazos de un hombre, su cabello largo y fluido, una hermosa casa en la distancia. La letra toda curvada y algunas realizadas en dorado. Apostaba a que ninguno de estos libros contaba como acostarse con el novio de tu hija. Quería ver si alguna de las portadas mostraba a... un joven muchacho en brazos de una señora mayor con demasiado maquillaje y arrugas alrededor de la boca. —¿Por qué alguien querría leer esta mierda?

Dave se encogió de hombros, llevando la caja debajo del brazo, abrió un libro. No leyó en voz alta, pero su boca se movió mientras ojeaba la página.

Durante un rato se mantuvieron en silencio mientras caminaban y entonces Val señaló al libro que él tenía en la mano.

—¿De qué va?

—Todavía no lo sé, —dijo Superficial Dave. Sonaba molesto. Caminaron otro rato en silencio, él con la cara metida en el libro.

—Mira eso, —Val señaló hacia una silla de madera a la que le faltaba el asiento.

Dave la miró críticamente.

—Nah. No podemos vender eso. A no ser que quieras conservarla para ti.

—¿Qué haría yo con ella? —preguntó Val

Dave se encogió de hombros y se dio la vuelta para atravesar una puerta negra hacia una plaza casi vacía, tirando la novela romántica de vuelta al interior de la caja. Val se detuvo para leer la placa: Seward Park. Altos árboles daban sombra y el hormigón estaba alfombrado de hojas amarillas y marrones. Pasaron junto a una fuente reseca con focas de piedra que parecía como si pudieran escupir agua para que los chicos jugaran en verano. La estatua de un lobo asomaba detrás de un parche de pasto marrón.

Superficial Dave pasó de largo todo eso sin detenerse y se dirigió hacia un área separada por una puerta que bordeaba una de las ramas de la Biblioteca Pública de Nueva York. Dave se deslizó a través de un agujero en la cerca. Val lo siguió, trepando a un jardín japonés en miniatura lleno de pequeñas pilas de suaves y negras rocas dispuestas en pabellones de distintas alturas.

—Espera aquí, —dijo Dave.

Empujó uno de los pilares de piedra y levantó una pequeña nota doblada. Momentos después estaba de vuelta pasando a través del agujero en la cerca y desdoblado la nota.

—¿Qué dice? —preguntó Val.

Con una sonrisa, Dave le tendió el papel. Estaba en blanco.

—Mira esto, —le dijo. Estrujándolo hasta formar una pelota, lo arrojó al aire. El papel volaba por el camino y hacia abajo, cuando de repente cambió de dirección como si fuera soplado por un viento rebelde. Mientras Val miraba asombrada, la pelotita de papel rodó hasta descansar debajo de la base de un tobogán.

—¿Cómo hiciste eso? —preguntó Val.

Dave se estiró debajo del tobogán y liberó un objeto envuelto en cinta.

—Pero no se lo digas a Luis, ¿vale?

—¿Dices eso acerca de todo? —Val miró el objeto que había en la mano de Dave. Era una botella de cerveza, taponada con cera derretida. Alrededor del cuello, un pedazo de papel colgaba de un trozo de cuerda deshilachada. Dentro, había arena de

color marrón como la melaza, que se removía con cada movimiento de su envase, mostrando un brillo purpúreo. —¿Por qué tanto alboroto?

—Mira, si no crees a Lolli, no voy a discutir contigo. Ya te contó demasiadas cosas. Pero sólo por un momento supón que crees a Lolli, y digamos que crees que Luis puede ver un mundo entero que el resto de nosotros no podemos, y digamos que hay ciertos trabajos que hacer para ellos.

—¿Ellos? —Val no podía decidir si esto era, o no, una conspiración para asustarla.

Dave se agachó, y con una rápida mirada a la posición del sol en el cielo, destapó la botella, provocando que la cera de alrededor del cuello se rompiera. Vertió un poco del contenido en una pequeña bolsita igual a la que Lolli usaba para guardar la droga. Se metió la bolsita dentro del bolsillo delantero de sus tejanos.

—Vamos, dime ¿qué es? —preguntó Val, pero ahora su voz sonaba apagada.

—Puedo decirte honestamente que no tengo la más jodida idea, —dijo Superficial Dave—. Mira. Debo ir a la zona residencial de la ciudad a dejar esto. Puedes venir conmigo, pero cuando lleguemos allí debes mantenerte alejada.

—¿Esa es la sustancia que Lolli se inyectó en el brazo? —preguntó Val
Dave dudó.

—Vale, —dijo Val—. Puedo preguntarle simplemente a Lolli.

—No puedes creer todo lo que te diga Lolli.

—¿Qué se supone que significa eso? —demandó Val.

—Nada. —Dave sacudió la cabeza y dio un paso atrás. Val no tuvo más opción que seguirlo. Ni siquiera estaba segura de poder encontrar el camino de vuelta a la plataforma abandonada sin él para guiarla y necesitaba su mochila para ir a cualquier otro lado.

Tomaron la línea F hasta la Calle Treinta y Cuatro, luego cambiaron a la línea B, siguiendo en esa todo el camino hasta la Noventa y seis. Superficial Dave se agarró a una barra de metal horizontal e hizo flexiones mientras el tren tronaba por los túneles.

Val miraba hacia fuera a través de la ventana del tren, observando las pequeñas luces que evidenciaban como la distancia se acortaba velozmente, pero después de un rato sus ojos se vieron atraídos por los demás pasajeros. Un nervudo hombre negro con el pelo rapado muy corto oscilaba inconscientemente siguiendo el ritmo de la música de su iPod, llevando un puñado de manuscritos en la mano. Una niña sentada junto a él estaba dibujando cuidadosamente un guante de remolinos de tinta sobre su propia mano. Inclinado contra las puertas, un hombre alto vestido con un traje a rayas aferraba su portafolio y miraba a Dave aterrado. Cada persona parecía tener un destino, pero Val era un pedazo de madera llevado por la corriente, girando en un río, sin estar segura siquiera de en que dirección se estaba moviendo. Pero sabía como hacer para girar más rápido.

Desde la estación, caminaron unas pocas manzanas hasta el borde del Riverside Park, un floreciente espacio verde que bajaba la autopista hacia el agua que había más allá. Cruzando la calle, las casas de ciudad con vista al parque lucían intrincadas rejas de hierro en ventanas y puertas. Bloques de cemento complicadamente tallados enmarcaban las puertas y las barandillas de las escaleras, formando fantásticos dragones, leones y gárgolas que la escudriñaban bajo el brillo reflejado por las farolas de la calle. Val y Dave pasaron una fuente donde un águila de piedra con el pico abierto brillaba sobre una piscina verde de musgo repleta de hojas.

—Solo espera aquí, —dijo Superficial Dave.

—¿Por qué? —preguntó Val—. ¿Cuál es el problema? Ya me has contado un montón de mierda que no debías.

—Te dije que se supone que no deberías estar aquí conmigo.

—Vale. —Val le cedió el paso y se sentó en el borde de la fuente—. Estaré justo aquí.

—Vale. —dijo Dave y cruzó trotando la calle hacia una puerta sin rejas de hierro. Subió los blancos escalones, bajó la caja de novelas románticas, y presionó un timbre donde alguien había dibujado un hongo con pintura en spray. Val levantó la mirada hacia las esculpidas gárgolas que flanqueaban el techo del edificio. Mientras estaba mirando, una pareció estremecerse como lo haría un pájaro sobre una percha, plumas de piedra removiéndose para volver a aposentarse. Val se quedó congelada, mirándola fijamente, y después de un momento, la gárgola se quedó quieta.

Val saltó y cruzó la calle, gritando el nombre de Dave. Pero cuando llegaba a los escalones, la puerta negra se abrió y salió una mujer. Usaba un largo delantal blanco. Su enmarañado cabello, marrón y verde parecía sucio y la piel de debajo de los ojos era oscura como un moretón. Se podían distinguir pezuñas asomando por debajo del dobladillo del delantal donde debería haber habido pies.

Val se quedó helada, y la falda se asentó, cubriéndolos los pies, dejándola insegura acerca de lo que había visto.

Superficial Dave giró la cabeza y le dirigió una mirada feroz antes de sacar la botella de cerveza de la bolsa.

—¿Entras? —le preguntó la mujer de las pezuñas, con una voz áspera, como si hubiera estado gritando. No pareció darse cuenta de que el sello había sido roto.

—Sí, —dijo Superficial Dave.

—¿Quién es tu amiga?

—Val, —dijo Val, tratando de no quedarse boquiabierta—. Soy nueva. Dave me esta enseñando como funciona todo.

—Puede esperar aquí afuera, —dijo Dave.

—¿Me crees tan descortés? El aire helado la calará hasta los huesos. —La mujer mantuvo la puerta abierta y Val siguió a Dave adentro, sonriendo. Había un vestíbulo de mármol y una escalera con una barandilla de vieja madera lustrada. La mujer de las pezuñas los guió a través de las habitaciones escasamente amuebladas, pasando una fuente donde nadaban *kois* plateados, sus cuerpos eran tan pálidos que se podía apreciar el rosa de su interior a través de las escamas, pasaron por una sala de música que contenía sólo un arpa faldera de encordado doble sobre una mesa de mármol, luego llegaron a un saloncito. La mujer se sentó en un sofá de color pastel, confeccionado con tejido de brocado ya desgastado, y les hizo señas para que se le unieran. Había una mesa baja cerca y sobre ella un vaso, una taza y una manchada cuchara. La mujer de las pezuñas usó la cuchara para sacar una medida de arena ambarina y ponerla dentro de la taza, luego la llenó de agua caliente y dio un profundo trago. Se estremeció una vez y cuando levantó la vista, sus ojos centelleaban con un misterioso y resplandeciente brillo.

Val no podía dejar de mirar los pies de cabra de la mujer. Había algo obsceno en los breves vislumbres que obtenía del corto y grueso pelo de la piel que cubría sus delgados tobillos, el lustre de la negra dureza, los dos dedos separados.

—A veces un remedio puede parecer otra clase de enfermedad, —dijo la mujer de los pies de cabra. —David, asegúrate de decirle a Ravus que hubo otro asesinato.

Superficial Dave se sentó en el suelo de ébano.

—¿Asesinato?

—Dunni Berry murió anoche. Pobrecita, estaba apenas saliendo de su árbol... es horrible como esa verja de hierro rodeaba sus raíces. Debe haberse chamuscado cada vez que la cruzaba. ¿Tú le hiciste una entrega ¿verdad?

Superficial Dave se revolvió incómodo.

—La semana pasada. El miércoles.

—Bien puedes haber sido la última persona en verla con vida, —dijo la mujer de los pies de cabra—. Ten cuidado. —Levantó la taza, y bebió otro gran trago de la solución—. La gente anda diciendo que tu patrón vende veneno de puerta en puerta.

—No es mi patrón. —Superficial Dave se puso de pie—. Debemos irnos.

La mujer de los pies de cabra también se puso de pie.

—Por supuesto. Ven a la parte de atrás y te daré lo que te debo.

—No comas ni bebas nada o sino estarás más jodida de lo que ya estás. —le susurró Dave a Val mientras seguía a la mujer a otra habitación, dejando la rescatada caja de novelas románticas en el suelo. Val se enfurruñó y se acercó a una vitrina. Dentro de la puerta de vidrio había un largo y sólido pedazo de algo parecido a la obsidiana. Además de otras cosas igualmente raras. Un trozo de corteza, una varilla rota, una aguda planta espinosa con forma de piña, cada hoja de la misma era tan afilada como una navaja.

Unos momentos después, Superficial Dave y la mujer de los pies de cabra regresaron. Ella estaba sonriendo. Val trató de mirarla sin que se diera cuenta. Si alguien le hubiera preguntado que haría si viera a una criatura sobrenatural, nunca se habría imaginado que no haría absolutamente nada. Se sentía incapaz de decidir si estaba segura de lo que estaba viendo, incapaz de decidir si realmente había un monstruo justo delante de ella. Mientras caminaban por el apartamento, Val podía sentir la sangre tronando en su cabeza siguiendo el enloquecido ritmo de su corazón.

—Te dije que mantuvieras tu culo allí, —gruñó Superficial Dave, haciendo señas hacia el otro lado de la calle, donde se encontraba la fuente.

Val estaba demasiado confusa para enfadarse.

—Vi algo... una estatua... moviéndose. —Señaló hacia arriba, a la parte de arriba del edificio y al cielo casi nocturno, pero hablaba incoherentemente—. Y luego fui hacia allí y.... ¿Qué es ella?

—¡Mierda! —Dave dio un puñetazo a la pared de piedra, haciendo que sus nudillos terminaran deshechos y en carne viva—. ¡Mierda! ¡Mierda! —se alejó, con la cabeza encorvada como si estuviera inclinándose contra un fuerte viento.

Val lo alcanzó y lo agarró del brazo.

—Dime, —demandó, reafirmando su apretón. Él trató de sacudírsela, pero no pudo. Ella era más fuerte.

La miro de forma extraña, como si estuviera reevaluándolos a los dos.

—No viste nada. No había nada que ver.

Val lo miró fijamente.

—¿Y que diría Lollí? ¿Un hada, verdad? ¡Sólo que las malditas hadas no existen!

El comenzó a reírse.

Le soltó el brazo y lo empujó con fuerza. La caja con novelas se cayó, desparramando su contenido por la carretera

Dave bajó la mirada hacia ellas y luego levantó la vista para mirarla.

—Maldita puta. —dijo y escupió en el suelo.

Toda la furia y el desconcierto de los últimos días hirvieron en ella. Sus manos se convirtieron en puños. Quería pegarle a algo.

Dave se inclinó para levantar la caja de cartón y reunir los libros caídos.

—Tienes suerte de ser una chica. —murmuró.

Capítulo 4

*No debemos mirar a los goblins,
No debemos comprar sus frutas:
¿Quién sabe sobre qué suelo habrán alimentado sus sedientas raíces?*
Christina Rossetti, "Goblin Market"

En el tren, cuando volvían, Val se sentó en uno de los asientos de plástico lejos de Dave, reclinó la cabeza contra el mapa del metro protegido por plexiglás, y trató de imaginarse cómo podía ser que una persona tuviera pezuñas. Había visto sombras moverse por sí mismas y botellas de arena dorada que estaban vinculadas a fantásticos chismorreos sobre gente de los árboles asesinada transmitidos por una extraña dama del Upper West Side. Lo único que sabía era que no quería ser ciega y tonta, el tipo de muchacha que no se daba cuenta de que su madre y su novio estaban manteniendo relaciones sexuales hasta que lo veía con sus propios ojos. Quería saber la verdad.

Cuando estaban cerca del parque de hormigón de Leonard Street, Val vio a Luis sentado en un saliente, bebiendo algo de una botella de vidrio azul. Una muchacha menuda que llevaba zapatillas que no combinaban entre sí y una hinchada barriga estaba sentada junto a él, sosteniendo un cigarrillo entre sus temblorosos dedos. Cuando Val estuvo más cerca, pudo ver que tenía llagas en los tobillos de las que supuraba pus. Las calles estaban casi desiertas, la única persona cercana era un guardia de seguridad que se hallaba al otro lado de la calle, y que de vez en cuando caminaba hasta el bordillo, antes de desaparecer dentro de un edificio.

—¿Por qué estás aquí todavía? —preguntó Luis, levantando la mirada hacia ella. La enervaba con la mirada de su ojo nublado.

—Sólo dime donde puedo encontrar a Lolli y me iré, —dijo Val

Luis señaló con la barbilla hacia la reja del suelo mientras Dave se les acercaba.

A la chica se le cayó el cigarrillo y trató de alcanzarlo, sus dedos aferraron la punta encendida sin que al parecer se diera cuenta mientras tanteaba intentando ponérselo nuevamente en su boca.

—¿Qué hiciste? —preguntó Luis a Dave, con la mandíbula apretada—. ¿Que pasó?

Dave miró hacia los coches aparcados alineados en la calle.

—No fue culpa mía.

Luis cerró los ojos.

—Eres tan rematadamente imbécil.

Dave dijo algo más, pero Val ya había empezado a avanzar hacia la entrada de servicio, la reja que ella y Dave habían cruzado esa tarde. Se puso sobre las manos y las rodillas, tiró de una de las puntas flojas de las barras de metal, y descendió por los escalones.

—¿Lolli?, —llamó en la oscuridad.

—Por aquí, —le llegó una somnolienta respuesta.

Val vadeó el colchón y las mantas hacia donde había dormido la noche anterior. Su mochila no estaba donde la había dejado. Pateó a un lado algunas de las ropas sucias que había en la plataforma. Nada.

—¿Dónde está mi mochila?

—Si confías tus pertenencias a una panda de vagos, supongo que obtienes lo que te mereces. —Lolli se rió y sostuvo en alto la mochila—. Aquí está. Tranquilízate.

Val abrió la mochila. Todas sus pertenencias estaban allí, la maquinilla de afeitar todavía atascada con su cabello, los trece dólares todavía doblados en su billetera justo al lado del billete de tren. Hasta sus chicles estaban todavía allí.

—Lo siento, —dijo Val y se sentó.

—¿No confías en nosotros? —le dijo Lolli con una sonrisa.

—Mira, vi algo y no estoy segura de lo qué era y estoy harta de que me jodan.

Lolli se enderezó, recogiendo las piernas contra el pecho, con los ojos bien abiertos y su sonrisa ensanchándose a una todavía más amplia.

—¿Has visto a uno de ellos!

La imagen de la mujer de las pezuñas se movía inquieta tras los ojos de Val.

—Sé lo que vas a decir, pero no creo que fuera un hada.

—Entonces ¿Qué crees que era?

—No lo sé. Quizás mis ojos me engañaron. —Val se sentó sobre una caja de madera puesta del revés. Esta crujió, pero soportó el peso. —Eso no tiene ningún sentido.

—Cree tanto como puedas soportar.

—Pero, quiero decir... ¿hadas?. Como cuando dices “Aplaudes si crees en las hadas”

Lolli resopló.

—Tú viste una. Cuéntame tú.

—Te lo estoy contando. Te dije que no sabía lo que había visto. ¿Una mujer con pies de cabra? ¿A ti inyectándote algo extraño en el brazo? ¿Papel que baila por sí solo? ¿Se supone que eso cuenta?

Lolli frunció el ceño.

—¿Cómo sabes que es real? —exigió Val.

—El troll del túnel —dijo Lolli—. No podrás explicar eso tan fácilmente.

—¿Troll?

—Luis hizo un trato con él. Fue cuando le dispararon a Dave y a su madre. Resultó que la madre ya estaba muerta cuando llegó la ambulancia, pero Dave estuvo en el hospital un tiempo. Luis le prometió al Troll que le serviría durante un año si le salvaba la vida a Dave.

—¿La entrega que hizo Dave hoy, era para él? —preguntó Val

—¿Te llevó a una de esas? —Lolli dejó escapar un resoplido que bien podría haber sido una risa—. Guau, realmente es el peor espía del mundo.

—¿Por qué tanto rollo con no decírmelo? ¿Por qué se preocupa Luis por lo que yo sé? Como le dijiste a Dave, nadie va a creerme.

—Luis dice que ninguno de nosotros deberíamos saberlo, ni siquiera Dave. Dice que se enfadarán. Pero desde que empezó a hacer entregas para Ravus, algunas de las otras hadas le piden que les haga recados. Dave realiza algunos de los trabajos del troll.

—Mi amiga Ruth solía inventarse cosas. Decía que tenía un novio que se llamaba Zachary y que vivía en Inglaterra. Me mostró cartas llenas de angustiante poesía. En resumen, la verdad era que Ruth se escribía las cartas a sí misma, las imprimía, y mentía sobre ello. Lo sé todo acerca de los mentirosos, —dijo Val—. No es que no crea lo que dices, pero ¿y si Luis te está mintiendo a ti?

—¿Y qué pasa si me esta mintiendo?

Val sintió un arrebato de furia, de los peores porque no tenía destinatario.

—Me da igual. ¿Dónde está el túnel del troll? Lo descubriremos nosotras mismas.

—Conozco el camino, —dijo Lolli—. Seguí a Luis hasta la entrada.

—¿Pero no entraste? —Val se levantó.

—No. —Lolli también se puso de pie, sacudiéndose el polvo de la falda—. No quise ir sola y Dave no me quería acompañar.

—¿Qué crees que es un troll? —Le preguntó Val a Lolli que rebuscaba entre la ropa y las bolsas que había en la plataforma. Val pensó en la historia del troll del puente, pensó en el juego WarCraft y en los pequeños trolls verdes que portaban hachas y decían, “¿Quieres comprar un cigarro?” y “Di hola a mi pequeño amigo” cuando los apretabas las suficientes veces. Ninguna de esas cosas parecía real, pero el mundo ciertamente sería más simpático con algo tan irreal viviendo en él.

—La tengo, —dijo Lolli, sosteniendo en alto una linterna que irradiaba un tenue e inconstante brillo—. Esto no va a durar.

Val saltó abajo, al nivel donde estaban las vías.

—Seremos rápidas.

Con un suspiro, Lolli bajó tras ella.

Mientras caminaban por el túnel subterráneo, la averiada linterna iluminaba las negras paredes bañándolas de un tono ambarino, iluminando hollín y millas de tendido eléctrico que se enhebraban a lo largo del túnel, era como moverse a través de las venas de la ciudad.

Pasaron una plataforma en funcionamiento, donde la gente esperaba el tren. Cuando las miraron, Lolli los saludó, pero Val se agachó y recogió las pilas descartadas de una docena de reproductores de CD. Mientras avanzaban, fue probando todas las pilas, una a una, hasta que encontró dos que fortalecieron el rayo de luz que emitía la linterna.

Ahora, alumbrada con pilas de la basura, captaba el verde reflejo de los ojos de las ratas y las paredes, que parecían estar en movimiento debido a la cantidad de cucarachas que habían florecido gracias al calor y la oscuridad. Val oyó un fino silbido.

—Tren, —gritó Val, empujando a Lolli contra un hueco de la pared, una grieta superficial cubierta de mugre. El aire se llenó de una ráfaga de polvo un momento antes de que el tren pasara corriendo rápidamente por otra vía. Lolli soltó una carcajada y presionó la cara contra la de Val.

—Un excelente día en el medio de la noche, —entonó—. Dos niños muertos se levantaron a pelear.

—Para ya, —dijo Val, apartándola de un empujón.

—Espalda con espalda se enfrentaron el uno al otro, sacaron las espadas y se mataron. El policía sordo que estaba de guardia escuchó el ruido y vino y les disparó a los dos muchachos muertos. —Lolli se echó a reír—. ¿Qué? Es una rima que mi madre solía recitarme. ¿Nunca la habías oído antes?

—Es espeluznante como la mierda.

Val tenía las rodillas temblorosas cuando se puso de nuevo en marcha a través de los interminables túneles retorcidos. Finalmente Lolli señaló una apertura que parecía haber sido cavada en los bloques de cemento.

—Por aquí, —dijo.

Val dio un paso, pero Lolli soltó un ruidito.

—Val... —empezó, pero no continuó.

—Si quieres puedes esperar aquí. Entraré y saldré enseguida.

—No tengo miedo, —dijo Lolli

—Vale. —Val pasó a través de la tosca entrada de hormigón.

Había un corredor, lleno de agua turbia, con depósitos de calcio colgando hacia abajo y formando frágiles estalactitas calcáreas. Dio unos pocos pasos más, el agua fría le empapaba las zapatillas y el dobladillo de los vaqueros. La luz de la linterna enfocaba

directamente delante de ella. Tiras rotas de chapas de plástico rasgadas oscilaban con el leve viento, como ropajes de gasa o fantasmas. El movimiento era enervante. Chapoteando, pasó agachada por debajo del plástico y hacia una cámara más ancha repleta de raíces. Se balanceaban por todos lados, largos zarcillos que parecían plumas dragaban en el agua que tenía mayor profundidad, gruesos troncos de raíces entremetiéndose a través del techo de hormigón hasta desgastarlo y expandirse. Pero la parte más extraña era la fruta que colgaba de ellas como de ramas. Pálidos globos crecían de las peludas espirales, sin calor del sol y sin alimentarse de tierra alguna. Val se acercó. La piel era lechosa y traslúcida, mostrando un destello rosa debajo, como si sus centros pudieran ser rojos.

Lolli tocó una.

—Están calientes, —dijo.

En ese momento Val notó la presencia de unas escaleras oxidadas. Los pasamanos estaban envueltos con trapos empapados.

Dudó al pie de ellas. Mirando nuevamente hacia los árboles invertidos, trató de decirse a sí misma de que solamente era raro, no sobrenatural. No importaba. Era demasiado tarde para echarse atrás.

Val empezó a subir los escalones. Cada paso que daba hacía eco y podía ver una luz difusa. Cuando los trenes pasaban retumbando por encima de ellas, caía una suave lluvia de fino polvo, pegándose y trazando rayas en las llorosas paredes. Las chicas subieron rápidamente, cada vez más alto hasta que llegaron a una gran ventana con bisagras cubierta con viejas mantas colgadas con clavos. Val se inclinó sobre el pasamano y apartó la tela. Se sorprendió al ver una cancha de baloncesto, edificios de apartamentos, la carretera, y el río que pasaba debajo, brillando como un collar de luces. Estaba dentro del puente de Manhattan.

Siguió caminando, llegando finalmente a una gran habitación abierta, con tuberías y gruesos cables corriendo por el techo y pesadas escaleras de madera sobre ambos lados de las paredes. Parecía haber sido fabricada para ser utilizada por los trabajadores de mantenimiento. Había libros apilados en los improvisados estantes y en polvorientas pilas sobre el suelo. Viejos volúmenes, agrietados y gastados. Una plancha de madera contrachapada descansaba sobre varias docenas de ladrillos cerca de la entrada, formando una mesa improvisada. Tarros de mermelada se hallaban alineados en el borde, y descansando contra ella había una espada que daba la impresión de estar hecha de cristal.

Val se acercaba, estirando la mano, cuando algo cayó sobre ella. Era frío y sin forma, como una pesada manta mojada, que se extendía para cubrirla. Le bloqueó la visión y la ahogó. Extendió las manos, clavándole las uñas a la cosa levemente húmeda, sintiendo que esta cedía ante sus afiladas y cortas uñas. Confusamente podía oír a Lolli chillando como si su voz llegara de muy lejos. Empezaron a formarse puntitos ante los ojos de Val y entonces trató ciegamente de alcanzar la espada. Su mano se deslizó sobre la hoja, cortándose superficialmente los dedos, pero eso le permitió tantear a ciegas hasta encontrar la empuñadura.

Se preparó y balanceó la espada hacia su propio hombro. La cosa se apartó, y por un vertiginoso momento pudo respirar otra vez. Levantando la espada de cristal lo máximo que pudo como un stick de lacrosse, cortó la blanca cosa sin huesos que ondeaba hacia ella, con una cara estirada de rasgos planos que la hacía asemejarse a una pálida y delgada muñeca de papel. La cosa se retorció en el suelo y quedó inmóvil.

A Val le temblaban las manos. Trató de dejarlas quietas, pero no paraban de temblar, incluso cuando las apretó hasta formar puños y se hundió las uñas en las palmas.

—¿Qué era esa cosa? —preguntó Lolli

Val sacudió la cabeza.

—¿Cómo mierda voy a saberlo?

—Debemos apresurarnos. —Lolli avanzó hacia la mesa y tiró varios tarros dentro de su mochila.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Val—. Salgamos de aquí.

—Vale, vale, —dijo Lolli, hurgando entre unas botellas—. Ya voy.

Había haces de hierbas confinados dentro de uno de los tarros de mermelada. Otro estaba lleno de avispas muertas, pero un tercero lo habían llenado con lo que parecían ser nudos de cordones de rojo regaliz. Algunos tenían etiquetas en las tapas: cerezas, hisopos, ajeno, amapola. En el centro de la contrachapa había una tabla de cortar de mármol con espinosas bolas verdes esperando a ser cortadas por el pequeño cuchillo con hoja en forma de medialuna que descansaba cerca de ellas.

En la pared había colgados una serie de objetos.... un envoltorio de caramelo, una bola gris de chicle, la consumida colilla de un cigarrillo. Colgando delante de cada uno había una lupa, agrandando no sólo los objetos sino también notas escritas a mano que rodeaban a cada uno. “Aliento”, decía uno. “Amor” se leía en otro.

Lolli jadeó fuertemente. Val se giró sin pensarlo, levantando la espada automáticamente. Alguien estaba de pie amenazadoramente en la entrada, alto y encorvado como un jugador de baloncesto, inclinándose para poder pasar a través del marco de la puerta. Cuando se enderezó, el cabello lacio, negro como la tinta, enmarcó la piel verdigrisácea de la cara. Dos incisivos sobresalían de su mandíbula inferior que se superponía sobre la superior, las puntas se hundían en la suave piel del labio superior. A Val se le agrandaron los ojos con algo que podía haber sido miedo o hasta furia, pero se encontró a sí misma paralizada por la forma en que los negros iris estaban espolvoreados alrededor de los bordes con motas doradas, como los ojos de un sapo.

—Bueno. —La voz del troll fue un profundo gruñido—. ¿Qué tenemos aquí? Un par de sucias chicas de la calle. —dio dos pasos hacia Val y esta se tambaleó hacia atrás, enredándose con sus propios pies, su mente llena únicamente de pánico.

Con un pie calzado con una bota, el troll tocó a la cosa sin huesos.

—Veo que derribaste a mi guardián. Que improbable. —Usaba un abrigo negro abotonado que le cubría del cuello hasta las pantorrillas, con pantalones negros debajo que parecían enfatizar la impresión que ocasionaba el verde asomando por los deshinchados puños y nuca donde la tela se encontraba con la carne. Su piel era del mismo horrible color que podrías haber encontrado debajo de una tira de cobre que hubieras usado durante demasiado tiempo. —Y también te diste maña para hacerte con otra de mis cosas

El miedo se cerró en la garganta de Val y se mantuvo allí. Miraba la lechosa sangre que corría hacia abajo por la espada sintiendo que las manos empezaban a temblarle nuevamente.

—Solo hay un humano que conozca este lugar. Así que ¿qué os dijo Luis? —El troll dio otro paso hacia ellas, hablaba con voz suave y furiosa—. ¿Os desafió a que entrarais? ¿Os dijo que aquí había un monstruo?

Val miró a Lolli, pero ésta estaba atónita y silenciosa.

El troll se pasó la punta de la lengua sobre uno de los incisivos.

—¿Pero que intenciones tenía Luis?, esa es la verdadera cuestión. ¿Daros un buen susto? ¿Darme a mí un buen susto? ¿Una buena comida? Es del todo posible que Luis pudiera pensar que me gustaría comeros. —Hizo una pausa, como esperando a que una de ellas lo negara—. ¿Creéis que quiero comeros?

Val levantó el filo de la espada.

—¿De verdad? ¿No decís nada? —Entonces la voz se hizo más profunda emitiendo un bramido—. Por supuesto, cabe la posibilidad de que seáis simplemente un par de desafortunadas ladronas.

El instinto se apoderó de Val. Corrió hacia la salida, hacia el troll. Cuando este intentó alcanzarla, se agachó, pasando por debajo de su brazo y golpeando las tiras de plástico. Estaba a medio camino por las escaleras cuando oyó que Lolli gritaba.

Allí de pie, con los trenes traqueteando en el puente sobre su cabeza, aún sosteniendo la espada de cristal, dudó. Era a causa de ella que Lolli se encontraba en este lugar. Por la estúpida idea que había tenido Val de tratar de probarse a sí misma que las hadas eran reales. Debería haber dado la vuelta cuando había visto el árbol. Nunca debería haber venido aquí. Tomando un profundo aliento, volvió a subir las escaleras corriendo.

Lolli estaba desparramada sobre suelo, con lágrimas corriendo por su cara, y el cuerpo extrañamente laxo. El troll la sujetaba por la muñeca y parecía estar en medio de una exigencia.

—Suéltala, —dijo Val. Su voz le sonó como de otra persona. Alguien valiente.

—Creo que no. —Inclinándose hacia abajo, el troll arrancó la mochila del hombro de Lolli y le dio la vuelta. Varias monedas rebotaron contra el suelo de madera, rodando junto con botellas llenas de arena negra, agujas, un cuchillo herrumbroso, barras de goma, colillas de cigarrillo y un paquete compacto que se quebró cuando se estrelló contra la madera, derramando el polvo sobre el suelo. El monstruo se estiró para alcanzar una de las botellas, los largos dedos casi cerrándose sobre el cuello. —Por qué querías...

—No tenemos nada más que te pertenezca. —Val se adelantó levantando la espada—. Por favor.

—¿De veras? —resopló—. ¿Entonces que tienes en tus manos?

Val miró la espada, brillando como un carámbano bajo las luces fluorescentes, y se sorprendió. Había olvidado que era de él. Bajando la punta hacia el suelo, considero dejarla caer, pero temía quedarse completamente desarmada—. Tómala. Tómala y nos iremos.

—No estás en posición de hacer exigencias, —dijo el troll—. Baja la espada. Con cuidado. Es un objeto mucho más preciado que tú.

Val dudó, se inclinó como si fuera a dejar la espada de cristal. Aún lo estudiaba, sin soltarla.

Él le dobló el dedo a Lolli abruptamente y ella chilló.

—Que sufra cada vez que sienta deseos de tomar algo que no le pertenezca. —agarró un segundo dedo—. Y que tú sufras al pensar que eres la causa de su dolor.

—Detente. —gritó Val, dejando la espada sobre los tablones de madera del suelo—. Me quedaré si la dejas ir.

—¿Cómo? —dijo estrechando los ojos, luego enarcó una negra ceja—. Mira, si no eres galante.

—Es mi amiga, —dijo Val

Él hizo una pausa y su cara quedó curiosamente en blanco.

—¿Tu amiga? —repitió, sin inflexión en la voz—. Muy bien. Pagarás por su estupidez y por la tuya propia. Esa es la carga que conlleva la amistad.

Val debió parecer aliviada, porque una pequeña y cruel sonrisa se deslizó por la cara de él.

—¿Cuánto tiempo vale ella? ¿Un mes de servicio? ¿Un año? —Los ojos de Lolli brillaban llenos de lágrimas.

Val asintió. Claro. Cualquier cosa. Lo que fuera. Que las dejara ir y después no

importaría lo que le hubiera prometido.

Él suspiró.

—Me servirás durante un mes, una semana por cada artículo robado. —Haciendo una breve pausa, agregó, —de cualquier manera que lo necesite.

Ella se encogió y él sonrió.

—Cada anochecer irás al Seward Park. Allí, encontrarás una nota bajo la pata del lobo. Si no haces lo que indica, las cosas se pondrán feas para ti. ¿Entiendes?

Val asintió. Él troll soltó la mano de Lolli. Ésta se dio prisa en recoger sus cosas y empujarlas nuevamente dentro de la mochila.

El troll la señaló con un largo dedo.

—Ve hacia la mesa. Sobre ella hay una tintura, señalada como “juncos”. Alcánzame.

Val revolvió los tarros, leyendo la rizada escritura: lirio, menta, ruda, sanguinaria, artemisa. Sostuvo en alto una solución, cuyo contenido era espeso y turbio.

Él asintió.

—Si, eso. Tráelo aquí.

Así lo hizo, acercándose lo suficiente como para notar que la tela del abrigo era de lana, desgastada y llena de agujeros de polilla. Pequeños cuernos curvos le brotaban de la parte superior de cada una de las orejas, haciendo que pareciera como si las puntas se estuvieran endureciendo para formar hueso.

Él tomó el tarro, lo abrió, y sacó un poco de su contenido. Ella se alejó: la solución olía a hojas en descomposición.

—Quédate, —le dijo, como si fuera un perro al que estuviera entrenando.

Molesta por su propio terror pero sin esperanzas de poder sobreponerse a él, se quedó quieta. Él pasó la yema de los dedos por su boca, empapándole los labios con la sustancia. Se había preparado para sentir la piel aceitosa u horrible, pero estaba apenas caliente.

Después, cuando él la miró a la cara, su mirada fue tan intensa que le dio escalofríos.

—Repite las condiciones de tu promesa.

Ella lo hizo.

La gente dice que los videojuegos son malos porque te hacen insensible a la muerte, te hacen creer que las entrañas salpicadas por toda la pantalla son una señal de éxito. En ese momento, Val pensó que el verdadero problema de los juegos era que se suponía que el jugador debía probarlo todo. Si había una cueva, te metías. Si había un misterioso desconocido, le hablabas. Si había un mapa, lo seguías. Pero en los juegos, tenías cien millones de billones de vidas y Val sólo tenía esta.

Capítulo 5

*No pronunciaba nada más, no movía una pluma,
hasta que comencé a murmurar débilmente:
«Otros amigos ya han volado lejos de mí;
hacia la mañana, también él me abandonará
como mis antiguas esperanzas».
El pájaro dijo entonces: «¡Nunca más!».
Edgar Allan Poe, "El cuervo"*

Las luces de la ciudad eran brillantes y las calles estaban abarrotadas de fumadores de pie fuera de bares y restaurantes cuando Val y Lolli salieron tambaleándose del puente hasta la calle.

Un hombre que dormía sobre una caja de cartón doblada se dio la vuelta y se envolvió más apretadamente en su abrigo. Val se sobresaltó violentamente ante el movimiento, sus músculos se tensaron tan rápido que le dolieron los hombros. Lolli acunaba su mochila como si fuera un animal de peluche, envolviendo los brazos alrededor de ella y de sí misma.

Era extraño como cuando ocurrían cosas alocadas, era difícil seguir el curso de razonamientos, impulsos y pensamientos que te llevaban a la locura. Aunque Val había deseado evidencias que probaran de la existencia de las hadas, la prueba real era abrumadora. ¿Cuántas hadas había allí y qué otras cosas podían haber? ¿En un mundo en el que las hadas eran reales, podía haber demonios o vampiros o monstruos marinos? ¿Cómo podían existir esas cosas y no estar en la portada de todos los periódicos de todas partes?

Val recordaba a su padre leyéndole *El troll bajo el puente* cuando era pequeña. *Trip trap, trip, trap hacían los tres cabritos al pasar*. Este troll no tenía nada que ver con la ilustración del libro... ¿lo tenía alguno de ellos? ¿*Quién camina por mi puente?*

—Mira mi dedo, —dijo Lolli, sujetándose con la otra mano. Estaba hinchado y doblado en un ángulo raro—. Me rompió el jodido dedo.

—Podría estar dislocado. Yo me lo he hecho antes. —Val recordó caer sobre sus propias manos en el campo de lacrosse, caerse de un árbol, viajes al doctor con su yodo y su olor a humo de cigarrillo—. Podría enderezarlo y entablillararlo.

—Eh, —dijo Lolli agudamente—. Nunca te he pedido que seas mi caballero de brillante armadura. Puedo ocuparme de mí misma. No tenías que prometer nada a ese monstruo y ahora no vas a jugar a médicos conmigo.

—Está bien. —Val pateó una lata aplastada de aluminio, observándola rebotar y cruzar la calle como se hubiera deslizado una piedra sobre el agua—. No necesitas ninguna ayuda. Lo tienes todo bajo control.

Lolli miró intensamente al escaparate de una tienda de electrónica donde los televisores mostraban sus caras.

—Yo no he dicho eso.

Val se mordió el labio, saboreando los restos de la solución del troll. Recordó sus ojos dorados y la rabia rica y ardiente de su voz.

—Lo siento. Debería haberte creído sin más.

—Si, deberías, —dijo Lolli, pero sonreía.

—Mira, podemos conseguir una rama o algo así para el entablillado. Atarlo con un cordón, —Val se agachó y empezó a desatarse el zapato.

—Tengo una idea mejor, —dijo Lolli, girándose hacia la boca de un callejón—. ¿Qué tal si me olvido del dolor? —Se sentó contra los ladrillos sucios y sacó su cuchara sopera, jeringuilla, encendedor y una bolsita de plástico de lo que fuera, de su mochila—. Dame el cordón de todos modos.

Val pensó en las sombras cambiantes, recordó la arena ámbar, y no tuvo ni idea de lo que podría ocurrir a continuación.

—¿Qué es eso?

—Nunca más, —dijo Lolli—. Así es como lo llama Luis, porque hay tres reglas: Nunca más de una vez al día, nunca más de una pizca a la vez, y nunca más de dos días seguidos.

—¿Quién se inventó eso?

—Dave y Luis, creo. Después de que vinieran a vivir a las calles, Luis empezó a hacer de mensajero para las hadas... supongo que tienen ermitaños y necesitan que alguien les lleve esa cosa... y Dave se ocupó de uno de los encargos. Una vez tomó un poco de Nunca, lo mezcló con un poco de agua como hacen ellas, y se lo bebió. A las hadas les da más *encanto* o algo, evita que el hierro les afecte tanto, pero a nosotros nos pone a tope. Beberlo está bien un tiempo, pero es mucho mejor cuando te lo metes por el brazo o lo inhalas como hace Dave.— Lolli escupió en la cuchara y accionó el encendedor. La solución centelleó como si hubiera cobrado vida.

—¿Encanto?

—La forma en que se hacen a sí mismas parecer diferentes, o que otras cosas parezcan diferentes. Magia, supongo.

—¿Cómo es?

—¿El Nunca? Como si el océano rompiera sobre tu cabeza y te tragaras el mar, —dijo Lolli—. Nada más puede tocarte. Nada más importa.

Lolli cogió la cosa con la jeringuilla. Val se preguntó si alguna vez podría sentir ese nada tocándola. Sonaba a inconsciencia. Sonaba a paz.

—No, —dijo Val, y Lolli se detuvo.

Val sonrió.

—Yo primero.

—¿De verdad? —Lolli sonrió—. ¿Quieres?

Val asintió, desnudando el brazo y extendiéndolo.

Lolli ató el brazo de Val, golpeó para sacar las burbujas de la jeringuilla, y metió la aguja tan pulcramente como si la piel de Val hubiera sido hecha para enfundarla. El dolor fue muy ligero, menos que el corte de una hojilla.

—Sabes, —dijo Lolli—. Lo que tienen las drogas es que hacen que las cosas cambien, lo de la derecha a la izquierda y todo bocabajo, pero con el Nunca, puedes hacer que todos los demás estén bocabajo contigo. ¿Qué otra cosa puede hacer eso?

Val nunca había pensado mucho en el interior de su codo, pero ahora lo sentía tan vulnerable como su muñeca, como su garganta. Se frotó la magulladura que quedó cuando la aguja desapareció. Apenas había habido sangre.

—No sé, nada, supongo.

Lolli asintió, complacida con esa respuesta. Mientras ella cocinaba otra dosis de Nunca, Val se encontró a sí misma distraída por el sonido del fuego, el flujo de sus propias venas retorciéndose como un nido de serpientes bajo su piel.

—Yo... —empezó Val, pero la euforia derretía sus huesos. El mundo se había vuelto miel, espesa, lenta y dulce. No podía pensar en lo que quería decir, y por un

momento imaginó haber perdido las palabras para siempre. ¿Y si nunca podía volver pensar en qué quería decir?

—Tus venas están absorbiendo la magia, —dijo Lolli, su voz llegaba desde una gran distancia—. Ahora puedes hacer que ocurra cualquier cosa.

El fuego inundó a Val, cubriendo el frío, desvaneciendo todas las pequeñas agonías... la ampolla de su pie, el dolor de su estómago, los músculos demasiado tensos en sus hombros. El miedo se derritió, reemplazado por poder. Poder que latía dentro de ella, impulsivo y ansioso, abriéndola como una caja puzzle para encontrar todos los secretos que dolían, la rabia y la confusión. Poder que le susurraba en lenguas de furia, con promesas de triunfo.

—¿Ves? Ya no hay dolor, —dijo Lolli. Tomó su propio dedo y lo retorció. Este emitió un chasquido, como el crujido de un nudillo, y volvió a su lugar.

Todo parecía demasiado claro, demasiado brillante. Val se encontró perdida en los patrones de mugre de la acera, la promesa de las luces de neón de colores, el olor de un tubo de escape, de fritura. Todo era raro y hermoso y lleno de posibilidades.

Lolli sonrió como un chacal.

—Quiero mostrarte algo.

El fuego se estaba comiendo el interior de sus brazos, doloroso, pero delicioso también, como flotar en luz. Se sentía volátil e imparable.

—¿Siempre es así? —preguntó Val, incluso aunque una parte distante de ella le decía que era imposible que Lolli supiera como se sentía Val.

—Sí, —dijo Lolli—. Oh, sí.

Lolli las condujo calle abajo, aproximándose a un hombre asiático con el pelo al rape que caminaba en dirección opuesta. Al principio él retrocedió cuando se acercaron, pero luego algo pareció relajarle.

—Nos vendría bien algo de dinero, —dijo Lolli.

Él sonrió y metió la mano en el bolsillo de su abrigo, sacando una cartera. Sacó varios de veinte.

—¿Esto es suficiente? —preguntó. Su voz sonaba rara, suave y seductora. —Se inclinó para besarle la mejilla—. Gracias.

Val sentía el viento soplar desde el Hudson, pero el frío abrasador no la tocaba ya. Las ráfagas más feroces parecían una caricia.

—¿Cómo has conseguido que hiciera eso? —preguntó, pero era más maravilla que aprensión.

—Quería hacerlo, —dijo Lolli—. Todos ellos desean que tengamos lo que sea que queramos.

Mientras caminaban, cada persona junto a la que pasaban les daba lo que le pedían. Una mujer con una falda de lentejuelas les dio su último cigarrillo, un tipo joven con una gorra de béisbol les ofreció su abrigo sin una palabra, una mujer con una trenca color bronce se sacó un par de aretes de oro de las orejas.

Lolli metió la mano en un cubo de basura y sacó una cáscara de plátano, papel mojado, pan duro y tazas llenas de agua asquerosa.

—Mira esto, —dijo.

En sus manos, la basura se convirtió en pastelitos tan blancos y buenos que Val extendió la mano para coger uno.

—No, —dijo Lolli—. Para ellos. —Ofreció uno a un anciano que pasaba y él se lo tragó como un animal, buscando otro y otro como si pensara que eran la mejor comida del mundo.

Val rió, parcialmente por el deleite del él, parcialmente por su poder sobre él. Cogió una piedra y la convirtió en una galleta salada. Él se la comió también, lamiendo

las manos de Val en busca del último rastro de ella. Su lengua cosquilleaba y eso solo la hizo reír más fuerte.

Caminaron unas pocas manzanas más; Val no podía estar segura de cuantas. Siguió notando cosas fascinantes que no había visto antes: el brillo de las alas de una cucaracha mientras se escurría por una reja, la sonrisa afectada de una cara tallada sobre un portal, los tallos quebrados de las flores en el exterior de una bodega.

—Aquí estamos, —dijo Lolli, señalando a un almacén oscuro. En la ventana, había maniquís con faldas hechas de hojas de libros de comic en diferentes poses o sentados en un sofá rojo de corte moderno sujetando copas de Martini—. Quiero entrar.

Val se acercó a la ventana y pateó el cristal. Este tembló pero no se rompió. La alarma sonó dos veces y se quedó en silencio.

—Intenta con esto, —instruyó Lolli, recogiendo un tubo de plástico. En su mano, se convirtió en una palanca, pesada y fría.

Val sonrió con deleite y golpeó la ventana con toda la agresión contenida de odiar a Tom, a su madre y a sí misma, toda la furia contra el troll de la torre, y la rabia contra el universo entero. Golpeó el cristal hasta que este se plegó como metal torcido.

—Genial. —Lolli sonrió y gateó a través del cristal. Tan pronto como Val estuvo dentro, el cristal volvió a recuperar su forma, sin una grieta, mejor que nuevo.

Dentro de la tienda, las luces se encendieron y empezó a sonar música enlatada.

Cada nuevo *encanto* parecía alimentar el poder dentro de Val en vez de agotarlo. Con cada encantamiento, se sentía más ansiosa, más salvaje. Val ni siquiera estaba segura de cual de ellas había hecho qué.

Lolli se quitó los zapatos en medio de la tienda e intentó ponerse un vestido de satén verde. Val podía ver sus pies descalzos con ampollas rojas.

—¿Es mono?

—Claro. —Val cogió ropa interior nueva y algunos vaqueros, tirando su ropa vieja al brazo extendido de un maniquí—. Mira esta majadería, Lolli. Esos son unos vaqueros de ciento ochenta dólares y no parecen gran cosa. Solo vaqueros.

—Son gratis, —dijo Lolli.

Val encontró ropa y se sentó en uno de los sofás caricaturizados para observar a Lolli probarse más cosas. Mientras Lolli danzaba por ahí con un chal perlado en la cabeza, Val se fijó en el despliegue en la silla de al lado.

—¿Ves esto? —dijo Val, cogiendo una copa de vino color aguacate—. ¿No es feo? Quiero decir, ¿quién pagaría por algo tan feo?

Lolli sonrió y extendió la mano hacia un sombrero con borde de plumas rosas.

—La gente compra lo que les dicen que compren. No saben si es feo, o quizás lo saben y creen que están equivocados al pensarlo así.

—Entonces necesitan que les protejan de sí mismo, —dijo Val, y arrojó el vaso al suelo de linóleo. Se hizo pedazos, el cristal se esparció en todas direcciones—. Cualquiera puede ver que estas cosas son horribles. Feo, feo, feo.

Lolli empezó a reír y siguió riendo mientras Val rompía hasta la última copa.

Caminando de vuelta a la estación de Worth Street con Lolli, Val se sentía desorientada, insegura de lo que había ocurrido realmente. Cuando el Nunca perdió efecto, se sintió menos y menos vital, como si el fuego del encantamiento hubiera corroído una parte tangible de ella, como si la hubiera horadado.

Recordaba una tienda y a gente comiendo comida de sus manos, y caminar, pero no estaba segura de donde había conseguido lo que vestía ahora. Recordaba caras borrosas y regalos y sonrisas, igual de nebuloso estaba su recuerdo de un monstruo en una torre antes de todo eso.

Cuando bajó la mirada hacia sí misma, vio ropas que no recordaba haberse puesto... grandes botas negras *pateaculos* que eran definitivamente más calientitas que sus zapatillas, una camiseta que tenía impresa la heráldica de un león, pantalones negros con bolsillos de cremallera y un abrigo negro que era demasiado grande para ella. La enervaba pensar que su propia ropa había desaparecido, dejando atrás otra cosa. Las botas le pellizcaban los pies al caminar, pero se alegraba por el abrigo. Parecía como si se hubieran adentrado en el SoHo y, sin la magia en su cuerpo, se sentía más fría que nunca.

Cuando de deslizaron a través de la entrada de servicio y escaleras abajo, Val vio a varias personas en el túnel. La luz cambiante de las velas iluminó pómulos, la curva de una mandíbula, la botella cubierta con una bolsa de papel que otro se llevaba a la boca. La chica del vientre hinchado estaba allí, envuelta en una manta con otro cuerpo.

—Aquí estáis, —dijo Superficial Dave. Su voz sonaba pastosa y cuando la luz de la vela cayó sobre él, Val pudo ver que su boca mostraba la mueca de un borracho—. Ven a sentarte conmigo, Lolli, —dijo—. Ven a sentarte aquí.

—No, —dijo ella, andando hacia Luis en vez de eso—. Tú no puedes decirme qué hacer.

—No estoy intentando decirte nada, —dijo él, y ahora su voz se mostró dolida—. ¿No sabes que te quiero, nena? Haría cualquier cosa por ti. Mira—. Extendió el brazo. "Lolli" estaba escrito en su piel con letras sangrantes—. Mira lo que he hecho.

Val hizo una mueca. Lolli solo rió.

Luis encendió un cigarrillo y, por un momento, mientras la cerilla se encendía, su cara quedó iluminada. Parecía furioso.

—¿Por qué no me crees? —exigió Dave.

—Te creo, —dijo Lolli, su voz se había vuelto chillona—. No me importa. Me aburres. ¡Quizás te amaría sino fueras tan aburrido!

Luis se puso en pie de un salto, señalando con su cigarrillo primero a Lolli y después a Dave.

—Callaos de una puta vez los dos. —Se giró y miró furiosamente a Val, como si de algún modo todo fuera culpa suya.

—¿Quiénes son? —preguntó Val, gesticulando hacia la pareja enmarañada entre las mantas—. Creía que se suponía que nadie bajaba aquí abajo.

—Se supone que nadie baja aquí, —dijo él, sentándose cerca de su hermano—. Ni tú, ni yo, ni ellos.

Val puso los ojos en blanco, pero no creyó que él lo hubiera notado a la luz de las velas. Acercándose a Lolli, susurró.

—¿Es igual de capullo cuando yo no estoy?

—Es complicado, —respondió Lolli en un susurro—. Esos solían quedarse por aquí antes, pero Derek consiguió que le enviaran fuera del estado para alguna mierda y Tanya se mudó a algún edificio abandonado en Queens.

Luis se acercó más a su hermano y habló calladamente con él. Superficial Dave se levantó, con los puños apretados.

—Tú lo consigues todo, —gritó a Luis, con lágrimas en las mejillas, y mocos corriéndole por la nariz.

—¿Qué quieres de mí? —exigió Luis—. Nunca he tocado a esa chica. No es culpa mía que seas un perdedor.

—Yo no soy una cosa, —les chilló Lolli a ambos, con una expresión terrible en la cara—. No podéis hablar de mí como si fuera una cosa.

—Que te jodan, —gritó Dave—. ¿Soy aburrido? ¿Soy un cobarde? Algún día vas a desear no haber dicho eso.

La chica de la manta se sentó, parpadeando rápidamente.

—¿Qué... ?

—Vamos, —dijo Luis, tomando el brazo de Dave—. Salgamos de aquí, Dave. Solo estás borracho. Necesitas un paseo.

Dave se apartó de su hermano.

—Que te jodan.

Val se puso en pie, las últimas hebras de Nunca hacían que la oscuridad calcárea de los túneles se emborronara. Sentía las piernas de goma y las plantas de sus pies ardían de todo lo que su cuerpo solo estaba empezando a comprender que había caminado, pero la última cosa que quería era quedar atrapada en esta mierda claustrofóbica.

—No importa. Salgamos de aquí.

Lolli la siguió de vuelta escaleras arriba.

—¿Por qué le gustas tanto? —preguntó Val.

—A mí no me gusta él. —Lolli no se molestó en preguntar que quería decir Val—. Tiene los ojos saltones. Está demasiado flaco y actúa como un viejo.

Val se encogió de hombros y ensartó el pulgar en el lazo de la cinturilla de sus pantalones nuevos, observando como sus botas pisaban las grietas de la acera, dejando que el silencio hablara por ella.

Lolli suspiró.

—Debería suplicármelo.

—Debería —estuvo de acuerdo Val.

Caminaron por Bayard Street, pasando fruterías que vendían bolsas de arroz, pilas de pálidas manzanas doradas, bambú en tazones de agua, y enorme fruta cubierta de púas que colgaban del techo. Pasaron pequeñas tiendas que vendían gafas de sol, lámparas de escritorio, palos de bambú atados con cintas doradas, y dragones de plástico verde brillante que pretendían parecerse a jade tallado.

—Detengámonos —dijo Lolli—. Estoy hambrienta. —La sola mención de comida hizo que el estómago de Val gruñera. El miedo había encogido su estómago y ahora comprendió que no había comido nada desde la noche antes.

—Vale.

—Te mostraré como comer de gorra. —Lolli escogió un lugar donde pendían varios patos con los cuellos rodeados por un alambre, chorreando un líquido rojo, con cuencas vacías donde una vez habían estado sus ojos. Dentro, la gente hacía cola para coger comida de un surtido de platos humeantes. Lolli pidió té caliente y rollitos de huevo para las dos. El hombre tras el mostrador no parecía hablar nada de inglés, pero echó los artículos correctos en su bandeja junto con casi una docena de paquetes de plástico.

Se deslizaron al interior de un reservado. Lolli miró alrededor, después abrió un paquete de salsa de pato y la echó sobre su rollito, rematándolo con mostaza caliente. Asintió con la cabeza casualmente en dirección a un reservado vacío con unos pocos platos todavía en él.

—¿Ves esas sobras?

—Si, —Val mordió su rollito de huevo, la grasa manchó sus labios. Estaba delicioso.

—Espera, —Lolli se levantó, se acercó a un plato medio comido de *lo mein*, lo cogió, y volvió a su mesa—. De gorra. ¿Ves?

Val bufó, ligeramente escandalizada.

—No puedo creer que acabes de hacer eso.

Lolli sonrió, pero su sonrisa se desvaneció en una extraña expresión.

—A veces acabas haciendo un montón de locuras que no puedes creer que hayas hecho.

—Supongo —dijo Val lentamente. Después de todo, no podía creer que hubiera pasado la noche en una estación de metro abandonada con una panda de críos sin hogar. No podía creer que en vez de gritar y llorar cuando había averiguado lo de Tom y su madre, se hubiera afeitado la cabeza e ido a un partido de hockey. No podía creer que estuviera sentada comiéndose tranquilamente la cena de otro cuando acababa de ver a un monstruo.

—Me mudé con mi novio cuando tenía trece, —dijo Lolli.

—¿De verdad? —preguntó Val. La comida que llenaba su boca la estaba calmando, dejándola creer que el mundo continuaba, incluso si había hadas y drogas raras de hadas. Todavía había comida china y ésta todavía era comida caliente, grasienta y buena.

Lolli hizo una mueca.

—El nombre de mi novio era Alex. Tenía veintidós. Mi madre creía que era un perverso y me prohibió que le viera. Finalmente, me harté de andar por ahí a escondidas y simplemente me largué.

—Mierda —dijo Val, porque no se le ocurría que más decir. Cuando ella tenía trece, los chicos eran tan misteriosos e inalcanzables como las estrellas del cielo—. ¿Qué pasó?

Lolli dio un par de bocados rápidos de *lo mein* y los bajó con té.

—Alex y yo discutíamos todo el tiempo. Él trapicheaba en el apartamento y no quería que yo hiciera nada, incluso cuando se estaba chutando delante de mí. Era peor que mis padres. Finalmente, encontró a alguna otra chica y simplemente me dijo que me largara.

—¿Volviste a casa? —preguntó Val.

Lolli sacudió la cabeza.

—No puedes volver, —dijo—. Cambias y no puedes volver.

—Yo puedo volver —dijo Val automáticamente, pero el recuerdo del troll y el trato que habían hecho la perseguían. Ahora parecía irreal, a la luz y el calor del restaurante, pero la atormentaba en el fondo de sus pensamientos.

Lolli se detuvo por un momento, como si lo considerara.

—¿Sabes que le hice a Alex? —preguntó, su sonrisa malvada volvía—. Todavía tenía las llaves. Volví cuando no había nadie y destrocé el lugar. Lo tiré todo por la ventana... su ropa, la ropa de ella, la televisión, sus drogas, cada jodida cosa en la que pude poner las manos fue a coger polvo a la calle.

Val cacareó con deleite. Podía imaginarse la cara de Tom si ella le hubiera hecho eso. Se imaginó su ordenador destrozado en el camino de entrada, la iPod hecha pedazos, la ropa negra extendida por el césped.

—Ahhhhh, —dijo Lolli con una falsa mirada inocente—. Disfrutas demasiado con esta historia como para no tener tu propia historia de novio gilipollas.

Val abrió la boca, sin estar segura de lo que iba a decir. Las palabras se atascaron en su lengua.

—Mi novio se acostaba con mi madre, —escupió finalmente.

Lolli rió hasta ahogarse, después miró fijamente a Val por un momento, sus ojos se abrieron incrédulos.

—¿De verdad? —preguntó.

—De verdad, —dijo Val, extrañamente satisfecha de habérselas arreglado para sorprender incluso a Lolli—. Creyeron que yo iba a coger el tren y lo estaban haciendo en el sofá. Él tenía su lápiz de labios por toda la cara.

—¡Oh, que asco! ¡Que asco! —La boca de Lolli se desfiguró con auténtico y risueño disgusto. Val rió también, porque, de repente, era divertido. Rió tan fuerte que le dolió el estómago, tanto que no podía respirar, tanto que las lágrimas corrían por sus mejillas. Era agotador reír así, pero se sentía como si estuviera caminando por un extraño sueño.

—¿Realmente vas a volver a casa después de eso? —preguntó Lolli.

Val todavía estaba medio borracha de risa.

—Tengo que hacerlo, ¿no? Quiero decir, incluso si me quedo aquí un tiempo, no puedo pasar el resto de mi vida en un túnel.

Comprendiendo lo que había dicho, levantó la mirada hacia Lolli, esperando que se sintiera insultada, pero ésta solo tenía la cabeza apoyada en las manos y la miraba pensativamente.

—Deberías llamar a tu madre entonces, —dijo finalmente Lolli. Señaló hacia el vestíbulo—. Hay un teléfono público ahí.

Val estaba sorprendida. Era el último consejo que esperaba de Lolli.

—Tengo mi móvil.

—Entonces llama a tu madre ya.

Val sacó su móvil con una sensación de temor y lo encendió. La pantalla parpadeó, las llamadas perdidas no paraban de subir. Se detuvieron en sesenta y siete. Solo se fijó en un mensaje. Era de Ruth y decía: ¿Dónde s t? Tu madre se está volviendo loca.

Val escribió la respuesta. "Todavía estoy en la ciudad", tecleó, pero entonces se detuvo, sin estar segura de qué escribir a continuación. ¿Qué iba a hacer a continuación? ¿Podía realmente volver a casa?

Armándose de valor, accedió a su buzón de voz. El primer mensaje era de su madre, su voz sonaba suave y estrangulada: "¿Valerie, dónde estás? Solo quiero saber que estás a salvo. Es muy tarde y he llamado a Ruth. Me dijo que lo sabía. Yo... yo... no sé como explicar lo que ha ocurrido o cómo decir que lo siento". Hubo una larga pausa. "Sé que estás cabreada conmigo. Tienes todo el derecho a estar cabreada conmigo. Pero por favor, sólo hazme saber que estás bien".

Era raro oír la voz de su madre después de todo ese tiempo. Hizo que su estómago se encogiera de dolor y furia e intensa vergüenza. Compartir a un chico con su madre la dejaba más que desnuda. Lo borró y pasó al siguiente mensaje. Este era del padre de Val. "¿Valerie? Tu madre está muy preocupada. Dice que os habéis peleado y has huido. Sé como puede ser tu madre, pero pasar fuera toda la noche no está ayudando en nada. Pensaba que eras más lista que eso". De fondo, podía oír a sus medio hermanas chillando sobre el sonido de los dibujos animados.

Una voz desconocida de hombre habló a continuación. Parecía preocupada. "¿Valerie Russel? Soy el oficial Montgomery. Tu madre ha informado de tu desaparición después de un desacuerdo que habéis tenido las dos. Nadie va a obligarte a hacer nada que no quieras hacer, pero realmente necesito que me llames y me hagas saber que no estás metida en ningún problema". Dejó un número.

El siguiente mensaje era un silencio salpicado de varios sollozos húmedos. Después de unos pocos momentos, la voz estrangulada de su madre gimió, "¿Dónde estás?".

Val colgó. Era horrible escuchar lo preocupada que estaba su madre. Debería ir a casa. Quizás estaría bien, si nunca llevaba un novio a casa, si su madre permanecía simplemente fuera de su camino un tiempo. Quedaba menos de un año para que Val terminara el instituto. Después nunca tendría que volver a vivir allí.

Pasó hasta "casa" y presionó el botón de llamada. El teléfono al otro extremo sonó y los dedos de Val se convirtieron en hielo. Lolli arregló los *lo mein* que quedaban para que formaran algo que podría haber sido el sol, una flor, o un diente de león realmente malformado.

—Hola, —dijo la madre de Val, con voz baja—. ¿Cariño?

Val colgó. El teléfono sonó casi inmediatamente y lo apagó.

—Sabías que no podría hacerlo, —acusó a Lolli—. ¿Verdad?

Lolli se encogió de hombros.

—Mejor averiguarlo ahora. Está muy lejos para ir y volver.

Val asintió, asustada de una forma nueva e intensa. Por primera vez comprendió que tal vez nunca estuviera lista para volver a casa.

Capítulo 6

La realidad es que, cuando dejas de creer en algo, no desaparece.

Philip K. Dick

Val despertó con el chillido de un tren al pasar a toda prisa. El sudor pegaba el abrigo de lana contra su piel húmeda y pegajosa, a pesar del frío. Le palpitaba la cabeza, su boca ardía, y a pesar de toda la comida que había ingerido la noche antes, se sentía famélica. Temblado, apretó más sus mantas alrededor y encogió las piernas contra su cuerpo.

Intentó recordar, antes de la comida y la llamada de teléfono a casa. Había habido un monstruo y una espada hecha de cristal, después una aguja en su brazo y un subidón de poder que todavía la llenaba de anhelo. Se arrastró a una posición sentada, bajando la mirada hacia su nueva ropa que probaba que sus recuerdos no estaban formados solo por retazos de sueños medio recordados.

El brazo de Dave había sangrado y los desconocidos había hecho todo lo que ellas les decían y la magia era real. Extendió la mano en busca de su mochila, aliviada al ver que no la había dejado en algún lugar con el resto de su ropa.

Solo Lolli dormía todavía, acurrucada en posición fetal, con un nuevo vestido puesto sobre una camisa y un par de vaqueros nuevos. Dave y Luis no estaban allí.

—¿Lolli? —Val gateó hasta ella y sacudió el hombro de Lolli.

Lolli se giró, se apartó pelo azul de la cara, y dejó escapar un ruidito irritado. Su aliento era agrio.

—Vete, —balbuceó, empujando una manta manchada sobre su cara.

Val se puso en pie inestablemente. Su visión se empañaba. Recogió su mochila y se obligó a caminar a través de la oscuridad hacia las calles nocturnas de Manhattan. El cielo de la tarde era brillante por las nubes y el aire estaba cargado de ozono, como si se acercara rápidamente una tormenta.

Se sentía reseca, crujiente y frágil como una de las pocas hojas que eran sopladas fuera del parque. Al parecer si quitabas todos los deportes y la escuela y la vida normal, no quedaba mucho más en su interior. Sentía el cuerpo magullado, como si alguien más hubiera estado rondando por ahí con su piel la noche antes, algo tan horrible y vasto que había achicharrado sus entrañas. Había una sensación de satisfacción, sin embargo, a pesar del miedo. Yo he hecho esto, pensó, me hice esto a mí misma.

Profundas inspiraciones de aire fresco aposentaron su estómago, pero su boca siguió caliente.

Las palabras de la criatura volvieron de forma inesperada: "Me servirás durante un mes. Cada crepúsculo irás a Seward Park. Allí, encontrarás una nota bajo la pata del lobo. Si no haces lo que dice, las cosas se pondrán difíciles para ti". Ya llegaba tarde.

Val pensó en la solución pegajosa que el troll había extendido sobre su piel y sintió un temblor recorrerla como un relámpago, una carga eléctrica que hizo que la mano le saltara a los labios. Estaban secos y abotargados al tacto, pero no encontró ningún corte ni herida que explicara la picazón.

Entró en un comercio y compró un vaso de agua helada con algo de cambio que había en el fondo de su mochila, esperando que eso enfriara su boca. Fuera de la tienda,

se sentó en el hormigón y chupó un cubito de hielo en la boca, sus manos temblaban tanto que temía tomar un sorbo.

Una mujer salió de la licorería de la puerta de al lado, bajó la mirada hacia Val y dejó caer algo de calderilla en el vaso de agua de Val. Val levantó la mirada, sobresaltada y lista para protestar, pero la mujer ya se había alejado.

Para cuando Val cogió el papel doblado de debajo de la pata del lobo, su boca entera estaba magullada como una herida. Se puso en cuchillas cerca de la fuente seca y apoyó la cabeza contra una falsa valla de barras de metal mientras sus dedos aterrados desdoblaban el papel.

Medio esperaba una página en blanco que habría arrugado y tirado, como la que había conseguido Dave, pero había palabras, escritas con la misma caligrafía que había puesto nombre al bote de arena color ámbar:

"Ven bajo los pilares del puente de Manhattan y golpea dos veces sobre el árbol que se asienta donde no debería haber ningún árbol".

Se metió la nota en el bolsillo, pero cuando lo hacía, su mano tropezó con algo más. Lo sacó... un sujeta billetes plateado con una enorme y basta turquesa en el centro, la pinza sujetaba uno de veinte, dos de cinco y al menos una docena de un dólar.

¿De dónde había sacado el dinero? ¿De Lolli? Val no podía recordarlo. Nunca antes había robado nada. Una vez había salido de un Spencers con un póster de los Rangers en la mano, sin notar que no había pagado por él hasta que ella y sus amigas alcanzaron las escaleras mecánicas. Sus amigas estaban impresionadas así que actuó como si lo hubiera hecho a propósito, pero después se había sentido tan mal que nunca lo colgó.

Val intentó recordar la noche anterior, las cosas terribles que debía haber hecho, pero era como si estuviera recordando una historia contada por algún otro. Todo era un borrón que, a pesar de todo, hizo que sintiera en la piel una picazón por el Nunca.

Empezó a caminar, demasiado dolorida para pensar en nada más. El miedo coleaba en su estómago. Bajó Market, pasando las tiendas asiáticas y un salón de té con un grupo de adolescentes delante, todos pisándose al hablar y riendo. Val se sentía tan desconectada de ellos como si tuviera cien años. Buscó su mochila, deseando más que nada llamar a Ruth, deseando oír a alguien que la conocía, alguien que pudiera recordarle su antiguo yo. Pero la boca le dolía mucho.

Cortando por Cherry, caminó un poco más, acercándose lo suficiente al East River para que ningún edificio bloqueara su visión. El agua brillaba con el reflejo radiante del puente y la costa lejana. Una barcaza casi se convertía en una masa de espacio negativo de no ser por las pocas luces que brillaban intensamente en la proa.

El puente se erguía directamente sobre ella, los pilares eran cada uno como la torre de un castillo, ruda piedra alzándose alto sobre la calle, colorados por la herrumbre en los soportes de metal. La extensión de roca se veía interrumpida por ventanas batientes muy alto sobre la calle.

Cristales rotos crujieron bajo las botas de Val cuando pasó bajo el grácil arco del paso subterráneo. La acera hedía a orina rancia y a algo podrido. A un lado había una alambrada provisional, cerrando el paso a un área en construcción donde un montículo de arena esperaba a ser extendida. Al otro, cerca de donde caminaba, había lo que parecía ser un portal enladrillado. Bajo él, Val vio el tocón de un árbol, sus ramas se hundían profundamente en el hormigón.

—El árbol. —Val pateó suavemente el tocón. La madera estaba húmeda y oscurecida por la porquería, pero las raíces se hundían en la acera de hormigón; aunque

se extendían pasando túneles y tuberías, horadando su camino hasta alguna secreta y rica tierra. Se preguntó si este era el mismo árbol que florecía con fruta pálida.

Era algo extraño ver un tocón aquí, anidado contra un edificio como si fueran parientes. Pero quizás no más extraño que la idea de que había caído en un cuento de hadas. En un videojuego, habría habido una tormenta pixelada de color y quizás algún mensaje en la pantalla advirtiéndole que estaba dejando atrás el mundo real. Portal al Mundo de las Hadas. ¿Quieres atravesarlo? Si/No.

Val se arrodilló y golpeó tres veces el tocón. La madera húmeda apenas hizo ruido bajo sus nudillos. Una araña se escabulló hacia la calle.

Un ruido agudo hizo a Val levantar la mirada. Apareció una fractura en la piedra sobre el tocón, como si algo hubiera golpeado allí. Se puso de pie y extendió la mano para pasar los dedos sobre la grieta, pero cuando tocó la pared, parches de piedra se agrietaron y cayeron, hasta que quedó al descubierto un áspero marco de puerta.

Atravesó el hueco hasta una escalera, los escalones subían y bajaban desde el rellano. Cuando miró atrás, la pared era sólida. Un repentino estallido de terror casi la sobrecogió y solo el dolor la mantuvo en su lugar.

Trip, trap.

—¿Hola? —gritó escalones arriba. Le dolía mover la boca.

Trip, trap.

El troll apareció en el rellano.

¿Quién camina por mi puente?

—La mayoría de la gente habría venido antes. —Su voz ronca y grave llenó el hueco de la escalera—. Como debe dolerte la boca para haberte traído aquí al fin.

—No está tan mal, —dijo, intentando no hacer una mueca.

—Sube, mentirosa. —Ravus se giró y volvió a entrar en sus habitaciones. Ella se apresuró a subir los polvorientos escalones.

La larga habitación titilaba a la luz de velas gordas colocadas en el suelo, su brillo hacía que la sombra de Val saltara sobre las paredes, enorme y terrible. Los trenes retumbaban sobre ellos y el aire frío se colaba a través de las ventanas cubiertas.

—Aquí tienes. —En la palma de una mano de seis dedos, él ofrecía una pequeña y blanca piedra—. Chúpala.

Le arrebató la piedra y se la metió en la boca, le dolía tanto como para no cuestionarle. La sintió fría en su lengua y sabía salada al principio y después como ninguna otra cosa que hubiera probado nunca. El dolor menguó lentamente y con él, los últimos restos de la náusea, pero descubrió que el cansancio ocupaba su lugar.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó, empujando la piedra hasta su mejilla con la lengua para poder hablar.

—Por ahora, puedes colocar en los estantes unos pocos libros. —Girándose, se fue a su escritorio y empezó a mezclar el líquido de una pequeña cazuela de cobre con ramas y hojas—. Puede que haya un orden para ellos, pero ya que yo he dejado de entenderlo, no espero que tú lo encuentres. Ponlos donde encajen.

Val alzó uno de los volúmenes de una pila polvorienta.

El libro era pesado, su cuero estaba agrietado y gastado a lo largo del lomo. Lo abrió al azar. Las páginas estaban escritas a mano y había dibujos de plantas a tinta y acuarela en la mayoría de las páginas.

—Amaranto, —leyó silenciosamente—. Tejido en una corona acelera la curación del que la lleva. Sin embargo tejido como corona de flores confiere invisibilidad. —Cerró el libro y lo embutió en los estantes de madera contrachapada y ladrillo.

Val daba vueltas a la piedra en su boca como si fuera un caramelo y guardaba los tomos desparramados del troll. No tuvo en cuenta el revoltijo de mantas militares apolilladas, la alfombra manchada, y las bolsas de basura desgarradas que servían de cortinas para que ni siquiera la luz exterior de las farolas pudiera entrar. Una delicada taza de té con florecillas, medio llena de un líquido salobre, descansaba junto a una silla de cuero desgastado. La idea del troll sujetando la delicada taza entre sus garras la hizo resoplar de risa.

—Conocer la debilidad de su objetivo, ese es el genio intuitivo de los grandes mentirosos, —dijo el troll sin levantar la mirada. Su voz era seca—. Aunque nosotros, la gente mágica, diferimos enormemente, de uno a otro y de lugar en lugar, somos iguales en esto: No podemos decir algo incierto. Me encuentro a mí mismo fascinado por los mentirosos, sin embargo; incluso hasta el punto de desear creer en ellos.

Val no replicó.

—¿Te consideras a ti misma hábil mintiendo? —preguntó él.

—En realidad no, —dijo Val—. Soy más bien competente.

Él no respondió nada ante eso.

Recogiendo otro libro, Val se fijó en la espada de cristal que colgaba de la pared. La hoja estaba nuevamente limpia y mirando a través de ella, podía ver la piedra, cada grano de la roca magnificado y distorsionado como lo hubiera estado bajo el agua.

—¿Está hecha de algodón de azúcar? —La voz de él estaba cerca y comprendió que se había pasado un rato mirando fijamente la espada—. ¿Hielo? ¿Cristal? ¿Vidrio? Eso es lo que te estás preguntando, ¿verdad? ¿Cómo algo que parece tan frágil es tan difícil de romper?

—Solo estaba pensando en lo hermosa que es, —dijo Val.

—Es una cosa maldita.

—¿Maldita? —repitió Val.

—Le falló a un querido amigo y le costó la vida. —Pasó una uña ganchuda hacia abajo por toda la longitud de la espada—. Una hoja mejor podría haber detenido a su oponente.

—¿Quién... quién era su oponente? —preguntó.

—Yo, —dijo el troll.

—Oh. —No se le ocurrió qué replicar. Aunque parecía tranquilo, incluso amable, captó la advertencia en sus palabras. Pensó en algo que su madre le había dicho cuando finalmente había roto con uno de sus novios más disfuncionales. Cuando un hombre te dice que te va a hacer daño, créetelo. Siempre te advierten y siempre tienen razón. Val se sacó las palabras de la cabeza, no quería ningún consejo de su madre.

El troll volvió a la mesa y recogió tres botellas de cerveza encerradas y taponadas. A través del vidrio ámbar no se podía ver el color del contenido, pero la idea de que podía ser la misma arena ámbar que había corrido por sus venas la noche anterior hizo que su piel se le erizara ante la posibilidad.

—La primera entrega será en Washington Square Park, a un trío de hadas de allí. —Una uña ganchuda señaló un mapa de los cinco distritos y la mayor parte de Nueva York y New Jersey cogido a la pared. Se acercó a él, notando por primera vez que había pequeñas chinchetas negras en varios puntos a lo largo de su superficie—. El segundo se puede dejar fuera de un edificio abandonado, aquí. Ese... receptor puede no desear mostrarse a sí mismo. Quiero que lles la tercera a un parque abandonado, aquí. —El troll parecía estar indicando una calle en Williamsburg—. Hay una pequeña colina cubierta de hierba, cerca de las rocas y el agua. La criatura a la que buscas te esperará en la orilla del río.

—¿Qué marcan las chinchetas? —preguntó Val.

Él lanzó al mapa una rápida mirada de reojo y pareció dudar antes de volver a hablar.

—Muertes. No es inusual que la gente mágica muera en las ciudades... la mayoría de nosotros estamos aquí en el exilio u ocultándonos de otra hada. Vivir tan cerca de tanto hierro es peligroso. Uno solo lo haría por la protección que ofrece. Pero estas muertes son diferentes. Estoy intentando resolver el puzzle que representan.

—¿Que estoy entregando?

—Medicina, —dijo él—. Inútil para ti, pero alivia el dolor de la gente mágica expuesta a tanto hierro.

—¿Se supone que tengo que recoger algo de ellos?

—No te preocupes por eso, —dijo el troll.

—Mira, —dijo Val—. No estoy intentando ponerme difícil, pero nunca he vivido en Nueva York antes. Quiero decir, he venido aquí para cosas y he caminado por el Village, pero no puedo encontrar todos esos lugares con una mirada a un mapa.

Él rió.

—Por supuesto que no. Si tuviera tu pelo te daría tres nudos, uno por cada entrega, pero como no lo tengo, dame la mano.

Se la extendió, con la palma hacia arriba, lista para retirarla si sacaba cualquier objeto afilado.

Buscando en uno de los bolsillos de su abrigo, el troll sacó un carrete de hilo verde.

—La mano izquierda, —dijo él.

Le ofreció la otra mano y observó como le ataba los dedos anular, corazón e índice con una cuerda, haciendo un nudo en cada dígito.

—¿Qué se supone que hace esto? —preguntó.

—Te ayudará a hacer tus entregas.

Asintió, mirándose los dedos. ¿Cómo podía ser esto magia? Había esperado algo que reluciera y brillaran, no algo tan mundano. Una cuerda era solo una cuerda. Quiso preguntar por ello de nuevo, pero pensó que podría resultar grosero, así que preguntó otra cosa que la intrigaba.

—¿Por qué el hierro molesta a las hadas?

—No lo tenemos en nuestra sangre como vosotros. Aparte de eso, no lo sé. Hubo un rey en la Corte Oscura que fue envenenado con unas pocas virtutas bastante recientemente. Su nombre era Nephamael y se le ocurrió convertir al hierro en un aliado... llevaba una banda de hierro en su frente, dejando que las cicatrices ardieran profundamente hasta que su carne estuvo tan endurecida que ya no podía cicatrizar más. Pero eso no le endureció la garganta. Murió atragantado por esa cosa.

—¿Qué son esas Cortes? —preguntó Val.

—Cuando hay suficientes hadas en una zona con frecuencia se organizan a sí mismas en grupos. Podrías llamarlas bandas, pero la gente mágica normalmente las llama Cortes. Ocupan algo de territorio, con frecuencia luchan con otras Cortes cercanas. Están las Cortes de la Luz, a las que podríamos llamar Cortes Brillantes y las Cortes Oscuras, o Cortes Nocturnas. Podrías, a primera vista, pensar que los de las Cortes Brillantes son buenos y los de las Cortes Nocturnas son malvados, pero estarías muy, aunque no totalmente, equivocada.

Val se estremeció.

—¿Voy a hacer las entregas sola? ¿Alguno de los otros viene conmigo?

Los ojos dorados brillaron a la luz del fuego.

—¿Otros? Luis es el único correo humano que he tenido nunca. ¿En quién más estás pensando?

Val sacudió la cabeza, no muy segura de lo que debía decir.

—No importa. Te pediré que hagas estas tareas sola y que no hables de ella con ninguno de los... otros.

—Vale, —dijo Val.

—Estás bajo mi protección, —dijo él, dejándola tomar la botella—. Aún así, hay cosas que tienes que saber de las hadas. No te entretengas con ellas y no tomes nada de lo que te ofrezcan, especialmente comida. —Val pensó en la piedra encantada que había hecho comer al anciano y asintió culpablemente—. Ponte esta flor de consuela en el zapato. Ayudará a mantenerte a salvo y acelerará tu viaje. Y aquí tienes bregandia para protegerte de la fascinación. Puedes metértela en el bolsillo.

Val tomó las plantas, se quitó la deportiva izquierda, y metió la consuela dentro. Podía sentirla ahí, acunada contra su calcetín, extrañamente vivificante y alarmante porque la reconfortaba.

Cuando volvió a emerger a la calle, sintió un tiró del hilo trenzado alrededor de su dedo anular. ¡Magia! La hizo sonreír a pesar de todo lo demás, mientras se dirigía en esa dirección.

Todavía era temprano en la noche cuando llegó a Washington Square Park. Se detuvo junto al camino y gastó el dinero robado en un emparedado de jamón que todavía estaba demasiado enferma para digerir, a pesar de su hambre, y que tuvo que tirar a medio comer. Incluso se las arregló para lavarse la cara en una fuente helada, donde el agua sabía a herrumbre y peniques.

Las tres botellas de lo—que—quiera—que—fuera repicaban en su mochila, más pesadas de lo que habrían sido si no hubiera estado tan cansada. Anhelaba descorchar una y saborear el contenido, traer de vuelta el poder y la temeridad de la noche anterior, pero estaba lo suficientemente escamada con el cansancio de hoy y no lo hizo.

Paseando a través del parque, pasó junto a estudiantes universitarios con brillantes bufandas, gente que se apresuraba a ir a cenar o paseaba con sus pequeños y abrigados perros, comprendió que no tenía ni idea de lo que estaba buscando. El hilo tiraba de ella hacia un grupo de escolares con ropas de patinador caras, subidos a una de las verjas interiores. Un chico de pelo lacio con vaqueros anchos, rodilleras y tabla Vans era más ruidoso que el resto, de pie en lo alto de la verja gritaba hacia tres chicas apoyadas contra el grueso tronco de un árbol. Todas estaban descalzas y tenían el pelo de color miel.

El hilo no hacía más que arrastrarla hacia las tres chicas hasta que se desenredó.

—Um, hola, —dijo Val—. Tengo algo para vosotras, creo.

—Puedo oler el encanto en ti, espeso y dulce, —dijo una. Sus ojos eran grises como cuentas—. Si no tienes cuidado, una chica como tú podría ser llevada bajo la colina. Dejaríamos un trozo de madera atrás y nadie el mundo lloraría por ello, porque son demasiado estúpidos para notar la diferencia.

—No la asustes, —dijo otra, retorciéndose un rizo del cabello en la mano—. No puede evitar estar ciega y muda.

—Aquí tenéis, —dijo Val, empujando la botella a las manos de la que no había hablado—. Tomad vuestra medicina como buenas chicas.

—Ooooooh, esa lengua, —dijo la chica de ojos grises.

La tercera chica solo sonrió y miró al chico de la valla.

Una de las otras siguió su mirada.

—Es guapo, —dijo.

Val apenas podía diferenciar a las chicas. Todas tenían largas y esbeltas extremidades y el cabello parecía moverse con la más ligera de las brisas. Con sus finas ropas y pies descalzos, deberían haber tenido frío, pero no podía ver que lo tuvieran.

—¿No quieres bailar con nosotras? —preguntó una chica hada a Val.

—Él quiere bailar con nosotras. —El hada de ojos grises lanzó al ruidoso patinador una amplia sonrisa.

—Ven a bailar con nosotras, mensajera, —dijo la tercera chica, hablando por primera vez. Su voz era como un el croar de una rana, y cuando habló Val vio que su lengua era negra.

—No, —dijo Val, pensando en las advertencias del troll y la consuela de su bolsillo—. Tengo que irme.

—Está bien, —dijo el hada de ojos grises, cavando en la tierra con un pie desnudo—. Nos visitarás de nuevo cuando no estés tan cargada de hechizos. Al menos espero que lo hagas. Eres casi tan guapa como él.

—No soy guapa en absoluto, —dijo Val.

—Como quieras, —dijo la chica.

No estaba segura de lo que esperaban encontrar mientras pasaba junto a casas de huéspedes y bodegas con las ventanas delanteras rotas. El edificio hacia el que la cuerda de su dedo la empujaba estaba tapiado con tablas, y Val se sorprendió al ver un jardín floreciendo en el tejado. Largas tijeretas de plantas colgaban por el costado y lo que parecía un árbol a medio crecer brotaba de lo que debería haber sido tierra superficial, todo ello atrapado por una jaula de aluminio que sellaba el edificio. Val se acercó a la entrada, ahora cubierta de hiedra. En el segundo piso, las ventanas habían desaparecido completamente, agujeros abiertos en el ladrillo, y casi podían verse las habitaciones de dentro.

Cuando pisó los agrietados escalones delanteros, el hilo se desató por sí mismo de su dedo corazón para caer en la hierba cercana.

Sacó la botella de su mochila y la dejó, pensando en las instrucciones del troll.

Algo se movió entre la hierba y Val chilló, saltando hacia atrás, repentinamente consciente de lo extrañamente silencioso que se había quedado todo. Los coches todavía pasaban como un rayo y los ruidos de la ciudad todavía estaban ahí, pero habían palidecido de algún modo. Una rata marrón asomó la cabeza entre la hierba, ojos negros como abalorios, nariz rosa arrugándose. Val rió con alivio.

—Aquí estás, —dijo, acuclillándose—. He oído que puedes romper el cobre con los dientes. Eso es realmente asombroso.

La rata se giró y se escurrió a través de la hierba mientras Val observaba. Una figura salió de entre las sombras para recoger al roedor y ponérselo en un amplio hombro.

—Quien... —dijo Val y se detuvo a sí misma.

Él salió a la luz, una criatura casi tan alta como el troll y más gruesa, con cuernos que se curvaban hacia atrás desde su cabeza como los de un carnero y una espesa barba marrón que pasaba a ser verde en las puntas. Estaba arropado en un abrigo de patchwork y llevaba botas hechas a mano.

—Ven dentro y caliéntate, —dijo, recogiendo la botella de cerveza taponada—. Tengo algunas preguntas para ti.

Val asintió, pero con la mirada todavía en la calle, preguntándose si podría huir. La mano del hada cayó con fuerza sobre su hombro, decidiendo la cuestión. La condujo alrededor del edificio, hasta la parte de atrás y a través de una puerta que colgaba de un solo un gozne.

Dentro del edificio había un montón de trozos de maniqués, apilados alarmantemente a lo largo de las paredes, una pirámide de cabezas en una esquina y una

pared de brazos de múltiples tonalidades de piel en otra. Una pila de pelucas colocadas como un gran y adormecido animal en medio del suelo.

Una diminuta criatura con alas zumbó por el aire, sujetando una aguja y posándose en un torso del hombre para coser un chaleco al cuerpo.

Val miró alrededor, temerosa, comprendiendo que cualquier cosa podría ser un arma, retrocediendo de forma que sus dedos pudieran buscar tras ella y aferrar algo. No le gustaba la idea de balancear una pierna de plástico hacia la criatura, pero si tenía que hacerlo, lo haría, incluso si no tenía esperanza de hacer mucho daño. Pero cuando sus dedos se cerraron sobre lo que creía que era un brazo entero, la mano del maniquí se desprendió.

—¿Qué es todo esto? —preguntó en voz alta, esperando que el hada no notara nada.

—Hago sustitutos, —dijo la criatura de los cuernos, sentándose sobre una caja de leche de madera que se combó bajo su peso—. Needlenix y yo, somos los mejores que encontrarás este lado del mar.

El hada alada zumbó. Val intentó volver a poner la mano en el estante que había a su espalda, pero sin mirar no parecía encontrar un lugar para ella. Optó por metérsela en el bolsillo trasero, bajo el abrigo.

—La Reina de la Corte de la Luz, la propia Silarial, utiliza nuestro trabajo.

—Guau, —dijo Val, ya él que claramente quería que se sintiera impresionada. Después, en el silencio que siguió, se vio obligada a preguntar—. ¿Sustitutos?

Él sonrió y pudo ver que sus dientes eran amarillentos y bastante puntiagudos.

—Es lo que dejamos atrás cuando nos llevamos a alguien. Ahora bien, los leños, o ramas, o lo que sea, funcionan bien, pero esos maniquís son superiores en todos los sentidos. Más convincentes, incluso para esos humanos raros con un poco de magia o con la Visión. Por supuesto, supongo que es un triste consuelo para vosotros.

—Supongo que si, —dijo Val. Pensó en las chicas del parque diciendo que dejarían un trozo de madera atrás. ¿Era eso lo que querían decir?

—Por supuesto, algunas veces dejamos a uno de los nuestros fingiendo ser el niño humano, pero esas estupideces no me conciernen. —La miró—. Podemos ser crueles con aquellos que se cruzan en nuestro camino. Dañamos cultivos gravemente, secamos la leche del pecho materno, y marchitamos extremidades por simples desaires. Pero algunas veces he pensado que somos peores con aquellos que se han ganado nuestro favor. Ahora, cuéntame, —dijo, sentándose erguido y alcanzando la botella de poción. A la luz del fuego, Val notó que sus ojos eran completamente negros, como los de su rata—. ¿Esto es veneno?

—No sé lo que es, —dijo Val—. Yo no lo he hecho.

—Han habido unas cuantas muertes entre la gente mágica.

—He oído algo de eso.

Él gruñó.

—Todos ellos utilizaban la solución de Ravus contra la enfermedad del hierro. Todos ellos tuvieron entregas de un mensajero como tú misma poco antes de su muerte.

Val pensó en el hombre del incienso unos pocos días antes. ¿Qué había dicho? Di a tus amigos que tengan cuidado con a quién sirven.

—¿Crees que Ravus... ? —Dejó que el nombre se asentara en su boca un momento—. ¿Crees que Ravus es el envenenador?

—No sé que pensar, —dijo el hombre de los cuernos—. Bueno, ponte en camino entonces, mensajera. Volveré a encontrarte si es necesario.

Val se marchó rápidamente.

Al pasar junto a un viejo cine, Val se vio atraída por el olor a palomitas y la promesa de calor. Podía sentir el fajo de dinero en el bolsillo de su abrigo, más que suficiente para entrar, y aunque la idea de ver una película parecía inimaginable, ya que habría tenido que cruzar alguna imposible barrera dimensional entre esta vida y la antigua para sentarse delante de una pantalla.

Cuando era pequeña, Val y su madre había ido al cine cada domingo. Primero iban a una que Val quería ver y luego a una que quería ver su madre. Eso solía ser algo parecido a una película de zombis seguida de una sentimental. Se sentaban en el cine oscurecido y se susurraban la una a la otra: Apuesto a que fue ese el que lo hizo. Ella va a morir la siguiente. ¿Cómo puede alguien ser tan estúpido?

Pasó cerca de los pósteres, solo para llevar la contraria. La mayoría de las que estaban echando eran películas de las que no había oído hablar, pero una titulada "Jugada" captó su atención. El póster mostraba a un tipo atractivo posando como el as de corazones, con un tatuaje de un corazón rojo en el hombro desnudo. Sujetaba una página de cartas del tarot.

Val pensó en Tom, echando su baraja del tarot en patrones sobre el mostrador de la cocina.

—Esto es que se cruza contigo, —había dicho, girando una carta con la imagen de una mujer con una venda en los ojos sujetando espadas en ambas manos—. Dos de espadas.

—Nadie puede predecir el futuro, —había dicho Val—. No con algo que puedes comprar en Barnes and Noble.

Su madre se había acercado a ellos y había sonreído a Tom.

—¿Me echarías las cartas? —preguntó.

Tom le había devuelto la sonrisa y empezado a hablar de fantasmas y cristales y mierda psíquica. Val no se había enterado de nada después de eso. Debería haberlo sabido en ese mismo momento. Pero se había servido un vaso de soda, se había subido a un taburete, y había observado como Tom leía a su madre un futuro del que él sería parte.

Subió los escalones, compró una entrada para la sesión de medianoche y entró en la zona de cafetería. Estaba desierta. Un montón de mesitas de metal con tableros de mármol rodeaban a un par de sofás de cuero marrón. Val se derrumbó en uno de los sofás y miró fijamente hacia la única araña de luces que brillaban en el centro de la habitación, colgando de un mural en el techo. Descansó allí, observando su brillo unos momentos y disfrutando del lujo del calor antes de verse obligada a entrar en el baño. Tenía media hora antes de que empezara la película y quería lavarse.

Con toallas de papel, Val se dio un lavado a esponja medio decente, lavando su ropa interior con jabón antes de volver a ponérsela húmeda y hacer gárgaras con la boca llena de agua. Después, sentándose en uno de los retretes, apoyó la cabeza contra el metal pintado y cerró los ojos, dejando que el aire caliente de los conductos se derramara sobre ella. Solo un momento, se dijo a sí misma. Me levantaré en un momento.

Una mujer de ojos oscuros y cara delgada estaba inclinada sobre ella.

—¿Perdón?

Val saltó sobre sus pies y la mujer de la limpieza retrocedió alejándose de ella con un grito, sujetando la fregona ante ella.

Avergonzada y tambaleante, Val agarró su mochila y se apresuró a salir. Empujó las puertas de metal cuando los acomodadores enfundados en trajes se acercaban a ella.

Desorientada, Val vio que todavía estaba oscuro. ¿Se había perdido la película? ¿Había estado dormida solo un momento?

—¿Qué hora es? —exigió a una pareja que estaba intentando parar un taxi.

La mujer miró su reloj nerviosamente, como si Val fuera a arrebatárselo de la muñeca.

—Casi las tres.

—Gracias, —masculló Val. Aunque había pasado menos de cuatro horas durmiendo sentada en un retrete, ahora que estaba caminando otra vez, descubrió que se sentía mucho mejor. El mareo casi había desaparecido y el olor a comida asiática de un restaurante nocturno a unas pocas manzanas de distancia hizo que su estómago se retorciera de hambre.

Empezó a caminar en dirección al olor.

Un SUV negro con las ventanas tintadas aparcó cerca de ella, con las ventanas bajadas. Dos tíos estaban sentados en los asientos delanteros.

—Ey, —dijo el tipo del asiento del pasajero—. ¿Sabes donde está la discoteca Bulgarian? Creía que estaba fuera del Canal, pero ya hemos dado toda una vuelta.

Tenía vetas rubias en su pelo cuidadosamente engominado.

Val sacudió la cabeza.

—Probablemente en algún lugar cercano.

El conductor se inclinó hacia ella. Tenía el pelo oscuro y piel oscura, con grandes y líquidos ojos.

—Solo estamos buscando fiesta. ¿Te gusta la fiesta?

—No, —dijo Val—. Solo voy en busca de algo de comida. —Señaló hacia el exterior de pega del restaurante japonés, alegrándose de que no estuviera lejos, pero penosamente consciente de las calles desiertas entre ella y la puerta.

—Podría ir a por algo de arroz frito, —dijo el rubio. El SUV rodó hacia adelante, manteniéndose a su altura mientras ella caminaba—. Vamos, solo somos tipos normales. No freakies ni nada por el estilo.

—Mirad, —dijo Val—. No quiero fiesta, ¿vale? Dejadme en paz.

—Vale, vale. —El rubio miró a su amigo, que se encogió de hombros—. ¿Podemos al menos llevarte? No es seguro que estés por aquí caminando tú sola.

—Gracias, pero estoy bien. —Val se preguntó si podría huir de ellos, se preguntó si debería salir corriendo y conseguir algo de ventaja. Pero siguió caminando, como si no estuviera asustada, como si ellos fueran solo dos tipos agradables y preocupados que estaban intentando convencerla para que entrara en su camioneta.

Tenía consuela en el zapato y bregandia en el bolsillo y una mano de plástico en la parte de atrás de sus vaqueros, pero no estaba segura de que ninguna de esas cosas la pudiera ayudar.

Los seguros de las puertas se abrieron y la camioneta se detuvo y tomó una decisión. Girándose hacia la ventana abierta, sonrió y dijo.

—¿Qué os hace pensar que yo no soy una de esas personas peligrosas?

—Estoy seguro de que eres peligrosa, —dijo el conductor, todo sonrisas e insinuaciones.

—¿Y si te digo que acabo de cortar la mano de algún pollito? —dijo Val.

—¿Qué? —El tipo rubio la miró con confusión.

—No, de veras, ¿Veis?— Val lanzó la mano del maniquí a través de la ventana. Esta aterrizó en el regazo del conductor.

La camioneta viró y el rubio chilló.

Val cruzó la calle, corriendo hacia el restaurante.

—Jodida pirada, —gritó el rubio mientras se apartaban de la cuneta, con las ruedas chirriando.

El corazón de Val latía al doble de su ritmo cuando entró en la seguridad del calor del Dojo. Sentándose en una mesa con un suspiro de alivio, pidió un enorme cuenco de humeante sopa *miso*, fideos fríos de sésamo bañados de salsa de cacahuete, y pollo frito al jengibre que se comió con los dedos. Cuando hubo terminado, pensó que volvería a caer dormida, allí mismo en la mesa.

Pero tenía una entrega más que hacer.

La calle parecía principalmente abandonada y sus costados estaban constelados de basura... vasos rotos, condones secos, un par de panties desgarrados. Aún así, el olor a rocío sobre el pavimento, a la herrumbre de la cerca y la hierba escasa, junto con las calles vacías hacía que Williamsburg pareciera muy lejos de Manhattan

Pasó agachándose bajo una alambrada. El solar estaba vacío, pero podía ver una zanja entre el hormigón agrietado y las pequeñas colinas. La pisó, utilizándola como camino para llegar hasta donde las rocas negras marcaban el límite entre la playa y el río.

Había algo allí. Al principio Val pensó que era un conglomerado de algas marinas secas, una bolsa de plástico vagabunda, pero cuando se acercó más comprendió que era una mujer de pelo verde, yaciendo bocabajo sobre las rocas, medio dentro y medio fuera del agua. Apresurándose hasta ella, Val vio las moscas que zumbaban alrededor del torso de la mujer y su cola que vagaba con la corriente, las escamas captaban el brillo de las farolas como si fueran de plata.

Era el cadáver de una sirena.

Capítulo 7

Es en aquellos a los que convertí, en los que confío...

Hermano Plomo y Hermana Acero

Siegfried Sazón, El Viejo Cazador y Otros Poemas

La primera vez que Val vio algo muerto fue en el centro comercial que había junto a la casa de su padre cuando tenía doce años. Había tirado un penique a una fuente junto al Food Court y había deseado un par de zapatillas para correr. Unos pocos minutos después, lo reconsideró y volvió corriendo para volver a intentarlo, encontrar su moneda y formular otra vez el deseo. Pero lo que vio, flotando sobre el agua inmóvil, fue el cuerpo fofo de un gorrión. Había extendido la mano hacia él, lo había levantado y el agua había chorreado de su diminuto pico como de una taza. Oía fatal, como comida que hubiera estado en una nevera descongelada y hubiera sido olvidada. Lo había mirado un momento antes de comprender que estaba muerto.

Mientras corría a través de las calles y sobre el puente de Manhattan, con el aliento estallando en el aire, pensaba en el pajarito ahogado. Ahora ya había visto dos cosas muertas.

El portal mágico bajo el puente se abrió del mismo modo que lo había hecho la última vez, pero cuando entró en el oscuro rellano, vio que no estaba sola. Alguien iba delante, bajando los escalones, y fue solo cuando la vela que llevaba hizo brillar los aros de plata de su labio y nariz y el blanco de su ojo centelleó cuando comprendió que era Luis. Parecía tan sobresaltado como ella y a la insegura luz, exhausto.

—¿Luis? —preguntó Val.

—Esperaba que te hubieras largado. —La voz de Luis era suave y sin remordimientos—. Esperaba que hubieras vuelto corriendo con Mami y Papi a los suburbios. Eso es todo lo que vosotras las chicas puente—y—túnel sabéis hacer... huir cuando las cosas se ponen duras. Huir a la gran ciudad y después huir a casa.

—Que te jodan, —dijo Val—. No sabes nada de mí.

—Bueno, tú tampoco sabes una mierda de mí. Crees que soy un cerdo contigo, pero no te he hecho más que favores.

—¿Qué problema tienes conmigo? ¡Me odiaste desde el momento en que aparecí!

—Cualquier amiga de Lolli iba a revolver la mierda, y eso es justo lo que has hecho. Y aquí estoy yo, siendo interrogado por un troll furioso porque vosotras dos la jodisteis. ¿Cuál crees que es mi problema?

La rabia hizo que la cara de Val ardiera, incluso en el frío hueco de la escalera.

—Creo esto: La única cosa especial que tienes es la Visión. No paras de hablar mierdas sobre las hadas, pero te encanta ser el único que puede verlas. Por esto estás repugnantemente celoso de cualquiera que haga algo más que hablar con uno de ellos.

Luis la miró boquiabierto como si le hubiera abofeteado.

Las palabras cayeron de la boca de Val antes de comprender lo que estaba diciendo.

—Y creo algo más también. Las ratas pueden ser capaces de masticar su camino a través de cobre o lo que sea, pero la única razón por la que sobreviven es porque hay

billones de ellas. Eso es lo que hace tan especiales a las ratas... están jodiendo todo el tiempo y tienen millones de crías.

—Basta, —dijo Luis, alzando una mano como para protegerse de sus palabras. Su voz cayó, la rabia pareció desaparecer en él como se estalla un globo—. Bien. Si. Para Ravus y el resto de las hadas, eso es lo que somos todos los humanos... cosas patéticas que proliferan como locas y mueren tan rápidamente que no pueden ver la diferencia entre uno y otro. Mira, he pasado no sé cuanto rato en un largo interrogatorio después de beber algún tipo de majadería nociva que me hizo decir la verdad. Todo porque Lolli y tú irrumpisteis aquí. Estoy cansado y cabreado. —Se frotó la cara con la mano—. No eres la primera rezagada que Lolli se trae a casa, sabes. No entiendes que están jugando contigo.

Val estaba nerviosa por el repentino cambio en el tono de Luis.

—¿Qué quieres decir?

—Hubo otra chica hace un par de meses... otra extraviada a la que Lolli decidió traer bajo tierra. Fue la primera vez que a Lolli se le ocurrió la idea de que se podrían inyectar las pociones. Lolli y la chica, Nancy, querían colocarse, y no tenían dinero. Entonces Lolli empezó a hablar sobre qué otra cosa se podían chutar y se hicieron con algo de una de las entregas de Dave. De repente, empezaron a hablar de como podían ver cosas que no estaban allí, y peor aún, Dave empezó a ver esa mierda también. Nancy se puso delante de un tren y sonreía hasta el momento en que éste la golpeó.

Val apartó la mirada de la vela titilante, hacia la oscuridad.

—Eso suena como un accidente.

—Por supuesto que fue un jodido accidente. Pero a Lolli le encantaba esa cosa. Incluso después de eso, consiguió que Dave se la diera.

—¿Sabe ella lo que es? —preguntó Val—. ¿Sabe algo acerca de las hadas? ¿De Ravus?

—Lo sabe. Yo le hablé a Dave de Ravus porque Dave es mi hermano, aunque es un idiota. Él se lo contó a Lolli porque ella se burlaba y quería hacer algo para impresionarla. Y Lolli se lo contó a Nancy, porque Lolli no puede mantener la jodida boca cerrada.

Val podía oír la quebradiza risa de Lolli en su mente.

—¿Y qué más da que se lo cuente a la gente?

Luis suspiró.

—Mira esto. —Señaló hacia la pálida pupila de su ojo izquierdo—. ¿Horrible, verdad? Un día cuando tenía ocho años, mi madre me llevó al Fulton Fish Market con ella. Ella estaba comprando algún tipo de cangrejo... regateando con el pescadero, realmente metida en ello porque le encantaba el regateo... y yo veo a ese tipo cargando una brazada de pieles de foca ensangrentadas. Él ve que le miro y sonrío abiertamente. Sus dientes son como los de un tiburón: diminutos, afilados, y demasiado separados.

Val aferró el pasamano, la pintura se desconchaba bajo sus uñas.

—"¿Puedes verme?", me preguntó, y como yo era un niño estúpido, asentí. Mi madre estaba justo al lado de mí, pero no notó nada. "¿Me ves por ambos ojos?", quiso saber. Yo ya estaba nervioso y eso fue lo único que evitó que le dijera la verdad. Señalé mi ojo derecho. Él dejó caer las pieles, que hicieron un ruido horrible y húmedo, cayendo todas juntas.

La cera caía por el costado de la vela y sobre el pulgar de Luis, pero él no se sobresaltó ni cambió su forma de sostenerla. Más cera cayó, formando un goteo estable sobre las escaleras.

—El tipo me agarra por el brazo y mete su pulgar en mi ojo. Su cara no cambió en todo el rato que estuvo haciéndolo. Dolía mucho y grité y fue entonces cuando mi

madre finalmente se dio la vuelta y me vio al fin. ¿Y sabes lo que decidieron ella y el tipo de los cangrejos? Que me había sacado mi jodido ojo yo mismo de algún modo. Que me metí algo. Que me cegué a mí mismo.

El vello estaba erizándose a lo largo de los brazos de Val y sintió ese escalofrío que bajaba por su espina dorsal, el que le decía lo alucinada que estaba realmente. Pensó en las pieles de foca de la historia, en el cuerpo de la sirena que había visto junto al río, y no llegó a ninguna conclusión, excepto que no había forma de escapar de las cosas horribles.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Porque es una mierda ser yo, —dijo Luis—. Un paso equivocado y decidirán que no necesito mi otro ojo. Ese es el gran trato. Dave y Lolli no lo pillan. —Su voz cayó hasta convertirse en un susurro y se inclinó más cerca de ella—. Están divirtiéndose con esa droga, robándose a Ravus cuando se supone que yo estoy pagando una deuda. Después te traen a ti. —Se detuvo, pero ella vio el pánico en sus ojos—. Estás revolviendo la mierda. Lolli empeora en vez de mejorar.

El troll apareció en lo alto del rellano y bajó la mirada hacia Val. Su voz era baja y profunda como un tambor.

—No se me ocurre para qué has vuelto. ¿Hay algo que requieras?

—La última entrega, —dijo ella—. ¿Era una... sirena? Está muerta.

Él se quedó quieto, sobresaltado.

Val tragó.

—Parecía que llevara muerta un rato.

Ravus empezó a bajar las escaleras, con el abrigo ondulando tras él.

—Muéstramelo. —Su rostro había cambiado mientras se acercaba, el verde de su piel había palidecido, sus rasgos habían cambiado hasta parecer humanos, como los de un chico desgarrado solo un poco mayor que Luis, Un chico con extraños ojos dorados y enmarañado pelo negro.

—No cambias tu..., —dijo Val.

—Así es como funciona el encanto, —dijo Ravus, cortándola—. Siempre hay algún indicio de quien eres. Pies al revés, una cola, un hueco detrás. Alguna pista de tu auténtica naturaleza

—Yo ya me marcho —dijo Luis—. Estaba saliendo de todos modos.

—Luis y yo hemos tenido una interesante conversación sobre ti y la cuestión de nuestro encuentro —dijo el troll. Desorientaba oír esa voz profunda y rica salir de un joven.

—Sip, —dijo Luis, con una media sonrisa—. Él conversó. Yo me porté como un solícito buen chico.

Eso hizo sonreír a Ravus en respuesta, pero incluso como hombre, sus dientes parecían demasiado grandes en los incisivos.

—Creo que esta muerte te concierne a ti también, Luis. Deja a un lado el sueño un ratito más y vamos a ver que podemos aprender.

Los únicos sonidos de la costa provenían de las olas que lamían las rocas de la orilla cuando Ravus, Val, y Luis llegaron. El cuerpo estaba todavía allí, el cabello flotando como algas marinas, gargantillas de conchas y perlas, y erizos atrapados alrededor de su cuello como cuerdas constrictoras, la cara blanca parecía un reflejo de la luna sobre el agua. Pequeños peces nadaban rápidamente alrededor del cuerpo y entraban y salían de los labios separados.

Ravus se arrodilló, ahuecando la parte de atrás del cráneo de la sirena en sus largos dedos y levantándole la cabeza. La boca se abrió aún más, mostrando dientes finos y traslúcidos que parecían como si pudieran estar hechos de cartílago. Ravus acercó tanto su cara a la de la sirena, que por un momento pareció como si fuera a besarla. En vez de eso olisqueó dos veces antes de volver a bajarla gentilmente al agua.

Miró a Luis con ojos ensombrecidos, después se quitó el abrigo y lo extendió en el suelo. Se giró hacia Val.

—Si tú la coges por la cola, podemos ponerla sobre el abrigo. Tengo que llevarla a mi estudio.

—¿Fue envenenada? —preguntó Luis—. ¿Sabes quién la mató?

—Tengo una teoría, —dijo Ravus. Se echó hacia atrás el pelo húmedo, después se metió en el East River.

—Ayudaré, —dijo Luis, empezando a adelantarse.

Ravus sacudió la cabeza.

—No puedes. Todo ese hierro que insistes en llevar podría quemar su piel. No quiero que las pruebas se contaminen más de lo que ya lo están.

—El hierro me mantiene a salvo, —dijo Luis, tocando el aro de su labio—. Más a salvo, de cualquier modo.

Ravus sonrió.

—Como mínimo, va a mantenerte a salvo de una repugnante tarea.

Val se metió en el agua y levantó la cola resbaladiza, el extremo era tan harapiento como tela rota. Las escamas de pez brillaban como plata líquida mientras se escamaban bajo la mano de Val. Había trozos de piel pálida expuesta a lo largo del costado de la sirena, donde los peces ya habían empezado a comérsela.

—Que mezquina trama se está llevando a cabo aquí, —dijo una voz que llegó del valle entre los montículos.

—Greyan. —Ravus miró hacia las sombras.

Val reconoció a la criatura que se adelantó, el fabricante de maniqués de la barba vercosa. Pero tras él había otra gente mágica a la que ella no conocía, hadas de brazos largos y manos ennegrecidas, con ojos de pájaro, caras de gato, alas andrajosas que eran tan finas como el humo y tan brillantes como las luces de neón de un bar distante.

—Otra muerte, —dijo una de ellas, y hubo un murmullo bajo.

—¿Qué es lo que estabas entregando esta vez? —preguntó Greyan. Hubo un estallido de risa incómoda.

—Vine a descubrir lo que podía, —dijo Ravus. Asintió hacia Val. Juntos, movieron el cuerpo hasta el abrigo. Val sintió náuseas cuando comprendió que el olor a pescado provenía de la carne que había entre sus manos.

Greyan dio un paso adelante, sus cuernos eran blancos a la luz de las farolas.

—Y mira lo que has descubierto.

—¿Qué estás insinuando? —exigió Ravus. Con su disfraz humano, parecía delgado y alto, y junto a la complexión musculosa de Greyan, terriblemente en desventaja.

—¿Niegas que eres el asesino?

—Basta, —dijo una de las otras voces, una voz entre las sombras perteneciente a lo que parecía ser un cuerpo largo y esculpido—. Le conocemos. Hace pociones inofensivas para todos nosotros.

—¿Le conocemos? —Greyan se acercó más y de los pliegues de su agrietado abrigo sacó dos hoces cortas y curvadas con hojas de bronce negro. Las cruzó sobre su pecho como un faraón sepultado—. Fue al exilio a causa de un asesinato.

—Ten cuidado, —dijo una diminuta criatura—. ¿Querría alguno de nosotros ser juzgado ahora por las razones de nuestro exilio?

—Sabes que no puedo refutar el cargo de asesino, —dijo Ravus—. Por lo que yo sé es una cobardía esgrimir una espada contra alguien que ha jurado no volver a levantar una hoja.

—Bonitas palabras. Crees que todavía eres un cortesano, —dijo Greyan—. Pero tu lengua astuta no te ayudará aquí.

Una de las criaturas sonrió burlonamente hacia Val. Tenía ojos como de loro y una boca llena de dientes afilados. Val buscó alrededor y recogió una tubería larga de entre las rocas. La sentía tan fría que le ardía entre los dedos.

Ravus levantó las manos hacia Greyan.

—No quiero pelear contigo.

—Entonces eso será tu ruina. —Balanceó una hoz hacia Ravus.

El troll esquivó la hoz y arrancó una espada de la mano de otra hada, su puño se cerró alrededor del metal afilado. Sangre roja corrió por su palma. Su boca se curvó con algo parecido al placer y su encanto se esfumó como si hubiera pasado al olvido.

—Necesitas lo que yo hago, —escupió Ravus. La furia retorció su cara, haciendo sus rasgos aterradores, forzando a sus colmillos a morder la carne de su labio superior. Se lamió la sangre y sus ojos parecieron llenarse de alegría como lo estaban de rabia. Apretó su sujeción sobre la hoja de la espada, incluso cuando esta mordió más profundamente su piel—. Lo doy libremente, pero si fuera el envenenador y fuera mi antojo el que matara a uno de cada cien a los que ayudo, tú todavía estarías vivo por mi indulgencia.

—Viviré sin la indulgencia de nadie, —Greyan esgrimió sus hoces hacia Ravus.

Ravus balanceó la empuñadura de la espada, bloqueando el golpe. Los dos giraron en círculos, intercambiando golpes. El arma de Ravus estaba desequilibrada por estar sostenida torpemente, y resbaladiza por su propia sangre. Greyan golpeó rápidamente con sus cortas hoces de bronce, pero Ravus le esquivaba cada vez.

—Ya basta, —gritó Greyan.

Un hada de cola larga y en espiral se apresuró hacia adelante, aferrando uno de los brazos de Ravus. Otra se adelantó sujetando un cuchillo plateado con forma de hoja.

Justo entonces Greyan lanzó un golpe hacia la muñeca de Ravus y Val se movió antes de saber qué se estaba moviendo. Actuó instintivamente. Todos los entrenamientos de lacrosse y los videojuegos salieron a la luz, y balanceó la tubería hacia el costado de Greyan. Golpeó algo suave, carnosamente siseante, haciéndole perder el equilibrio por un momento. Entonces se giró hacia ella, ambas hoces de bronce golpearon. Val apenas tuvo tiempo de alzar la tubería y prepararse antes de que golpearan, haciendo que el metal chisporroteara. Se contorsionó hacia el costado y Greyan la miró con asombro antes de estampar las hoces de bronce en su pierna.

Val sintió frío por todas partes y los ruidos de fondo decayeron hasta ser una crepitación en sus oídos. La pierna ni siquiera le dolía tanto en realidad, aunque la sangre estaba empapando sus pantalones ya desgarrados.

En la otra vida de Val, en la que había sido casi una atleta y no creía en las hadas, Tom y ella había jugado a videojuegos y tonteado en el sótano de la casa de él después del colegio. Su juego favorito era Almas Vengadoras. Su personaje, Akara, tenía una cimitarra curvada, un poderoso movimiento que le permitía cortar las cabezas de tres oponentes de una vez, y un montón de puntos de salud. Podías verlos en lo alto de la pantalla, orbes azules que pasaban a rojo con un ruido rítmico cada vez que Akara resultaba herida. Eso era todo lo que ocurría. Akara no caía cuando la herían, no tropezaba, gritaba, o se desmayaba.

Val hizo todas esas cosas.

Alguien le aferró el brazo demasiado firmemente. Podía sentir las uñas contra su piel. Dolía. Todo dolía. Val abrió los ojos.

Un joven estaba de pie sobre ella y al principio no le reconoció. Se echó hacia atrás, arrastrándose lejos de él. Entonces vio el pelo negro como la tinta, los labios magullados y los ojos moteados de dorado. Luis estaba al fondo.

—Val, —dijo Luis—. Es Ravus. Ravus.

—No me toques, —dijo Val, deseando que el dolor desapareciese.

Una amarga sonrisa tocó la boca de él mientras sus manos la levantaban.

—Podrías haber muerto, —dijo Ravus calladamente.

Se lo tomó como una señal alentadora de que no se estaba muriendo en realidad.

Val despertó, caliente y somnolienta. Por un momento pensó que estaba de vuelta en su propia cama, de vuelta en casa. Se preguntó si se había quedado dormida y se había perdido las clases. Entonces pensó que quizás había estado enferma, pero cuando abrió los ojos, vio la luz de una vela oscilante y el techo oscuro muy por encima de ella. Estaba envuelta en un capullo de mantas perfumadas en lavanda en lo alto de una pila de cojines y alfombras. Arriba el ruido estable del tráfico sonaba casi como lluvia.

Val se incorporó apoyada en los codos. Ravus estaba de pie tras su mesa de trabajo, cortando en trocitos un bloque de alguna sustancia oscura. Le observó un momento, estudiando sus largos y eficientes dedos acunar el cuchillo, entonces sacó una pierna de debajo de las mantas. Estaba desnuda y vendada en el muslo, envuelta en hojas y extrañamente entumecida.

Él la miró.

—Estás despierta.

Se ruborizó, avergonzada por que él debía haberle quitado los pantalones y estos habían estado sucios.

—¿Dónde está Luis?

—Volvió a los túneles. Te estaba haciendo una bebida. ¿Crees que podrás beberla?

Val asintió.

—¿Es algún tipo de poción?

Él resopló.

—No es nada más que cacao.

—Oh, —dijo Val, sintiéndose tonta. Le miró otra vez—. Tu mano no está vendada.

Ravus la levantó, la palma no tenía cicatriz.

—Los trolls sanamos rápido. Soy difícil de matar, Val.

Ella miró su mano, la mesa de ingredientes, y sacudió la cabeza.

—¿Cómo funciona, la magia? ¿Cómo coges cosas ordinarias y las conviertes en mágicas?

Él la miró agudamente y luego reanudó su trabajo con la barra marrón.

—¿Es eso lo que crees que hago?

—¿No es así?

—No hago cosas mágicas, —dijo él—. Podría, quizás, pero no tengo ni las ganas ni el potencial. Está más allá de mis posibilidades, más allá de las posibilidades de casi todos salvo de un alto Lord y Lady de las Hadas. Estas cosas... —Su mano abarcó la mesa de trabajo, los trozos endurecidos de chicle masticado, las diversas envolturas y

latas, las colillas de cigarrillos manchadas de carmín—. Son ya mágicas. La gente las ha hecho así. —Recogió un envoltorio plateado de chicle—. Un espejo que nunca se agrieta. —Recogió un tejido fino con una marca de labios en él—. Un beso que nunca termina. —Un cigarrillo—. El aliento de un hombre.

—Pero los espejos y los besos no son mágicos.

Ante eso él se rió.

—¿Así que no crees que un beso sea eficaz para transformar a una bestia o hacer caminar a los muertos?

—¿Me equivoco?

—No, —dijo él, característicamente seco—. Tienes bastante razón. Pero, afortunadamente, esta poción no pretende hacer ninguna de esas cosas.

Val sonrió ante eso. Pensó en la forma en que advertía las miradas de él, sus suspiros, los cambios sutiles en su cara. Pensó en lo que podría estar queriendo decir y se preocupó.

—¿Por qué siempre tienes este aspecto? —preguntó—. Podrías ser cualquier cosa. Cualquiera.

Ravus bajó la mirada con semblante ceñudo y rodeó la mesa. Val sintió un escalofrío recorrerla que solo era en parte terror.

Era muy consciente de estar yaciendo en la cama de él, pero no quería salir de ella sin pantalones.

—Ah, ¿quieres decir con encanto? —dudó—. ¿Hacerme a mí mismo menos terrorífico? ¿Menos horrendo?

—No eres..., —empezó Val, pero él alzó una mano y se detuvo.

—Mi madre era muy hermosa. Sin duda tengo una idea mucho más generosa de la belleza que tú.

Val no dijo nada, asintiendo. No quería pensar demasiado en si tenía o no una idea generosa de lo que era belleza. Siempre había pensado que tenía una medianamente estrecha, una que incluía a su madre y a otra gente que ponía demasiado empeño en ello. Siempre había sido poco paciente con la belleza, como si fuera algo por lo que tenía que pagar con otras cosas vitales.

—Tenía carámbanos en el pelo, —continuó él—. Era tan frío que se escarchaba, convirtiendo sus trenzas en joyas cristalizadas que repiqueteaban cuando se movía. Deberías haberla visto a la luz de la vela. Iluminaba ese hielo como si fuera fuego. Menos mal que no soportaba la luz del sol... habría iluminado el cielo.

—¿Por qué no soportaba la luz del sol?

—Ninguno de los míos puede hacerlo. Nos convertimos en piedra al sol... y nos quedamos así hasta el anochecer.

—¿Duele?

Él sacudió la cabeza, pero no respondió.

—A pesar de toda esa belleza, mi madre nunca mostró su verdadero yo a mi padre. Él era mortal, como tú, y a su alrededor, ella siempre vestía encanto. Oh, era hermosa con el encanto también, pero era una belleza embotada. Mis hermanos y hermanas... nosotros teníamos que vestirlo también.

—¿Él era mortal?

—Mortal. Desaparecido en el suspiro de un hada. Eso era lo que mi madre solía decir.

—¿Así que tú... ?

—Un troll. La sangre de hada es fuerte.

—¿Él sabía lo que era ella?

—Fingía que no sabía nada de nosotros, pero debía suponerlo. Al final, debió sospechar que no éramos humanos. Tenía un aserradero que serraba y secaba madera de varios centenares de acres de árboles que poseía. Ceniza, álamo temblón, abedul, roble, sauce, junípero, pino, tejo.

—Mi padre tenía otra familia en la ciudad, pero mi madre fingía no saber nada de eso. Había una gran cantidad de fingimiento. Ella se aseguraba que la madera de mi padre fuera fina y plana. Estaba hermosamente cepillada y tampoco se combaba ni pudría.

—Las hadas... no hacemos nada con moderación. Cuando amamos, somos todo amor. Así era mi madre. Pero a cambio le pedía que tocara una campana en lo alto de la colina para hacerla saber que llegaba.

—Un día mi padre olvidó tocar la campana, —El troll se levantó y se acercó a la leche hirviendo y la vertió en una taza china. El olor a canela y chocolate flotó en el aire hasta ella.

—Nos vio a todos como realmente éramos, —Ravus se sentó junto a ella, con el largo abrigo negro extendido en el suelo—. Y huyó, nunca volvió.

Tomó la taza que le daba y dio un cauteloso sorbo. Estaba demasiado caliente y le quemó la lengua.

—¿Qué ocurrió después?

—La mayoría de las personas se contentarían con que la historia terminara ahí. Lo que ocurrió después es que todo el amor de mi madre se convirtió en odio. Incluso sus hijos no eran nada para ella después de eso, solo le recordábamos a él. —Val pensó en su propia madre y en como nunca había cuestionado su amor por ella. Por supuesto que quería a su madre... pero ahora la odiaba. No parecía correcto que un sentimiento pudiera convertirse tan fácilmente en otro.

—Su venganza fue terrible. —Ravus se miró las manos y Val recordó la forma en que se las había cortado sujetando la espada por la hoja. Se preguntó si su rabia había sido tan grande que no había notado el dolor. Se preguntó si amaba como lo había hecho su madre.

—Mi madre es muy hermosa también, —dijo Val. Deseando volver a hablar, pero el único sorbo de chocolate caliente la había llenado de tan deliciosa languidez que se encontró deslizándose más y más hacia el sueño.

La despertaron unas voces. La mujer de las pezuñas estaba allí, hablando suavemente con Ravus.

—Un perro callejero podría entenderlo, —decía ella—. ¿Pero esto? Eres demasiado blando de corazón.

—No, Mabry, —dijo Ravus— no lo soy. —Miró en dirección a Val—. Creo que quiere morir.

—Quizás puedas ayudarla después de todo, —dijo Mabry—. Eres bueno ayudando a morir a la gente.

—¿Has venido aquí con algún otro propósito aparte de para revolcarme en mi propia porquería? —preguntó él.

—Ese sería propósito suficiente, pero ha habido otra muerte, —dijo Mabry—. Una de las sirenas de East River. Un humano encontró su cuerpo, pero con lo que quedaba de él después de haber sido comido por los cangrejos, dudo que vaya a haber mucho escándalo.

—Lo sé, —dijo Ravus.

—Sabes demasiado. Los conocías a todos. A cada uno de los que han muerto, —dijo Mabry—. ¿Eres tú el asesino?

—No, —dijo él—. Todos los muertos eran exiliados de la Corte de la Luz. Seguramente alguien lo habrá notado.

—Todos envenenados —dijo Mabry—. Eso es lo que se ha notado.

Ravus asintió.

—El olor a veneno de rata estaba en el aliento de la sirena.

Val amortiguó un jadeo, enterrando la cara entre las mantas.

—La gente mágica te hace responsable —dijo Mabry—. Es demasiada coincidencia que todos los muertos fueran clientes tuyos y murieran horas después de recibir una entrega de uno de tus correos humanos.

—Desde que el tributo fallara en la Corte Oscura, docenas de Solitarios Oscuros deben haber abandonado las tierras de Nicnevin. No veo por qué alguien iba a pensar que eso es más improbable que el que yo me haya convertido en envenenador.

—Las tierras de Lord Roiben ahora. —La voz de Mabry estaba llena de algo que Val no pudo identificar—. Mientras Silarial le permita retenerlas.

Ravus resopló y Val pensó que podía haber visto algo en él que no había notado antes. Estaba vestido con un abrigo, pero uno demasiado nuevo para ser del período que él había dado a entender con su historia. Era un disfraz, comprendió, y de repente estuvo segura de que Ravus era mucho más joven de lo que ella había asumido. No sabía con cuanta rapidez envejecían las hadas, pero creía que él estaba intentando con demasiado denuedo mostrarse sofisticado delante de Mabry.

—No me importa quien sea el Lord o Lady de la Corte Oscura en este momento, —dijo él—. Puede que se asesinen todos unos a otros y así no tendremos que hacerles frente.

Mabry le miró misteriosamente.

—No dudo que desees eso.

—Voy a enviar un mensaje a Lady Silarial. Sé que ignora a las hadas que están tan cerca de las ciudades, pero ni siquiera ella puede mostrarse indiferente ante el asesinato de exiliados de la Corte de la Luz. Todavía estamos dentro de sus tierras.

—No —dijo Mabry rápidamente, con un tono diferente—. Creo que eso sería una insensatez. Invocar a la clase alta podría empeorar las cosas.

Ravus suspiró y miró hacia donde Val estaba yaciendo.

—Encuentro eso difícil de imaginar.

—Espero un poco más antes de enviar ningún mensaje, —dijo Mabry.

Él suspiró.

—Muy amable por tu parte darme un consejo, pienses lo que pienses de mí.

—¿Consejo? Solo viene a regodearme, —dijo y salió de la habitación haciendo traquetear las pezuñas escaleras abajo.

Ravus se giró hacia Val.

—Ya puedes dejar de fingir que duermes.

Val se sentó, frunciendo el ceño.

—Crees que es cruel —dijo Ravus, de pie de espaldas a ella. Val deseó poder ver la expresión de su cara; su voz era difícil de interpretar—. Pero es culpa mía que esté atrapada aquí, en esta ciudad de hierro apestoso, y tiene otras razones incluso mejores para odiarme.

—¿Qué razones?

Ravus ondeó la mano sobre una vela y en el humo se formó la cara de un hombre joven, demasiado hermoso para ser humano.

—Tamson —dijo Ravus. Un cabello pálido rozaba el cuello de la figura, echado hacia atrás desde su cara, y tan casual como su sonrisa.

Val jadeó. Nunca antes había visto encanto utilizado de esta forma.

El resto de Tamson surgió de la nada, vistiendo una armadura que parecía hecha de corteza de árbol, áspera y pincelada de musgo. La espada de cristal estaba cogida a su costado y, en él, parecía líquida, como agua forzada a mantener una forma improbable.

—Fue mi primer y mejor amigo en la Corte de la Luz. No le importaba que no pudiera soportar el sol. Me visitaba en la oscuridad y me contaba historias divertidas que habían ocurrido durante el día, —Ravus frunció el ceño—. Me pregunto si alguna vez fui para él buena compañía.

—¿Entonces la espada era suya?

—Es demasiado elegante para mí, —dijo Ravus. Junto a Tamson, apareció otra figura, esta familiar para Val, aunque le llevó un momento definirla. El pelo castaño de la mujer hada estaba vetado de verde, como la alfombra frondosa de un bosque, y bajo el ruedo de su vestido rojo había pezuñas en vez de pies. Estaba cantando una balada, su voz rica y gutural espesaba las palabras con promesas. El troll gesticuló hacia ella—. Mabry, la amada de Tamson.

—¿Ella también era tu amiga?

—Intentó serlo, creo, pero yo era demasiado difícil de mirar. —El Tamson de encanto puso su mano sobre el brazo de Mabry y ella se giró hacia él, la canción se vio interrumpida por su abrazo. Sobre su hombro, la imagen de humo de Tamson miraba fijamente a Ravus, sus ojos ardían como carbones.

—Me hablaba de ella incesantemente. —La boca de Ravus formó una sonrisa.

El Tamson de encanto habló.

—Su pelo es del color del trigo en pleno verano, su piel es del color del hueso, sus labios rojos como granadas.

Val se preguntó si Ravus creía que esas descripciones eran precisas. Se mordió el interior de la mejilla.

—Él quería impresionarla —dijo Ravus—. Me pidió que le acompañara para poder mostrarle lo hábil que era en un duelo. Soy alto y supongo que puedo parecer feroz.

-La Reina de la Corte de la Luz considera la lucha el mejor de todos los deportes. Organizaba torneos en los que la gente mágica podía mostrar su habilidad. Yo era nuevo en la corte y no me gustaba mucho competir. Mis deleites provenían de mi trabajo. Mi alquimia.

-Era una noche calurosa; recuerdo eso. Estaba pensando en Islandia, en el frío de los bosques de mi juventud. Mabry y Tamson estaban siseándose palabras de acá para allá. Le oí decir "Te vi con él".

-Desearía saber que es lo que vio Tamson, aunque puedo suponerlo. —Ravus se giró hacia las ventanas tapiadas—. La gente mágica no hace nada a medias, podemos ser caprichosos. Cada emoción es un trago que debemos apurar hasta el fondo, pero a veces creo que nos encanta lo agrio tanto como lo dulce. No era un secreto en la Corte de la Luz que Mabry estaba flirteado con Tamson y él la amaba así que ella no tenía por qué flirtear con otro.

-La armadura de Tamson era de corteza de árbol, hechizada para que fuera más dura que el hierro. —Dejó de hablar, cerró los ojos y volvió a empezar—. Era mejor espadachín que yo, pero estaba distraído y yo golpeé primero. La espada cortó la armadura como si fuera papel.

Ella vio el golpe caer sobre el humo encantado de la vela. La armadura que se derrumbaba alrededor de la hoja, la cara de sorpresa de Tamson, el grito de Mabry cortando el aire, alto y agudo cuando comprendió lo que había ocurrido un momento antes que todos los demás. Incluso el eco de encanto del mismo recorrió la polvorienta habitación.

—Cuando lucho, lucho como un troll... la furia toma el control. Quizás otro podría haber atemperado su golpe; yo no pude. Todavía sostenía la empuñadura de mi espada, como si estuviese soldada a mi mano y me fuera imposible soltarla. La hoja parecía haber sido pintada de rojo.

—¿Por qué eliminaría la magia de su propia armadura? —Ravus la miró y por un momento Val pensó que podía estar esperando una respuesta de ella. Apartó la mirada de ella para mirar fuera, hacia la nada, y el encanto se dispersó.

—Aunque debió hacerlo. Nadie más tenía ninguna razón para desearle ningún mal. —La voz de Ravus era baja y ronca—. Sabía que estaba molesto... podía verlo en su cara. Pensé que se le pasaría como se pasaban todas las cosas... y egoístamente, me alegraba que Mabry le hubiera decepcionado. Había perdido su compañía. Pensé que podría ser mío de nuevo. Debió haber visto la vulgaridad en mí... ¿por qué sino me habría escogido a mí como vehículo de su muerte?

Val no sabía que decir. Componía frases en su cabeza: No fue culpa tuya. Todo el mundo piensa cosas terribles y egoístas. Tiene que haber sido un accidente. Ninguna de ellas parecía significar nada. Eran solo palabras para llenar el silencio. Cuando él empezó a hablar de nuevo, comprendió cuanto rato debía haber estado debatiendo consigo misma en silencio.

—La muerte es de mal gusto entre las hadas. —Rió tristemente—. Cuando dije que vendría a la ciudad, que iría al exilio aquí tras la muerte de Tamson, les vino muy bien. No me culpaban mucho por la muerte, pero estaba contaminado por ella.

“Silarial, la Reina de la Corte de la Luz, ordenó a Mabry que me acompañara para que pudiéramos lamentarnos juntos. El hedor a muerte se aferraba a ella también, y eso ponía nerviosas a las otras hadas. Así que tuvo que acompañarme, el asesino y la amada, y aquí debe quedarse ella hasta que yo complete los términos de mi auto—exilio o muera.

—Eso es horrible —dijo Val y ante el silencio de él comprendió lo estúpidas e inadecuadas que eran sus palabras—. Quiero decir que es obvio que es horrible, pero yo estaba pensando en la parte de enviarla a ella contigo. Es cruel.

Él resopló, casi una risa.

—Me arrancarían mi propio corazón por tener a Tamson una vez más de una pieza. Aunque fuera por un momento. Ninguna sentencia me habría molestado. Pero tener castigo y exilio apilados sobre la pena ha debido ser casi demasiado para ella.

—¿Cómo es estar aquí? Quiero decir, estar exiliado en la ciudad.

—Lo encuentro difícil. Me veo constantemente distraído por la masificación de olores, el ruido. Hay veneno por todas partes, y hierro tan cerca que hace que me pique la piel y me arda la garganta. Solo puedo imaginar como se siente Mabry.

Extendió una mano hacia él y él la tomó, pasando los dedos sobre sus callos. Val levantó la mirada hasta su cara, tratando de comunicar su simpatía, pero él le miraba intensamente la mano.

—¿De qué son? —exigió.

—¿Qué?

—Tus manos están ásperas —dijo—. Callosas.

—Lacrosse —dijo ella.

Él asintió, pero podía ver por su cara que no lo había entendido. Podía haber dicho cualquier cosa y él habría asentido igual.

—Tienes manos de caballero, —dijo finalmente, y la soltó.

Val se frotó la piel, sin estar segura de si estaba intentando borrar su recuerdo o remarcarlo.

—No es seguro que sigas haciendo entregas. —Ravus fue a uno de sus armarios y sacó una jarra en la que revoloteaban mariposas. Después sacó un diminuto rollo de papel y empezó a escribir con una caligrafía diminuta—. Te debo un gran favor que no podré devolver fácilmente, pero al menos puedo cancelar tu promesa de servidumbre.

Val miró hacia la pared donde la espada de cristal estaba colgada brillando a la luz tenue, casi tan oscura como la pared que tenía detrás. Recordó la sensación de la tubería en su mano, el subidón de adrenalina y la claridad de propósito que había sentido en el campo de lacrosse o en una pelea a puñetazo limpio.

—Quiero seguir haciendo entregas para ti, —dijo Val—. Hay algo con lo que puedes devolverme el favor, sin embargo, pero podrías no querer hacerlo. Enséñame a usar la espada.

Él levantó la mirada de donde estaba enrollando el papel y atándolo a la pata de la mariposa.

—Saber hacerlo me ha causado poca alegría.

Val esperó, sin hablar. No había dicho que no.

Ravus terminó su trabajo y sopló, lanzando al pequeño insecto al aire. Este voló un poco inestablemente, quizás desequilibrado por el trozo de papel

—¿Quieres matar a alguien? ¿A quién? ¿A Greyan? ¿Tal vez deseas morir?

Val sacudió la cabeza.

—Solo quiero saber hacerlo. Quiero ser capaz de hacerlo.

Él asintió lentamente.

—Como deseas. Es tu favor para desperdiciarlo y tu derecho a pedir.

—¿Entonces me enseñarás? —preguntó Val.

Ravus asintió de nuevo.

—Te haré tan terrible como deseas.

—No quiero ser... —empezó, pero él alzó la mano.

—Sé que eres muy valiente, —dijo.

—O estúpida.

—Y estúpida. Valiente y estúpida. —Ravus sonrió, pero entonces su sonrisa se combó—. Pero nada puede evitar que seas terrible una vez aprendes como.

Capítulo 8

*Negra leche del alba te bebemos de noche
Te bebemos de mañana y al mediodía te bebemos
Al atardecer bebemos y bebemos*
Paul Celan, "Death Fugue"

Dave, Lolli y Luis estaban sentados sobre una manta en el hormigón del parque y algunos de los hallazgos de Dave estaban desparramados ante ellos. Por debajo de la manta sobresalía el cartón que había sido colocado como barrera contra el frío que se filtraba desde la acera. Dave apoyaba la cabeza sobre la falda de Lolli que hacía girar mechones de su cabello entre las palmas, enroscando y frotándole las raíces. Lolli hizo una pausa, quitándole algo del cabello, apretándolo entre las uñas, para luego empaparse los dedos con cera que sacaba de un tarro que tenía cerca de la pierna. Dave abrió los ojos; luego volvió a cerrarlos en estado de éxtasis.

Los pies de Lolli calzados con chancletas, manchados y enrojecidos a causa del frío, acariciaban el muslo de Luis. Este tenía un libro abierto delante, y bizqueaba ante él debido a la creciente oscuridad.

—Hey, chicos, —dijo Val, sintiéndose tímida mientras avanzaba hacia ellos, como si dos o tres días de ausencia la volvieran a convertir en una extraña.

—¡Val! —Lolli se liberó de debajo de Dave, dejando que se las arreglara solo tratando de apoyarse sobre los codos e intentando evitar golpearse la cabeza contra el pavimento. Corrió hacia Val, rodeándola con los brazos.

—¡Ey, mi pelo! —grito Dave.

Val abrazó a Lolli, aspirando el olor a ropa sucia, sudor y cigarrillos, y sintiendo un intenso alivio.

—Luis nos contó lo que pasó. Estás loca. —Lolli sonrió, como si fuera un gran elogio.

Val dirigió la mirada hacia Luis, que la miraba por encima del libro con una sonrisa que hacía que su cara pareciera atractiva. Sacudió la cabeza.

—Está loca. Medirse mano a mano con un maldito ogro. La chalada Lolli, el superficial Dave, la loca Val. Sois un puñado de fenómenos.

Val hizo una reverencia formal, inclinando la cabeza en su dirección, y luego se sentó sobre la manta.

—Chalado Luis, es más adecuado, —dijo Lolli, pateando la chancleta en su dirección.

—El tuerto Luis, —dijo Dave.

Luis hizo una mueca.

—Cabeza de insecto Dave.

—La Princesa Luis, —dijo Dave—. El Príncipe Valiant.

Val se echó a reír, recordando la primera vez que Dave la había llamado así.

—Que tal Temeroso Dave.

Luis se inclinó hacia delante, aferrando a su hermano con una llave de cabeza, haciendo que rodaran ambos sobre la manta, y dijo,

—¿Qué te parece Hermanito? ¿Hermanito Dave?

—Ey, —dijo Lolli—. ¿Y que hay de mí? Yo quiero ser una princesa como Luis.

Ante eso, los hermanos se separaron, riendo. Val se recostó nuevamente sobre la manta y el cartón, el aire frío hacía que el vello se le erizara en los brazos, incluso a través del abrigo. New Jersey parecía muy lejano, el instituto un extraño ritual sin sentido. Sonrió alegremente.

—¿Luis dijo que alguien creía que estábamos envenenando a las hadas? —preguntó Lolli. Se había puesto otra manta sobre los hombros y se estiraba para alcanzar la cera.

—O Ravus, —dijo Val—. Ravus dijo algo sobre detener las entregas. Cree que puede ser demasiado peligroso para nosotros.

—Como si realmente le importara, —dijo Luis—. Apuesto a que hizo una gran y obsequiosa demostración de agradecimiento, pero aún eres una rata para él, Val. Sólo una rata que realizó un excelente truco.

—Soy consciente de ello, —mintió Val.

—Si quiere que dejemos de hacer entregas es para salvar su propio pellejo. — Había algo en la cara de Luis mientras hacía esa declaración, tal vez la forma en que miraba a través de ella hacia la nada, que la hizo preguntarse si estaba totalmente convencido de lo que decía.

—Tiene que ser Ravus el que las está envenenando, —dijo Dave—. Haciendo que nosotros llevemos a cabo el trabajo sucio. Nosotros no sabemos lo que transportamos.

Val se giró para mirarlo.

—No lo creo. Mientras estaba allí, la mujer de pies de cabra... Mabry... llegó. Él le dijo algo acerca de escribir a la Reina de la Luz. Me imagino que si la Corte es una pandilla, entonces la ciudad es en cierta forma el territorio de la Reina. ¿En cualquier caso, por qué escribiría a la Reina si es culpable?

Dave se sentó erguido, desprendiendo sus rizos de los dedos de Lolli.

—Va a culparnos a nosotros. Luis acaba de decirlo... somos todos ratas para ellos. Cuando hay algún problema, lo que haces es envenenar a las ratas y te largas.

Val fue penosamente consciente de que había sido veneno de rata lo que había matado a la sirena. Envenenar a las ratas. Veneno para ratas. Una mirada a Luis le indicó que este permanecía indiferente, aunque mordía un hilo suelto de sus guantes sin dedos.

Luis miró hacia arriba y captó la mirada de Val, pero no tenía ninguna expresión en la cara, ni culpable ni inocente.

—Es raro, —dijo—. Que con la mierda que todos os metéis por la nariz y por los brazos nunca os hayáis visto afectados por el veneno.

—¿Crees que lo hice yo? —preguntó Lolli.

—Tú eres el que odia a las hadas, —dijo Dave, hablando al mismo tiempo que Lolli por lo que sus palabras se superpusieron—. Tú eres el que ve toda esa mierda.

Luis alzó las manos.

—Esperad un maldito minuto. No creo que ninguno de nosotros envenenara a ninguna hada. Pero tengo que estar de acuerdo con Val. Ravus me interrogó acerca de un montón de cosas la otra noche. Me hizo... —Fruunció el ceño en dirección a Lolli—. Algunas fueron acerca de cómo vosotras dos terminaseis arrastrándoos hasta su guarida, pero me preguntó directamente si yo era el envenenador, si sabía quien era, si alguien me había sobornado para realizar entregas manipuladas. ¿Por qué haría todo eso si se hubiera encargado de esas hadas por sí mismo?

Val asintió. Aunque el conocimiento de que era veneno para ratas lo que había matado a las hadas la fastidiaba, recordaba la cara de Luis en el interior del puente. Estaba segura de que había sido interrogado concienzudamente. Por supuesto, podía ser que les estuvieran tendiendo una trampa, sino Ravus, otra persona.

—¿Y si algo hubiera utilizado la magia para parecerse a uno de nosotros?

—¿Por qué haría alguien algo así? —demandó Lolli.

—Para que pareciera que nosotros éramos culpables de las muertes.

Luis asintió.

—Debemos dejar de hacer entregas. Para que el culpable tenga que buscarse a otros tontos a los que inculpar.

Dave se rascó el brazo donde tenía las marcas de la navaja de afeitar.

—No podemos dejar de hacer las entregas.

—Deja de comportarte como un adicto de mierda, —dijo Luis.

—Val puede conseguir algo de Nunca, ¿verdad que puedes Val? —dijo Lolli dirigiéndole una astuta mirada a través de las pálidas pestañas.

—¿Qué quieres decir? —dijo Val, su voz sonó demasiado a la defensiva incluso a sus propios oídos. Se sentía culpable, pero no estaba segura de por qué. Miró el dedo de Lolli, tan recto como si nunca hubiera sido retorcido hasta dislocarlo.

—El troll está en deuda contigo, ¿no es así? —la voz de Lolli era muy baja, casi sensual.

—Eso supongo. —Val recordó el olor del Nunca, Nunca más, quemándose en la cuchara, y se colmó de nostalgia.— Pero pagó su deuda. Me enseñará a usar la espada.

—¿En serio? —Dave la miró con extrañeza.

—Deberías tener cuidado, —dijo Luis. De alguna forma, esas palabras hicieron que Val se sintiera inquieta de una forma que poco tenía que ver con el riesgo físico. No enfrentó la mirada de Luis, en vez de ello posó la mirada sobre un espejo con el marco roto que había sobre la manta. Sólo unos momentos antes, se había sentido genial, pero ahora la inquietud se había apoderado de su corazón y se había instalado allí.

Lolli se puso de pie súbitamente.

—Venga, —declaró, despeinando los rizos de Dave de forma que susurraron como gordas serpientes—. Olvídate de todo esto. Es hora de jugar al juego de las apariencias.

—No nos queda mucho, —dijo Dave, pero ya se estaba poniendo de pie, recogiendo las cosas de la manta.

Juntos, los cuatro fueron hacia la reja y se deslizaron por el túnel.

Luis frunció el ceño cuando Lolli sacó la arena amarilla y el equipo.

—Esto no es para mortales, sabes. No precisamente.

En la casi total oscuridad, Dave se acercó una laminilla a la nariz, prendiendo fuego bajo de ella para que el Nunca humeara. Aspiró profundamente y miró a Lolli solemnemente.

—Sólo porque algo sea mala idea no quiere decir que puedas evitar hacerlo. —su mirada se trasladó hasta Luis, y la mirada en sus ojos hizo que Val se preguntara qué estaba pensando realmente.

—Dame un poco, —dijo Val.

Los días pasaban como en un sueño enfebrecido. Durante el día, Val hacía entregas antes de dirigirse a casa de Ravus dentro del puente donde este le enseñaba esgrima en las ensombrecidas habitaciones. Luego, por la noche, se inyectaba Nunca en el brazo, y ella, Dave y Lolli hacían lo que se les ocurría. Podían dormir después o beber un poco para remontar el vacío que seguía a los subidones que les proporcionaba en Nunca, cuando el mundo se asentaba nuevamente en patrones menos mágicos. Cada vez era más y más difícil recordar las cosas básicas, como comer. El Nunca convertía las costras de pan en banquetes repletos de comida, pero no importaba cuanto comiera, Val

siempre estaba hambrienta.

—Muéstrame como sostienes una vara, —dijo Ravus, durante la primera lección. Val agarró la mitad de un palo de escoba como si fuera un stick de Lacrosse, sosteniéndolo con ambas manos, distanciadas aproximadamente por un pie.

Él le deslizó las manos más cerca y más abajo.

—Si sostienes una espada de esa forma, te cortarás la mano con el filo.

—Si, solo un idiota haría eso, —dijo Val, sólo para ver que le contestaba él.

Ravus no reaccionó a excepción de un fruncimiento de labios.

—Sé que el peso no se siente, pero con una espada, no será así. Toma. —Cogiendo la espada de cristal la depositó en sus manos—. Siente el peso. ¿Ves? Está equilibrada. Eso es lo más importante. Equilibrio.

—Equilibrio, —repitió, dejando que la espada se tambaleara en la palma de su mano.

—Esto es la hoja, —le dijo, apuntando cada parte—. Esta la empuñadura, el puño, la cruz. Cuando sostienes una espada, el extremo que apunta a tu oponente es el verdadero filo. Quieres sostener la hoja para que la punta siga a tu oponente. Ahora ponte de pie como yo.

Trató de imitarlo, las piernas separadas y un poco dobladas, un pie adelante del otro.

—Casi. —Empujó su cuerpo para situarlo en la posición adecuada, sin fijarse en donde la tocaba. Sintió que se ruborizaba cuando le abrió más los muslos, pero lo que la avergonzó más fue que solo ella parecía ser consciente de las manos que se movían sobre ella. Para él, su cuerpo no era nada más que una herramienta.

—Ahora, —le dijo—. Muéstrame como respiras.

A veces Val, Dave, Luis y Lolli hablaban sobre las cosas raras que habían visto o acerca de las criaturas con las que habían hablado. Dave les contó una vez que había ido todo el camino hasta Brooklyn para al final acabar perseguido a través del parque por una criatura con astas cortas que brotaban de su frente. Gritó y corrió, dejando caer la botella o lo que fuera, y no volvió a mirar atrás. Luis les contó que tuvo que recorrer toda la ciudad para buscar flores silvestres por encargo de un Bogan que vivía cerca de un claustro y estaba planeado una especie de cortejo. Por sus molestias, a Luis le habían dado una botella de vino que nunca se vaciaría siempre y cuando nunca miraras por el cuello. Realmente debía de ser mágica, no estar sólo embrujada, ya que funcionaba, incluso para Luis.

—¿Qué otras cosas te han dado? —preguntó Val.

—Suerte, —dijo Luis—. Y los medios para romper los hechizos de las hadas. Mi padre nunca hizo nada con su poder. Pero yo voy a ser diferente.

—¿Cómo rompes los hechizos? —preguntó Val.

—Sal. Luz. Sopa de yema. Depende del hechizo. —Luis tomo otro trago de la botella. Se tocó con un dedo la barra de metal que corría por su mejilla. —Pero más que nada hierro.

No hubo más movimientos de espada en la siguiente práctica, solo postura y juego de piernas. Atrás y adelante a través de los polvorientos tablonés, manteniendo la punta del palo de escoba apuntando hacia Ravus mientras avanzaba y retrocedía. Él la corregía cuando daba pasos muy largos, cuando estaba fuera de equilibrio, cuando su pie no estaba derecho. Ella se mordía el interior de la mejilla con frustración y

continuaba moviéndose, manteniendo la misma distancia entre los dos, esperando una batalla que nunca comenzaba.

Repentinamente él giró hacia un lado, forzándola a seguirlo adoptando una posición extraña.

—Velocidad, coordinación y equilibrio. Esas son las cosas que te harán un guerrero competente.

Apretó los dientes y nuevamente dio un paso en la dirección equivocada.

—Deja de pensar, —le dijo.

—Tengo que pensar, —dijo Val—. Dijiste que debía concentrarme.

—Pensar te hace lenta. Necesitas moverte junto conmigo. Ahora, apenas si consigues seguir mi guía.

—¿Cómo puedo saber a donde irás antes de que te muevas? Eso es estúpido.

—No es distinto a saber hacia donde es probable que se mueva tu oponente. ¿Cómo sabes hacia donde se dirigirá aproximadamente una pelota en el campo de lacrosse?

—Lo único que sabes tú sobre lacrosse es lo que yo te conté, —dijo Val.

—Podría decir lo mismo sobre lo que tú sabes acerca de luchar con espadas. —la cortó—. Ahí tienes. Lo hiciste. Estabas tan ocupada discutiendo conmigo que no te diste cuenta de que lo estabas haciendo.

Val frunció el ceño demasiado molesta para sentirse satisfecha, pero demasiado satisfecha para decir nada más.

Lolli, Dave y Val caminaban por las calles de West Village, haciendo magia para que las hojas caídas se convirtieran en un montón de sapos enojados que saltaban formando caóticos dibujos, encantando a extraños para que los besaran, y creando cualquier tipo de problemas que alguno de ellos tres pudiera concebir.

Val miró al otro lado de la calle, a través de las transparentes cortinas de un apartamento de la planta baja, con un candelabro con monos tallados y brillantes gotas de cristal en forma de lágrimas.

—Quiero entrar ahí, —dijo Val.

—Vamos, —dijo Lolli

Dave fue hasta la puerta y presionó el timbre. El intercomunicador zumbó volviendo a la vida y una voz alterada dijo algo indescifrable.

—Quisiera una hamburguesa con queso, —dijo Dave con una fuerte risa—. Un batido y aros de cebolla.

La voz habló nuevamente, más fuerte, pero aún así Val no pudo entender lo que decía.

—Déjame, —dijo, haciendo a Dave a un lado. Presionó el timbre y lo mantuvo apretado hasta que un hombre de mediana edad acudió a la puerta. Llevaba pantalones de pana desteñidos y una camiseta larga que cubría su ligera barriga. Llevaba gafas que se le habían deslizado hasta la punta de la nariz.

—¿Cuál es tu problema? —exigió.

Val sintió el Nunca bullendo en sus brazos, estallando como burbujas de champaña.

—Quiero entrar, —le dijo.

La cara del hombre se tranquilizó y abrió más la puerta. Val le sonrió mientras pasaba a su lado para entrar al apartamento.

Las paredes estaban pintadas de amarillo y de ellas colgaban pinturas hechas a dedo con marcos dorados. Una mujer estaba tirada sobre un sofá, sosteniendo un vaso

de vino. Empezó a incorporarse cuando Val entró, salpicándose la camisa con el líquido rojo. Una niña pequeña estaba sentada en la alfombra a los pies de la mujer, mirando un programa en la TV que parecía ir de ninjas pateándose unos a otros. La niñita se giró y le sonrió.

—Este lugar es tan agradable, —dijo Lolli desde la entrada—. ¿Quién vive de esta forma?

—Nadie, —dijo Dave—. Contratan limpiadores... tal vez un decorador... para que arregle sus vidas.

Val entró en la cocina y abrió la nevera. Había cajas de comida para llevar, unas pocas manzanas marchitas, y un cartón de leche. Le dio un mordisco a la fruta. Estaba marrón y arenosa en el interior pero aún así era dulce. No podía entender porque nunca antes había comido una manzana marrón.

Lolli levantó la botella de vino de la mesita de té y bebió de ella, dejando que el rojo jugo corriera por su barbilla y mejillas.

Aun comiendo la manzana, Val fue hacia el sofá donde la mujer estaba sentada medio adormecida. El precioso apartamento, con muebles de estilo y la feliz familia, le recordó a Val la casa de su padre. No encajaba aquí más de lo que encajaba allí. Estaba demasiado enojada, demasiado perturbada, demasiado sucia.

¿Y como se suponía que iba a decirle a su padre lo que había pasado con Tom y su madre? Era como confesarle que era mala en la cama o algo así. Pero no contárselo era dejar que su nueva mujer la etiquetara como material para la película del siglo, una atribulada adolescente que huía buscando un profundo amor. "Ves, diría Linda—. Es igual que su madre".

—Nunca te gusté, —le dijo a la mujer del sofá.

—Si, —repitió la mujer como un robot—. Nunca me gustaste.

Dave empujó al hombre a una silla y se giró hacia Lolli.

—Podríamos hacer que se fueran, —dijo—. Sería muy fácil. Podríamos vivir aquí.

Lolli se sentó cerca de la niña y cogió uno de sus oscuros rizos.

—¿Qué estás viendo?

La niña se encogió de hombros.

—¿Te gustaría venir a jugar con nosotros?

—Claro, —dijo la pequeña niña—. Este programa es aburrido.

—Empecemos por vestirte, —dijo Lolli, guiándola a una habitación de la parte de atrás.

Val miró al hombre. Se le veía dócil y feliz en su silla, mirando la televisión.

—¿Dónde está tu otra hija? —le preguntó.

—Sólo tengo una, —dijo, con apacible desconcierto.

—Sencillamente quieres olvidarte de la otra. Pero ella todavía está aquí.

—¿Tengo otra hija?

Val se sentó en el brazo de su silla y se inclinó más cerca, bajando la voz a un murmullo.

—Ella es un símbolo de la espectacular cagada que fue tu primer matrimonio. Cada vez que la ves, te recuerda lo viejo que estás. Te hace sentir vagamente culpable, como si tal vez tuvieras que saber qué deporte practica o cuál es el nombre de su mejor amiga. Pero no quieres saber ese tipo de cosas. Si las supieras, no podrías olvidarte de ella.

—Ey, —dijo Dave, sosteniendo una botella de coñac que estaba casi llena—. A Luis le gustará tomar un poco de esto.

Lolli entró otra vez en la habitación llevando puesta una chaqueta de cuero color

mantequilla derretida y un collar de perlas. La niña tenía una docena de broches de brillantes con incrustaciones de falsas piedras preciosas en el cabello.

—¿Al menos eres feliz? —le preguntó Val a la mujer.

—No lo sé, —dijo la mujer.

—¿Cómo puedes no saberlo? —gritó Val. Levantó una silla y la arrojó contra el televisor. La pantalla estalló y todo el mundo pegó un salto—. ¿Eres feliz?

—No lo sé, —dijo la mujer.

Val volcó una estantería, provocando que la niña gritara. Se oían gritos al otro lado de la puerta.

Dave comenzó a reír.

La luz del candelabro se reflejaba en los cristales, enviando resplandecientes chispas que brillaron sobre las paredes y el techo.

—Vámonos. —dijo Val—. Ellos no saben nada.

El gatito gemía y gemía, arañando a Lolli con sus pequeñas uñas afiladas, saltando sobre ella con su suave cuerpecito.

—Cállate, Polly, —murmuró Lolli, dándose la vuelta y cubriéndose la cabeza con una gruesa manta.

—Tal vez esté aburrida, —dijo Val amodorradamente.

—Tiene hambre, —dijo Luis—. Dale de comer de una maldita vez.

Maullando, Polly saltó sobre la espalda de Lolli, enredándose en su cabello.

—Sal de encima mío, —le dijo Lolli a la gata—. Ve a cazar unas ratas. Eres lo suficientemente mayor como para arreglártelas sola.

Un chillido de metal contra metal y una tenue luz anunciaron que se aproximaba un tren. El retumbar ahogó los aullidos de la gata.

En el último momento, cuando toda la plataforma estuvo inundada de luz Lolli tiró a Polly a las vías, justo delante del tren. Val saltó, pero era demasiado tarde. La gata había desaparecido y el cuerpo de metal del tren pasó tronando.

—¿Por qué mierda has hecho eso? —gritó Luis.

—De todas formas siempre estaba meándolo todo, —dijo Lolli, enroscándose sobre sí misma hasta formar una pelota y cerrando los ojos.

Val miró a Luis, pero él desvió la mirada.

Una vez Ravus estuvo satisfecho con su postura, le enseñó un movimiento e hizo que lo repitiera hasta que le dolieron todos los miembros y estuvo convencida de que él creía que era estúpida, hasta que estuvo segura de que no sabía como enseñarle nada a nadie. Le enseñaba cada movimiento hasta que se convertía en algo automático, en un hábito, tanto como lo era el morderse la piel de las cutículas o clavarse una aguja en el brazo.

—Exhala, —gritaba él—. Coordina tu exhalación con tu golpe.

Ella asentía y trataba de recordar hacerlo, trataba de hacerlo todo.

A Val le gustaba bucear en los basureros con Superficial Dave, le gustaba caminar por las calles, disfrutaba de la caza y de los ocasionales descubrimientos maravillosos... como el montón de mantas acolchadas con pespuntes plateados que los hombres de las mudanzas utilizaban para proteger los muebles que encontraron apiladas cerca de un contenedor, y que los mantuvo a los cuatro calientes como ratoncitos

mientras pasaba noviembre, o el precioso teléfono de disco por el que alguien había pagado diez pavos. Aunque la mayoría de las veces, estaban demasiado aturridos por el Nunca como para poder hacer las viejas rondas. Era muy fácil obtener lo que querían. Todo lo que tenían que hacer era pedirlo.

Un reloj. Una cámara. Un anillo de oro.

De cualquier forma, esas cosas se vendían mejor que un puñado de porquerías.

Entonces finalmente Ravus, la dejó empezar a combinar los movimientos y comenzar a entrenar. Los brazos más largos de Ravus le proporcionaban una continua ventaja, aunque no la necesitaba. Era despiadado, golpeándola con el palo de escoba y tirándola al suelo, arrojándola de espaldas contra las paredes, golpeando su propia mesa cuando ella trató de situarla entre los dos. El instinto y años de deporte combinados con la desesperación la dejaban conectar ocasionalmente algún golpe.

Cuando lograba golpearlo con el palo en el muslo, era genial observar el aspecto de su cara, furia que cambiaba a sorpresa y luego a placer en tan sólo un momento.

Retrocediendo, comenzaban otra vez, andando en círculos acechándose el uno al otro. Ravus hizo un amague y Val lo eludió, pero al hacerlo, la habitación comenzó a dar vueltas. Se desplomó contra la pared.

La vara de él se estrelló contra su otro costado. El dolor la hizo boquear.

—¿Qué pasa contigo? —le gritó—. ¿Por qué no bloqueaste el golpe?

Val se forzó a ponerse derecha, hundiéndose las uñas en la palma de la mano y mordiéndose el interior de la mejilla. Aún estaba mareada, pero pensó que tal vez podía fingir que no lo estaba.

—No lo sé.... Mi cabeza.

Ravus blandió el palo de escoba contra la pared, agrietando la madera y arañando la piedra.

Dejando caer los restos de la vara, se dio la vuelta hacia ella, con los ojos negros ardiendo como una forja de hierro.

—¡Nunca deberías haberme pedido que te enseñara! No puedo refrenar mis golpes. Resultaras herida por culpa mía.

Ella dio un inseguro paso atrás, viendo los restos de la vara flotando en su campo visual.

Él respiró hondo, estremeciéndose con inspiraciones que parecían calmarlo.

—Puede que fuera la magia en la habitación la que te desestabilizó. Con frecuencia puedo olerlo en ti, en tu piel, en tu cabello. Quizás, estás demasiado tiempo en contacto con ella.

Val sacudió la cabeza y levantó su vara, asumiendo la posición inicial.

—Ya estoy bien.

La miró, dirigiéndole una intensa mirada.

—¿Es el encanto lo que te está debilitando o lo que sea que haces cuando estás allí afuera en la calle?

—No importa, —dijo ella—. Quiero pelear.

—Cuando era niño, —dijo, sin hacer ningún movimiento para cambiar de postura—, Mi madre me enseñó como pelear con las manos antes de dejarme usar ninguna clase de arma. Ella y mis hermanos y hermanas podían vencerme con facilidad, me tiraban nieve y hielo hasta que me ponía furioso y atacaba. El dolor no era excusa, ni la enfermedad. Se suponía que todo eso alimentaba mi ira.

—No estoy poniendo excusas.

—No, no, —dijo Ravus—. Eso no era lo que quería decir. Siéntate. La furia no

te hace mejor espadachín, te conviertes en un espadachín inestable. Debería haberme dado cuenta de que estabas enferma, pero todo lo que vi fue la debilidad. Ese es mi defecto y no quiero que sea el tuyo.

—Odio no ser buena en esto, —dijo Val mientras se dejaba caer en un taburete.

—Eres buena. Odias no ser excelente.

Ella se echó a reír pero el sonido terminó sonando falso. Se sentía contrariada por que el mundo todavía no hubiera dejado de moverse y aún más molesta por su enojo.

—¿Por qué te dedicas a elaborar pociones cuando tienes todo este entrenamiento como espadachín?

Él sonrió.

—Después de dejar las tierras de mi madre, traté de dejar la espada. Quería hacer algo por mí mismo.

Ella asintió.

—Aunque algunos entre los de la familia se escandalizarían, aprendí a elaborar pociones de una humana. Ella preparaba remedios, pociones y cataplasmas para otros mortales. Podrías suponer que la gente ya no hace esas cosas pero en ciertos lugares, aún lo hacen. Siempre fue atenta conmigo, una distante cortesía, como si pensara que estaba apaciguando a un espíritu vagabundo. Creo que sabía que yo no era mortal.

—Pero ¿Qué pasa con el Nunca? —preguntó Val.

—¿El qué?

Podía ver que él nunca lo había oído llamar así. Se preguntó si tenía la menor idea de lo que le hacía a los humanos. Val sacudió la cabeza, como si estuviera tratando de borrar las palabras.

—La magia de las hadas. ¿Cómo aprendiste qué cosas harían mágicas las pociones?

—Ah, eso. —Él sonrió de una forma casi ridícula. —Ya conocía la parte mágica.

En los túneles, Val practicaba el movimiento para realizar un corte, la forma en que tenía que ladear las manos como si estuviera retorciendo una toalla de cocina. Practicaba la arrolladora figura en ocho y la rotación de la espada entre las manos como las muchachas ondeaban las banderas en un partido para señalar el descanso. Oponentes invisibles danzaban en las inquietas sombras siempre más veloces y mejor equilibrados, con una coordinación perfecta.

Pensaba en los entrenamientos de lacrosse, el adiestramiento en pases con la parte trasera del palo y en quiebros de espada y quiebros cambiando de mano. Recordó haber aprendido a darle a la pelota con el mango del palo contra la pared para luego atraparla detrás de la espalda o entre las piernas.

Ensayaba esos movimientos con su palo de escoba. Sólo para ver si podía hacerlos. Sólo para ver si había algo que pudiera aprender. Hizo rebotar una lata de refresco con la empuñadura provisional de su palo, luego le pegó con el costado del pie, impulsándola contra las sombras que le servían de oponentes.

Val observó su rostro en una ventana mientras la golpeaba el torrente de poder. Su piel era como arcilla, interminablemente maleable. Podía cambiar a cualquiera cosa que quisiera, agrandar sus ojos como un personaje de anime, estirar la piel de sus pómulos en una mueca sarcástica afilada como un cuchillo.

Su frente ondeó, su boca se afinó, y su nariz se hizo larga y curva. Era fácil

hacerse hermosa... se había aburrido de eso... pero siempre era interesante hacerse grotesca. Había infinitas maneras de hacerlo.

Val estaba jugando un juego del que no recordaba el nombre, donde estabas atrapada en el interior de la torre del nigromante, y tenías que correr por interminables escaleras. Por el camino, recogías pociones. Algunas de ellas te hacían más pequeña, otras te hacían muy alta, para que pudieras pasar a través de todas las diferentes puertas. En alguna parte había un alquimista atrapado muy alto, tan alto que no podía ver nada de lo que pasaba por debajo de él. También en algún lugar había un monstruo, pero a veces el alquimista era el monstruo y otras el monstruo era el alquimista. Tenías una espada en la mano, pero esta no cambiaba cuando tú lo hacías, por lo que a veces era un mondadientes afilado en tu mano o una cosa enorme que tenías que arrastrar detrás de ti.

Cuando Val abrió los ojos, vio que estaba yaciendo sobre la acera, le dolían las caderas y la espalda, y tenía la huella del pavimento en la mejilla. La gente pasaba en un continuo flujo. Se había perdido el entrenamiento otra vez.

—¿Qué le pasa a esa señora? —oyó preguntar a la voz de un niño.

—Sólo está cansada, —contestó una mujer.

Era cierto; Val estaba cansada. Cerró los ojos y volvió al juego. Tenía que encontrar al monstruo.

Algunas tardes llegaba al puente sin haber descansado la noche anterior, con el encanto aún lamiendo sus venas, sintiendo los ojos carbonizados en los extremos como si hubieran sido delineados con cenizas, y la boca seca, con una sed que no podía aplacar. Trataba de mantener las manos firmes, tratando de evitar que temblaran y revelaran su debilidad. Cuando erraba un golpe, trataba de fingir que no era porque se sintiera mareada o enferma.

—¿Estás indispuesta? —le preguntó Ravus una mañana cuando se encontraba especialmente trémula.

—Estoy bien, —mintió Val. Sentía las venas secas. Podía sentir las pulsar a lo largo de los brazos, las negras heridas del interior de los codos endurecidas y latentes.

Él se encaramó al borde de la mesa de trabajo haciéndole señas ante la cara con su palo de práctica como si fuera una varita mágica. Val estiró la mano automáticamente, pero si él hubiera estado intentando golpearla hubiera resultado ser muy lenta para evitarlo.

—Estás notablemente pálida. Tus intentos de bloqueo son tristes... —dejó sin terminar la oración.

—Supongo que estoy un poco cansada.

—Hasta tus labios están pálidos, —le dijo, delineándolos en el aire con la hoja de madera.

Su mirada era intensa, firme. Quería abrir la boca y contárselo todo, hablarle del robo de la droga, del encanto que les habían dado, de los confusos sentimientos que parecían estar bloqueándose a sí mismos en su interior, pero en cambio se encontró dando un paso hacia delante haciendo que él tuviera que dejar de gesticular y echara el palo hacia un lado para no lastimarla con él.

—Solo tengo frío, —dijo suavemente. Siempre tenía frío estos días, pero era invierno, así que tal vez no fuera tan raro.

—¿Frío? —hizo eco Ravus. Tomo su brazo y lo frotó entre las manos, mirándoselas después como si lo estuvieran traicionando—. ¿Mejor? —preguntó

cautelosamente.

La piel de él se sentía caliente, aún a través de la tela de la camisa, y su tacto era a la vez tranquilizador y electrizante. Se reclinó contra él sin pensarlo. Los muslos de él se separaron, la áspera tela negra arañó contra sus tejanos mientras se acomodaba entre las largas piernas.

Los ojos de él estaban entrecerrados mientras se apartaba de la mesa, sus cuerpos se deslizaban juntos, todavía la cogía de las manos. Entonces, súbitamente, se quedó congelado.

—¿Algo va mal...? —empezó, pero él se apartó bruscamente.

—Debes irte, —dijo, caminando hacia la ventana y quedándose allí de pie. Sabía que él no se atrevería a correr las cortinas mientras fuera de día—. Vuelve cuando te sientas mejor. No nos hace bien a ninguno de los dos practicar cuando te sientes enferma. Si necesitas algo, yo podría...

—Dije que estaba bien, —repitió Val, con la voz un poco más alta de lo que pretendía. Pensó en su madre. ¿Se le habría insinuado a Tom de esta forma? ¿Se habría apartado él de la misma forma la primera vez?

Ravus todavía estaba vuelto hacia la ventana cuando ella cogió una botella entera de Nunca y la metió en su mochila.

Esa noche Lolli y Dave la felicitaron por su logro, gritando su nombre tan fuerte que la gente se detenía en la reja que había sobre ellos. Luis estaba sentado entre las sombras, jugueteando con el piercing que tenía en la lengua, en silencio.

A la mañana siguiente se derrumbó en el inmundo colchón, como hacía la mayoría de las mañanas, y cayó profundamente dormida en un descanso sin sueños, como si nunca hubiera conocido otro tipo de vida aparte de esta.

Capítulo 9

Aquellos que contienen sus deseos lo hacen porque estos son lo suficientemente débiles como para ser refrenados.

William Blake, "El Matrimonio entre el cielo y el infierno"

Val despertó con alguien tirándole del cierre de los vaqueros. Podía sentir unos dedos en la cinturilla, como torcían y giraban un botón para desabrocharlo.

—Déjame, —dijo, incluso antes de darse cuenta de que era Dave el que estaba encorvado sobre ella. Se retorció para alejarse de él y se sentó, todavía inundada por los restos de Nunca. Tenía la piel sudada, a pesar del aire frío que salía de la rejilla y sentía la boca tan seca como la arena.

—Vamos, —susurró él. —Por favor.

Ella se miró los dedos y vio la pintura azul de uñas de Lolli. Las botas blancas de Lolli estaban en sus pies y pudo ver largos mechones de pelo azul descolorido sobre sus hombros.

—No soy ella, — dijo. Tenía la voz espesa por el sueño y la confusión.

—Podrías simularlo, — dijo Superficial Dave. —Y yo puedo ser cualquiera que tú quieras. Transfórmame en quien quieras.

Val sacudió la cabeza, dándose cuenta que él la había transformado para que fuera Lolli, preguntándose si lo había hecho antes con otras, preguntándose si Lolli lo sabía. La idea de jugar a ser otras personas era aterradora, pero con los restos de Nunca hormigueando todavía dentro de ella, se sentía intrigada por la absoluta maldad de todo el asunto. Sentía la misma emoción que la había impulsado a los túneles, el vertiginoso placer de hacer una elección que era claramente, obviamente errónea.

Cualquiera. Miró hacia Lolli y Luis, durmiendo juntos, cerca, pero sin tocarse. Val se permitió imaginarse la cara de Luis en Dave. Era sencillo; sus caras no eran tan diferentes. La expresión de Dave cambió, tomando la aburrida y fastidiada que era tan característica de Luis.

—Sabía que le escogerías a él, — dijo Dave.

Val inclinó la cabeza hacia delante y se sorprendió cuando el pelo le cubrió la cara. Se había olvidado de cómo te hacía sentir la protección del pelo.

—Yo no he escogido a nadie.

—Pero lo harás. Quieres hacerlo.

—Quizás.— La mente de Val hizo que la figura que se erguía sobre ella fuera más familiar. La brillante cresta de Tom tesa por la laca y cuando sonrió, sus mejillas se arrugaron. Incluso podía oler el familiar aroma a su colonia de pachulí. Se dejó llevar, inundándose de la sensación de haber vuelto a casa y de que nada de esto había ocurrido nunca.

El Tom sobre ella suspiró con lo que ella creyó que era alivio y sus manos se metieron bajo su camisa.

—Sé que estás sola.

—No estoy sola, —dijo Val automáticamente, retrocediendo. No sabía si estaba mintiendo o no. ¿Se había sentido sola? Pensó en las hadas y en su incapacidad para mentir y se maravilló de lo que pasaba cuando no sabías cual era la verdad.

Ante sus pensamientos sobre las hadas, la piel de Tom se volvió verde, su pelo

se ennegreció y se derramó sobre sus hombros hasta que fue a Ravus al que vio, los largos dedos de Ravus los que tocando su piel y sus ojos ardientes los que la miraban.

Se encontró congelada, sintiendo repulsión por su propia fascinación. La inclinación de la cabeza era la justa, la expresión curiosa.

—No me deseas a mí, — dijo ella, pero no estaba segura si estaba hablándole a la imagen de Ravus que tenía delante o a Dave.

Él presionó su boca contra la de ella y sintió la mordedura de sus dientes contra los labios y se estremeció de deseo y de miedo.

¿Cómo no había sabido que era esto lo que quería, cuando ahora no deseaba nada más? Sabía que no era realmente Ravus y que era obsceno imaginarse que lo era, pero le dejó aflojarle los vaqueros sobre los muslos de todas formas. El corazón le golpeaba contra el pecho, como si estuviera corriendo, como si estuviera en algún peligro, pero levantó los brazos y enredó los dedos en el negro y engrasado cabello. El largo cuerpo de él se colocó sobre el de suyo y ella apretó los músculos de su espalda, concentrándose en el hueco de su cuello, el brillo dorado de sus ojos hendidos, mientras intentaba ignorar los gruñidos de Dave. Casi era suficiente.

A la tarde siguiente, mientras Ravus enseñaba a Val una serie de movimientos sujetando la espada de madera, ella examinaba su cara hermética, remota y se desesperó. Antes, había sido capaz de convencerse a sí misma de que no sentía nada por él, pero ahora se sentía como si hubiera saboreado una comida que la había dejado muerta de hambre esperando un banquete que nunca se produciría.

Regresando desde el puente, pasó cerca de dónde paraba el Autobús Dragón. Tres prostitutas tiritaban en sus faldas cortas. Una chica que llevaba un abrigo de imitación de piel de caballo se dirigió hacia Val con una sonrisa, después se dio la vuelta para alejarse cuando se dio cuenta de que Val no era un chico.

En el siguiente bloque, cruzó la calle para evitar a un hombre con barba que llevaba una minifalda y unas botas blandas con los cordones desatados. El vapor subía por debajo su falda mientras orinaba en la acera.

Val escogió su camino a través de las calles hacia la entrada a al túnel de la plataforma. Mientras se acercaba al aparcamiento de hormigón, vio a Lolli discutiendo con una chica que llevaba un enorme abrigo de piel con una mochila puntiaguda de caucho sobre él. Durante un momento, Val sintió una curiosa sensación de desorientación. La chica le era familiar, pero estaba tan absolutamente fuera de contexto que Val no pudo ubicarla.

Lolli levantó la mirada. La chica se giró y siguió la mirada de Lolli. Su boca se abrió sorprendida. Empezó a dirigirse hacia Val con sus botas de plataforma y un saco de harina bajo el brazo. Fue sólo fue entonces cuando Val se dio cuenta de que alguien había pintado una cara en la harina y cayó en la cuenta que estaba mirando a Ruth.

—¿Val? — el brazo de Ruth se extendió como para alcanzar a Val, pero después se lo pensó mejor.

—Guau. Tu pelo. Deberías haberme dicho que ibas a cortártelo. Podría haberte ayudado.

—¿Cómo me has encontrado?— preguntó Val adormecida.

—Tú amiga, —Ruth volvió la vista hacia Lolli con escepticismo.— Contestó a tu teléfono.

Val buscó automáticamente en su mochila, aún sabiendo que su teléfono no debía estar dentro.

—Lo tenía apagado.

—Lo sé. He intentado llamarte tropecientos veces y tu buzón de voz está lleno. Estaba flipando.

Val asintió, demasiado perpleja para saber qué decir. Era consciente de las manchas de tierra en sus pantalones, de las medias lunas negras en las uñas y del hedor de su cuerpo, olía de tal forma que revolcarse en un baño público con la ropa puesta realmente no hubiera mejorado mucho la cosa.

—Escucha, —dijo Ruth—. He traído a alguien para que te conozca—. Le mostró el saco de harina. Tenía dibujados ojos con perfilador negro y una pequeña y fruncida boca sombreada con brillante pintura azul de uñas—. Nuestro bebé. Ya sabes, es duro para él que una de sus madres se haya ido y es duro para mí ser madre soltera. En clase de salud tengo que hacer todos los deberes sola. —Ruth le dirigió a Val una sonrisa vacilante.— Siento haber sido tan gilipollas. Debería haberte hablado de Tom. Empecé a hacerlo como un millón de veces. Honestamente, nunca encontré las palabras para escupirlo todo.

—No importa ya, —dijo Val—. No tengo interés en Tom.

—Mira, —dijo Ruth—. Está helando. ¿Podemos entrar? He visto un lugar con té calentito no muy lejos de aquí.

¿Estaba helando? Val estaba tan acostumbrada a tener frío cuando no usaba Nunca que le parecía normal tener los dedos entumecidos y sentir la médula como si estuviera hecha de hielo.

—Vale, —dijo.

Lolli tenía una expresión pagada de sí misma en la cara. Encendió un cigarrillo y expulsó corrientes gemelas de humo blanco por sus fosas nasales.

—Le diré a Dave que volverás pronto. No quiero que se preocupe por su nueva novia.

—¿Qué? —Por un momento, Val no entendió lo que quería decir. Haberse acostado con Dave le parecía algo absolutamente irreal, algo que había hecho en mitad de la noche, borracha de encanto.

—Dijo que vosotros dos lo habíais hecho la pasada noche. —Lolli sonaba altanera, pero Dave obviamente no le había dicho que Val se había parecido a ella cuando lo habían hecho. Eso llenó a Val de un alivio vergonzoso.

Ahora entendía por qué estaba Ruth allí, por qué Lolli había descolgado su teléfono y montado ésta escena. Estaba castigando a Val.

Supuso que simplemente se lo merecía.

—No fue gran cosa. Sólo algo que hubo que hacer. —Val hizo una pausa—. Solo intenta ponerte celosa.

Lolli pareció sorprendida y entonces de repente se encogió.

—Es que no pensé que él te gustara de esa forma.

Val se encogió de hombros.

—Volveré dentro de un rato.

—¿Quién es? —preguntó Ruth mientras se dirigían al salón de té.

—Lolli, —dijo Val—. Está bien, la mayoría de las veces. Me estoy quedando con ella y con algunos de sus amigos.

Ruth asintió.

—Podrías venir a casa, sabes. Podrías quedarte conmigo.

—No creo que tu madre estuviera de acuerdo. —Val abrió la puerta de cristal y madera y caminó hacia el olor a leche azucarada. Se sentaron en una mesa del fondo, deslizándose en los pequeños compartimentos de palo de rosa que el lugar tenía como asientos. Ruth repicó con los dedos en el cristal del tablero de la mesa como si los nervios se le hubieran asentado en la piel.

La camarera vino y pidieron té de perla negro, tostadas con leche condensada y mantequilla de coco, y rollos de primavera. La camarera miró fijamente a Val durante un momento largo antes de abandonar la mesa, como si estuviera evaluando que pudiesen pagar realmente.

Val inspiró profundamente y resistió la urgencia de morderse la piel de alrededor de los dedos.

—Es tan extraño que estés aquí.

—Pareces enferma, —dijo Ruth—. Estás demasiado flaca y tus ojos son una gran contusión.

—Yo...

La camarera dejó su pedido en la mesa, interrumpiendo cualquier cosa que Val hubiera tenido intención de decir. Agradecida por la distracción, Val hurgó en su bebida con la paja gruesa y azul, y después sorbió un largo trago de viscosa tapioca y dulce té. Todo lo que hacía parecía lento, los miembros le pesaban tanto que mascar la tapioca le hacía sentirse exhausta.

—Sé que vas a decirme que estás bien, —dijo Ruth—. Sólo dime que no me odias realmente.

Val sintió que algo dentro de ella flaqueaba y finalmente fue capaz de empezar a explicarse.

—Ya no estoy enfadada contigo. Me siento como una gilipollas, sin embargo, y mi madre... Simplemente no puedo volver. Al menos no todavía. No intentes llevarme por ahí.

—¿Cuándo entonces? —preguntó Ruth—. ¿Dónde te estás quedando?

Val sólo sacudió la cabeza, metiéndose otro trozo de tostada en la boca. Pareció derretírsele en la boca, antes de darse cuenta se las había comido todas. En otra mesa, un grupo de chicas cubiertas de brillo estalló en carcajadas. Dos hombres de Indonesia las miraban asombrados.

—¿Entonces, cómo has llamado al niño? —preguntó Val.

—¿Qué?

—Nuestro bebé de harina. Del que he huido sin pagar su manutención.

Ruth hizo una mueca.

—Sebastián. ¿Te gusta?

Val asintió.

—Bueno, ahí va algo que probablemente no te gustará, —dijo Ruth—. No me voy a ir a casa a menos que vengas conmigo.

Sin importar lo que dijera, Ruth no quiso oír hablar de dejarla. Finalmente, pensando que viendo la auténtica mierda en la que se metía la convencería, Val la llevó abajo, a la plataforma abandonada. Con alguien más allí, Val fue consciente de nuevo del hedor del lugar, a sudor, orines y al polvo de Nunca quemado, los huesos de animales por ahí tirados y los montones de ropa que nunca se movían porque hormigueaban de chinches. Lolli había desenrollado su kit y estaba echando algo de Nunca en una cuchara. Dave estaba ya 'ido', el humo de su cigarro formaba siluetas de dibujos animados que se perseguían unos a otros con martillos.

—Debes de estar vacilándome, —dijo Luis—. Déjame adivinar. Otro gato descarriado para que Lolli lo tire a las vías.

—¿V... Val? —La voz de Ruth tembló mientras miraba alrededor.

—Ésta es mi mejor amiga, Ruth, —dijo Val antes de darse cuenta de lo infantil que sonaba eso. —Vino buscándome.

—Yo creía que nosotros éramos tus mejores amigos. —Dave sonrió de forma ligeramente lasciva y Val lamentó haberle dejado tocarla, dejándole creer que tenía algún poder sobre ella.

—Todos somos los mejores amigos, —dijo Lolli, lanzándole una mirada mientras dejaba reposar una pierna sobre la de Luis, con su bota casi tocándole la ingle—. Los mejores de los amigos.

La cara de Dave se arrugó.

—Si *tú* fueras una amiga de cualquier clase, no la arrastrarías a ésta mierda, —le dijo Luis a Val, retorciéndose lejos de Lolli.

—¿Cuánta gente hay aquí abajo? Salid a dónde pueda veros, —gritó una voz malhumorada.

Dos policías bajaban por las escaleras. Lolli se quedó helada, con la cuchara en la mano todavía sobre el fuego. La droga comenzó a ennegrecer y quemarse. Dave se rió, una extraña risa loca que siguió y siguió.

Haces de linternas atravesaron la oscura estación. Lolli soltó la cuchara, se había calentado demasiado para poder sostenerla, y los haces de luz convergieron en ella, moviéndose después para cegar a Val. Esta se cubrió los ojos con la mano.

—Todos vosotros. —Uno de los policías era una mujer, su rostro era duro—. Quedaros contra la pared, las manos sobre la cabeza.

Uno de los rayos de luz apuntó a Luis y el policía le dio una ligera patada.

—Venga. Vamos. Habíamos oído informes de que había chicos aquí, pero no me los había creído.

Val se levantó lentamente y caminó hasta la pared, con Ruth tras ella. Se sentía tan enferma de culpabilidad que quiso vomitar.

—Lo siento, —susurró.

Dave sólo permaneció torpemente en el medio de la plataforma. Estaba temblando.

—¿Algo va mal? —gritó la policía. No era del todo una pregunta. —¡Contra la pared! —En ese momento sus palabras se convirtieron en ladridos. Donde antes había estado la policía había ahora un gran perro negro, mayor que un Rottweiler, con espuma saliéndole por la boca.

—¿Qué demonios? —El otro policía se giró, sacando la pistola—. ¿Es vuestro perro? Llamadle.

—No es nuestro perro, —dijo Dave con una misteriosa sonrisa.

El perro se giró hacia Dave gruñendo y ladrando. Dave sólo se rió.

—¿Masollino? —vociferó el policía—. ¿Masollino?

—Deja de joderla, —gritó Luis—. Dave, ¿qué estás haciendo?

Ruth bajó los brazos de la cabeza.

—¿Qué está pasando?

Los dientes del perro eran brillantes mientras avanzaba hacia el policía. Este le apuntó con la pistola y el perro se detuvo. Lloriqueó y él vaciló.

—¿Dónde está mi compañera?

Lolli soltó una risita y el hombre miró hacia atrás rápidamente para después volver a mirar al perro.

Val dio un paso al frente con Ruth cogiéndole todavía el brazo tan fuertemente que dolía.

—Dave, —siseó—. Vamos, déjalo.

—¡Dave! —gritó Luis—. ¡Tráela de vuelta!

El perro se movió en ese momento, girándose y saltando hacia donde estaban ellos, con la lengua colgante convertida en un latigazo de rojo en la oscuridad.

Se produjeron dos pequeñas explosiones agudas, seguidas de un silencio. Val abrió los ojos, apenas consciente de que los había cerrado. Ruth gritó.

Yaciendo en el suelo estaba la policía, sangrando por el cuello y el costado. El otro policía miraba con horror su propia pistola. Val se que quedó congelada, demasiado atontada como para moverse, sintiendo los pies de plomo. Su mente todavía buscaba a tientas una solución, alguna forma de deshacer lo que se había hecho. Esto era sólo una ilusión, se dijo a sí misma. Dave está gastándoles una broma a todos.

Lolli saltó al pozo de las vías y se largó, con la grava crujiendo bajo sus botas. Luis cogió a Dave de un brazo y lo empujó hacia los túneles.

—Tenemos que salir de aquí, —dijo.

El oficial de policía levantó la mirada cuando Val saltaba por un lado de la plataforma con Ruth tras ella. Luis y Dave estaban ya desapareciendo en la oscuridad.

Un disparo sonó tras ellos. Val no miró atrás. Corrió por las vías aferrando la mano de Ruth como si fueran niñas que van a cruzar la carretera. Ruth la apretó dos veces, pero Val pudo oírla empezar a sollozar.

—Los policías nunca entienden nada, —dijo Dave mientras avanzaban por los túneles—. Tienen todas esas cuotas de gente a la que detener y es todo lo que les importa. Encontraron nuestro escondrijo y vinieron a cerrarlo para que nadie lo pudiera volver a usar ¿y qué sentido tiene eso? No estamos haciendo daño a nadie estando ahí abajo. Es nuestro sitio. Nosotros lo encontramos.

—¿De qué estás hablando? —dijo Luis—. ¿En qué estabas pensando allí atrás? ¿Eres un jodido bicho raro chiflado?

—No fue culpa mía, —dijo Dave—. No fue culpa vuestra. No fue culpa de nadie. Val deseó que se callara.

—Eso es cierto, —dijo Luis, su voz temblaba—. No fue culpa de nadie.

Emergieron en la estación Canal Street, saltando a la plataforma y metiéndose en el primer tren que se detuvo. El vagón iba casi vacío, pero se quedaron de pie igual, apoyándose en la puerta mientras el tren se balanceaba hacia adelante.

Ruth había dejado de llorar, pero su maquillaje le había dejado manchas oscuras en las mejillas y tenía la nariz roja. Dave parecía vacío de toda emoción, sus ojos no se cruzaban con los de nadie. Val no podía imaginarse qué estaría sintiendo en ese momento. Ni siquiera estaba segura de cómo llamar a lo que sentía ella.

—Podemos quedarnos en el parque ésta noche, —dijo Luis—. Dave y yo lo hacíamos antes de encontrar el túnel.

—Voy a llevar a Ruth a Penn Station, —dijo Val de repente. Pensó en la mujer policía, el recuerdo de su muerte era como una carga que se volvía más pesada con cada paso que los alejaba del cadáver. No deseaba arrastrar a Ruth en la caída con el resto de ellos.

Luis asintió.

—¿Y tú vas a ir con ella?

Val dudó.

—No voy a coger ese tren sola, —dijo Ruth fieramente.

—Hay a alguien a quien debo decir adiós, —dijo Val—. No puedo desaparecer sin más.

Bajaron en la siguiente parada, haciendo trasbordo a un tren de superficie y dirigiéndose a Penn Station, después subieron a comprobar los horarios. Más tarde se sentaron en la sala de espera de Amtrak⁶, y Lolli compró café y sopa que ninguno de ellos tocó.

⁶ abreviatura de *American Travel on Track* (sistema ferroviario público norteamericano)

—Te encontrarás aquí conmigo en una hora, —dijo Ruth—. El tren sale 15 minutos después de eso. Puedes decir adiós a ese tipo en ese tiempo, ¿vale?

—Si no vuelvo, tienes que coger el tren, —dijo Val—. Prométemelo.

Ruth asintió, estaba pálida.

—Mientras tú me prometas volver.

—Vamos a estar por el Castillo del tiempo en Central Park —dijo Lolli— por si pierdes el tren.

—No voy a perderlo, —dijo Val, mirando a Ruth.

Lolli removió con una cuchara su taza de sopa, pero no se la llevó a la boca.

—Lo sé. Sólo lo digo por sí acaso.

Val salió al frío, contenta de estar lejos de todos ellos.

Cuando llegó al puente todavía había suficiente luz para ver el East River, marrón como el café que dejas demasiado al fuego. Le dolía la cabeza y los músculos de sus brazos tenían espasmos y se dio cuenta de que no se había metido una dosis de Nunca desde la noche anterior.

Nunca más de dos días seguidos. No podía recordar cuando esa regla había quedado olvidada y la nueva regla se había convertido: en cada día y a veces más que eso.

Val golpeó el tocón y se deslizó dentro del puente, pero a pesar de la amenaza de luz del día, Ravus no estaba. Consideró escribir un mensaje en la propaganda rota de una tienda de comestibles, pero estaba tan cansada que decidió esperar un rato más. Sentándose en el sillón de cuero, los olores a papel viejo, cuero, y fruta la calmaron y recostó la cabeza y apartó la cortina sólo un poco. Estuvo sentada durante una distraída hora, viendo como se ponía el sol, como el cielo ardía en llamas, pero Ravus no volvió y ella sólo se sintió peor. Los músculos que le dolían como si hubiera hecho ejercicio, ahora quemaban como cuando un calambre te despierta del sueño.

Buscó entre las botellas, pociones y mezclas, cuidando de no desordenar las cosas que movía, pero no encontró ni un solo grano de Nunca que le aliviara el dolor.

Una familia terminaba su merienda campestre en las rocas cuando Val entró arrastrándose en Central Park, la madre empaquetaba los bocadillos sobrantes, una chica larguirucha empujaba a uno de sus hermanos. Los dos chicos eran gemelos, advirtió Val. Siempre había pensado que los gemelos eran algo escalofriante, como si sólo uno de ellos pudiera ser el verdadero. El padre echó un vistazo a Val, pero sus ojos se desviaron a las piernas largas y desnudas de una ciclista mientras masticaba lentamente su comida.

Val siguió caminando lentamente, las piernas le dolían, pasó junto a un lago turbio por las algas, donde un barco sin tripulación flotaba bajo la débil luz. Una pareja de ancianos paseaba por la orilla, cogidos del brazo, mientras un corredor con mallas resoplaba con enojo al rodearlos, con el lector de mp3 golpeando sus bíceps. Gente normal con problemas normales.

El sendero continuaba por un patio cuyos muros estaban tallados con bayas y pájaros, vides tan intrincadas que parecían casi vivas, rosas en flor, y otras flores menos familiares.

Val se detuvo para recostarse contra un árbol con las raíces expuestas y retorcidas; como el trazado de venas bajo su piel, la corteza de peltre del tronco, estaba oscura y húmeda por la savia helada. Llevaba un rato caminando, pero no había ningún

castillo a la vista.

Tres chicos con pantalones caídos pasaron a su lado, uno haciendo rebotar una pelota de baloncesto en la espalda de su amigo.

—¿Dónde está el castillo del tiempo? —les preguntó.

Uno de los chicos sacudió la cabeza.

—No existe tal cosa.

—Quiere decir el castillo Belvedere, —dijo el otro, apuntando con una mano en ángulo, a mitad de camino en la dirección por donde ella había venido—. Sobre el puente y atravesando el Paseo.

Val asintió. Sobre el puente y a través de los árboles. Todo le dolía, pero siguió moviéndose, anhelando el pinchazo de la aguja y el alivio que esto traería. Recordó a Lolli sentada en el fuego con la cuchara en la mano y su respiración se detuvo la idea de que todo el Nunca estuviera todavía allí atrás, en los túneles, con la mujer muerta, después se odió por que fuera eso lo que la preocupaba, por que fuera eso lo que la había dejado sin respiración.

El Paseo era un laberinto de senderos que se entrecruzaban unos sobre otros, extendiéndose hacia callejones sin salida, y volviendo atrás sobre ellos mismos. Algunos caminos parecían intencionales, otros parecían creados por peatones hartos de intentar abrirse paso a través del curso errático. Val siguió caminando, haciendo crujir hojas y ramitas, con las manos en los bolsillos, aferrándose la piel a través del fino forro del abrigo como si clavándose los dedos pudiera castigar a su cuerpo para que no doliera.

Al abrigo de las ramas, dos hombres se abrazaban, uno de ellos con traje y abrigo y el otro con vaqueros y chaqueta de dril.

En lo alto de la colina había un gran castillo gris con una cúspide que era mucho más alta que la silueta del árbol. Tenía la apariencia de una hacienda grande y antigua, algo extraño en contraste con las brillantes luces de la ciudad en el crepúsculo, algo completamente fuera de lugar. Mientras Val se acercaba, vio una serie de criaturas disecadas justo tras la ventana, sus ojos negros la miraban a través del cristal.

—Ey, —la llamó una voz conocida.

Val se giró para ver a Ruth apoyada contra un pilar. Antes de que pudiera pensar qué decir, se dio cuenta que Luis estaba estirado en la meseta que dominaba el lago y el campo de béisbol, besando a Lolli con profundos, húmedos y suaves besos.

—Sabía que no tenías intención de aparecer, —dijo Ruth, sacudiendo la cabeza.

—Dijiste que cogerías el tren aunque yo no lo hiciera, —dijo Val, intentando mostrarse autosuficiente y enfadada, pero las palabras sonaron sin convicción y a la defensiva.

Ruth se cruzó de brazos.

—Lo que sea.

—¿Dónde está Dave? —preguntó Val, mirando alrededor. El parque estaba volviéndose más oscuro y no lo veía en ningún lugar cercano.

Ruth se encogió de hombros y se agachó a coger una taza que había a sus pies.

—Se fue a pensar o algo así. Luis fue tras él, pero volvió solo. Supongo que estaba flipando. Mierda, Yo estoy flipando... aquella mujer se convirtió en un perro y ahora está muerta.

Val no sabía cómo explicar las cosas de forma que Ruth las entendiera, especialmente porque que lo entendiera podría hacer que todo fuese mucho peor. Era mejor creer que la policía se había convertido en un perro que el que ella se había convertido en uno.

—Dave no va alegrarse mucho de eso. —Val apuntó con la barbilla hacia Lolli y

Luis, ignorando totalmente la cuestión de la magia.

Ruth hizo una mueca.

—Es asqueroso. Jodidos insensibles.

—No lo entiendo. Todo el tiempo ella ha estado tras él ¿y él pica ahora? —Val no podía entenderlo. Luis era un gilipollas, pero se preocupaba por su hermano. No era propio de él dejar a Dave vagando por Central Park mientras se lo hacía con una chica.

Ruth frunció el ceño y le pasó la taza que estaba sujetando.

—Son tus amigos. Toma, un poco de té. Está asquerosamente dulce pero al menos está caliente.

Val tomó un sorbo, sintiendo caer el líquido caliente por su garganta, intentando ignorar la forma en que le temblaban las manos.

Luis se apartó de Lolli, y le dedicó a Val una sonrisa ladeada.

—Ey, ¿cuándo has aparecido?

—¿Alguno tenéis algo de Nunca? —dijo Val bruscamente. No creía poder soportar el dolor mucho más tiempo. Tenía calambres incluso en la mandíbula.

Luis sacudió la cabeza y miró a Lolli.

—No, —dijo ella—. Lo dejé caer. ¿Conseguiste algo de Ravus?

Val inspiró profundamente, intentando no ceder al pánico.

—No estaba allí.

—¿Has visto a Dave mientras venías? —preguntó Lolli.

Val sacudió la cabeza.

—Vamos a bajar, —dijo Luis—. Creo que está lo suficientemente oscuro como para mantenernos ocultos.

—¿Podrá encontrarnos Dave? —preguntó Ruth.

—Claro, —dijo Luis—. Sabrá donde buscarnos. Ya hemos dormido ahí antes.

Val rechinó los dientes con frustración, pero siguió a los demás mientras saltaban la verja en uno de los lados del castillo y trepaban por las rocas bajo él. Había una meseta sombreada que sobresalía lo suficiente de otra roca para servirles de pequeño refugio. Val se dio cuenta de que iban cargando ya con algunos cartones.

Luis se sentó y Lolli se apoyó contra él, se le cerraban los ojos.

—Gorronearé algo mejor mañana, —dijo él, inclinándose para presionar su boca contra la de ella.

Ruth rodeó a Val con un brazo y suspiró.

—No puedo creerme esto.

—Yo tampoco, —dijo Val, porque de repente todo le parecía absolutamente surrealista, absolutamente fortuito e increíble. Le parecía menos posible que Ruth fuera a dormir sobre cartones en Central Park que que las hadas existiesen.

Luis deslizó las manos por debajo de la falda de Lolli y Val tomó otro trago del té que se iba enfriando, ignorando la visión de piel, el brillo de los aros metálicos, tratando de ignorar los sonidos húmedos y las risas tontas. Cuando giró la cabeza, vio la pernera de los pantalones sueltos de Luis tan recogidas que las marcas de quemaduras de la parte interior de su rodilla quedaron a la vista, marcas de quemaduras que sólo podían ser del Nunca.

Mientras la respiración de Ruth se relajaba con el sueño y la de Luis y Lolli escalaba hacia otra cosa, Val se mordió el interior del labio y sobrellevó el dolor del síndrome de abstinencia.

Capítulo 10

Amaban no envenenar aquello que necesitaba el veneno

William Shakespeare, Ricardo II

Al caer la noche, Val no había mejorado. Los calambres en los músculos bajo su piel crecieron hasta que se puso de pie y se arrastró fuera del lugar donde se habían establecido para al menos poder retorcerse y moverse como su incomodidad le exigía. Caminó por las rocas y empezó a regresar por el paseo, dispersando un montón de hojas caídas de sus ramas. Tomó otro sorbo de té, pero este se había helado.

Val había crecido pensando que Central Park era peligroso, incluso más que el resto de Nueva York, la clase de lugar donde los pervertidos y asesinos acechaban detrás de cada arbusto esperando a algún inocente corredor. Recordaba varias historias escuchadas en las noticias sobre apuñalamientos y robos. Pero ahora el parque le parecía solo tranquilo.

Recogió un palo y realizó acometidas de adiestramiento, hundiendo la punta de la madera en el nudo de un grueso olmo hasta que se imaginó que había amilanado a todas las ardillas que hubieran podido habitarlo. Los movimientos la hicieron sentir mareada y algo enferma y cuando sacudió la cabeza, creyó haber visto luces que se movían en un camino cercano.

El viento se incrementó en ese momento y el aire parecía cargado, como antes de una tormenta eléctrica, pero cuando volvió a mirar, no vio nada. Enfurruñada, se agachó y esperó a ver si había alguien.

El viento la azotó al pasar, casi arrancándole la mochila del hombro. Esta vez estaba segura de haber oído una risa. Se dio la vuelta, pero solo vio gruesas tiras de hiedra trepando por un árbol cercano.

El próximo golpe de viento le pegó en ese momento, arrancándole la gorra de la mano, desparramando los restos de té en un charco, haciendo rodar la blanca taza por la tierra mojada.

—¡Alto! —gritó Val, pero en el silencio que siguió, sus palabras parecieron vanas, hasta algo peligroso para gritarlo al aire inmóvil.

Un silbido hizo que girara la cabeza. Allí, sentada en un tocón, había una mujer hecha enteramente de hiedra.

—Huelo el encanto, fino como la nieve pulverizada. ¿Eres una de los nuestros?

—No, —dijo Val—. No soy un hada.

La mujer inclinó la cabeza en una leve reverencia.

—Espera. Necesito... —empezó a decir Val, pero no sabía como terminar. Necesitaba ponerse; necesitaba Nunca pero no tenía ni idea de si las hadas tenían un nombre para ello.

—¿Una de las golosas? Pobre criatura, has vagado lejos de la fiesta. —La mujer de hiedra se adelantó pasando junto a Val y yendo hacia abajo en dirección al puente—. Te mostraré el camino.

Val no sabía lo que quería decir la mujer de hiedra, pero la siguió, no sólo porque Lolli y Luis estaban rompiéndole el corazón a Dave en las rocas cercanas y no quería ser testigo de ello, no sólo porque los ojos muertos de la mujer policía parecían perseguirla en la oscuridad, sino porque la única cosa que parecía importante en ese

momento era acabar con su propio dolor. Y donde había fiestas de hadas, habría alguna forma de encontrar un respiro.

La mujer de hiedra guió a Val de nuevo a la terraza con sus paredes talladas, pájaros y ramas, la fuente en el centro, y el lago más allá. Las hadas susurraban sobre los azulejos, una columna viviente de follaje. La niebla rodaba sobre el agua, una bruma plateada que colgó en el aire por un momento antes de ir a enturbiarlo todo más adelante, demasiado densa y rápida para ser natural. A Val se le erizó la piel pero estaba demasiado mareada y llena de dolores para hacer algo más que tropezarse mientras la niebla se adentraba como la marea sobre alguna oscura costa.

Se arremolinó alrededor de ella, caliente y pesada, llevando un extraño perfume de corrupción y dulzura. La música sonaba fantasmagórica en el aire... El tintineo de campanillas, un gemido, las agudas notas de una flauta. Val caminó inestablemente, tragada y cegada por velos de niebla. Oyó un coro de risas cerca, y se dio la vuelta. La niebla menguaba en algunas zonas, dejando que Val disfrutara de un nuevo paisaje.

La terraza estaba todavía allí, pero las enredaderas habían crecido sobre la piedra convirtiéndose en cosas salvajes y retorcidas, floreciendo con extrañas flores y espinas largas y delgadas como agujas. Los pájaros volaban de sus nidos esculpidos para picar las hinchadas uvas que colgaban de las barandillas de los escalones y se disputaban con abejas del tamaño de un puño las aceradas manzanas que se esparcían por los pilares.

Y también había hadas. Más de las que Val se hubiera podido imaginar que vivieran entre el hierro y acero de la ciudad, hadas con sus extraños ojos y orejas parecidas a cuchillos, con faldas tejidas de ortiga o reina de los prados, que llevaban camisetas y chaquetas con rosas bordadas y había otras desnudas, con la piel brillando bajo la luna. Val pasó junto a una criatura con piernas que parecían ser ramas y una cara de corteza tallada y de un pequeño hombre que la espiaba a través de binoculares con lentes de cristal azul. Pasó a un hombre con espinas que corrían por la joroba de su espalda. Olía a sándalo y creyó reconocerlo. Cada fantástica criatura parecía brillante como una latente llama y salvaje como el viento. Sus ojos brillaban ardientes y terribles bajo la luz de la luna y Val se dio cuenta de que estaba asustada.

Y además, a lo largo del borde del lago, había manteles bordados en oro, colmados con toda clase de golosinas. Dátiles, membrillos y vinos de olivina. Tartas cubiertas de bellotas tostadas estaban amontonadas al lado de espetones de tiernas palomas y tazas de viscosos almíbares. Cerca de todo ello, en un montón, estaban las blancas manzanas de Ravus, su rojo interior era visible a través de la apergaminada piel, prometiendo a Val un descanso de su dolor.

Se olvidó del miedo.

Tomó una, y mordió su tibia y dulce carne. Se le deslizó por la garganta como un sangriento pedazo de carne. Luchando contra las náuseas, volvió a morderla una y otra vez, el jugo le caía por la mandíbula, la piel de la fruta cedía bajos sus dientes afilados. No se parecía al Nunca, pero fue suficiente para adormecer sus miembros y aquietar sus temblores.

Aliviada, Val se sentó cerca del lago mientras una criatura de musgo y líquenes salía a la superficie por un momento con un pez plateado que coleteaba en la boca, y luego se volvía a sumergir. Demasiado cansada para moverse y demasiado aliviada para sentir otra cosa aparte de hastío, Val se contentó con observar al grupo. Para su sorpresa, vio que no era la única humana. Una chica demasiado joven para haber dejado la escuela primaria, descansaba la cabeza en la falda de un hada azul de labios negros que trenzaba pequeñas campanitas y tréboles en las coletas de la niña. Un hombre de pelo gris y un abrigo de tweed estaba arrodillado junto a una chica verde de cabello mohoso y que chorreaba. Dos hombres jóvenes comían rodajas de manzanas blancas

directamente del filo de un cuchillo, lamiendo la hoja para saborear todo el jugo.

¿Serían ellos los golosos? Esclavos humanos, dispuestos a hacer cualquier cosa por probar el Nunca, sin saber siquiera lo que sería inyectárselo en el brazo o quemarlo bajo la nariz. Nunca, se dijo Val a sí misma. Nunca más. Nunca. Nunca más. Nunca. Nunca. Tierra de Nunca Jamás. No necesitaba hacer danzar a las sombras. No tenía que continuar eligiendo el camino equivocado, regodeándose con que al menos estaba eligiendo su propio desastre. No importaba lo malas fueran sus decisiones, no mantendrían a raya sus otros problemas.

Otra hada bajó por las escaleras. Pasaba algo con su piel; parecía vetuada y burbujeante en algunas partes. Una de sus orejas y parte del cuello parecía estar esculpido toscamente en arcilla. Algunos de los demás dieron un paso atrás cuando cruzó a zancadas la terraza.

—La enfermedad del hierro —dijo alguien.

Val se dio la vuelta para ver a una de las chicas hadas de cabello color miel del Parque Washington Square. Todavía iba descalza, aunque llevaba tobilleras de acebo.

Val se estremeció.

—Parece como si se hubiera quemado.

—Algunos dicen que eso nos pasará a todos si no nos quedamos en el parque ni volvemos a nuestro lugar de origen.

—¿Fuisteis desterrados aquí?

El hada femenina asintió.

—Uno de mis amantes era también amante de un Lord influyente. Él hizo que pareciera como si yo hubiera robado un rollo de tela. Era tejido mágico, de la clase que cuentan vuestras historias... preciado material... Y el castigo del tejedor probablemente hubiera sido tan delicado como severo. Mis hermanas y yo nos exiliamos hasta poder probar mi inocencia. ¿Pero que hay de ti?

Val se había inclinado hacia delante, imaginando la maravillosa tela, y la pregunta del hada la tomó por sorpresa.

—Supongo que se puede decir que fui exiliada. —Luego, mirando alrededor, preguntó—. ¿Es siempre así por aquí? ¿Todos los exiliados vienen aquí todas las noches?

El hada de cabello color miel se río.

—Oh, sí. Si tienes que estar en Ironside, al menos puedes venir aquí. Es casi como estar de vuelta en la corte. Y por supuesto están los cotilleos.

Val sonrió.

—¿Que clase de cotilleos? —Volvía a ser la colega. Era automático en ella preguntar lo que su compañera quería que le preguntasen y era un alivio escuchar. Las palabras del hada ahogaban sus propios pensamientos inquietos.

La muchacha sonrió.

—Bueno, el mejor cotilleo es que la Dama Brillante, la Reina de la Luz, Silarial, está aquí en la ciudad de hierro. Dicen que ha venido a hacerse cargo del asunto de los envenenamientos. Aparentemente Mabry... una de las Lady exiliadas... sabe algo. Alguien ha oído que tuvieron una reunión.

Val se hundió las uñas en el dorso de la otra mano. ¿Había acusado Mabry a Ravus? Pensó en la casa abandonada de Ravus en el interior del puente con un fruncimiento de ceño.

—Oh, mira, —susurró el hada—. Allí está. Ves como todo el mundo retrocede, fingiendo que no se están muriendo por pedirle que confirme los rumores.

Val se puso de pie.

—Yo le preguntaré.

Antes de que el hada de cabello color miel pudiera protestar o aplaudir, Val se abrió camino a través de la gente. Mabry llevaba un vestido color crema pálido, y el cabello verde y marrón recogido sobre la cabeza con un prendedor fabricado con el interior de una concha. A Val este le pareció extrañamente familiar, pero no podía ubicarlo.

—Ese es un hermoso prendedor, —dijo, ya que había estado observándolo.

Mabry se lo quitó del cabello, dejando que los rizos le cayeran por la espalda, y dedicándole a Val una amplia y fresca sonrisa.

—Te conozco. La empleada con la que Ravus se ha encariñado. Toma esta pequeña baratija si quieres. Quizás haga que tu cabello crezca.

Val pasó los dedos por la fría superficie de la concha, pero estaba segura que un regalo dado con tanta ironía no merecía ser agradecido.

Mabry extendió un dedo para tocar el costado de la boca de Val.

—Veo que has saboreado lo que tu piel ha estado bebiendo.

Val se sobresaltó.

—¿Cómo lo sabes?

—Es mi costumbre saber cosas, —dijo Mabry, dándose la vuelta para alejarse antes de que Val pudiera hacerle una sola pregunta acerca de lo que quería saber.

Val trató de seguir a Mabry, pero un hada con el cabello de largas malas hierbas y una sonrisa llena de maliciosa risa se interpuso.

—Mi preciosa, déjame devorar tu belleza.

—Debes estar bromeando, —dijo Val, tratando de evitarlo.

—Ni siquiera un poco, —le dijo, y de repente, extrañamente, Val pudo sentir que el deseo se enroscaba en su estómago. Su cara ardió—. Puedo hacer que sientas deseo hasta en sueños.

Una mano la agarró por la garganta y una voz profunda y áspera le habló bajito y cerca del oído.

—¿Y ahora de que te sirve tu entrenamiento?

—¿Ravus? —preguntó Val, aunque reconocía su voz.

La otra hada se fue furtivamente, pero Ravus mantuvo los dedos en su cuello.

—Es peligroso estar aquí. Deberías tener más cuidado. Ahora me gustaría que al menos trataras de liberarte.

—Nunca me enseñaste..., —empezó a decir, pero luego se detuvo, avergonzada por como sonaba su voz, como un gimoteo. Le estaba enseñando ahora. Después de todo, le estaba dando tiempo para pensar cuales podrían ser los posibles movimientos. No era como si la estuviera asfixiando. Le estaba dando tiempo para ganar.

Val se relajó, presionando la espalda contra su pecho y amoldándose a él. Sorprendido, él aflojó el agarre y ella se liberó. La agarró por el brazo, pero ella giró y presionó su boca contra la de él.

Los labios eran ásperos, agrietados. Sintió el pinchazo de los colmillos contra el labio inferior. Él emitió un sonido agudo desde le fondo de la garganta y cerró los ojos, abriendo su boca bajo la de ella. El olor de él... a frías y húmedas rocas... hizo que su cabeza flotara. Un beso pasó a otro y fue perfecto, era perfectamente correcto, era real.

Él retrocedió abruptamente, girando la cabeza para no mirarla.

—Efectivo —dijo.

—Pensé que quizás querías que te besara. A veces creo que puedo verlo en ti. — El corazón le retumbaba en el pecho, y le ardían las mejillas, pero se alegraba de sonar calmada.

—No quería que tú... —dijo Ravus. —No quería que lo notaras.

Ella casi se echa a reír.

—Pareces tan conmocionado. ¿No te había besado nadie anteriormente? —Val quería volver a besarlo, pero no se atrevía.

Su voz fue fría.

—En contadas ocasiones.

—¿Te gustó?

—¿Antes o ahora?

Val se forzó a respirar, y exhalar con un suspiro.

—Ambas. Cualquiera.

—Me gustó, —dijo suavemente. Fue entonces cuando Val recordó que él no podía mentir.

Le paso la mano por la mejilla.

—Devuélveme el beso.

Ravus le cogió los dedos, apretó tan fuerte que le dolió.

—Basta, —le dijo—. Sea cual sea el juego al que estas jugando, termínalo ahora.

Ella se soltó, serenándose bruscamente, y dio varios pasos alejándose.

—Lo siento... pensé... —A decir verdad, no podía acordarse de lo que había pensado, lo que había hecho que esto pareciera una buena idea.

—Ven, —le dijo, sin mirarla—. Te llevaré de regreso a los túneles.

—No. —dijo Val.

Él se detuvo.

—No sería sabio permanecer aquí, sin importar tú...

Val negó con la cabeza.

—No fue eso lo que quise decir. Alguien descubrió nuestro escondite. No hay ningún lugar al que regresar. —Había pasado mucho tiempo desde que había tenido un lugar al que regresar, cualquier cosa a la que pudiera regresar, en cualquier lugar.

Él extendió la mano como tratando de expresar algo imposible de expresar.

—Ambos sabemos que soy un monstruo.

—No eres....

—Te rebajas al tratar de cubrir carne podrida con miel. Sé lo que soy. ¿Que podrías querer tú con un monstruo?

—Todo, —dijo Val solemnemente—. Siento haberte besado... Fue egoísta por mi parte y te molestó... Pero no puedes pedirme que finja que no quería hacerlo.

La miró cautelosamente mientras ella se le acercaba.

—No soy buena explicando cosas, —dijo ella—. Pero creo que tienes hermosos ojos. Adoro el dorado que hay en ellos. Adoro el hecho de que sean distintos a los míos... veo los míos todo el tiempo y me he aburrido de ellos.

Él resopló divertido, pero permaneció inmóvil.

Ella se estiró y tocó la mejilla verde pálido.

—Adoro todas las cosas que te hacen monstruoso.

Él le pasó los largos dedos por el cabello que se asemejaba a la pelusa de un durazno, pasándole las uñas en forma de garras cuidadosamente contra la piel.

—Mucho me temo que cualquier cosa que toco se corrompe con mi contacto.

—No me da miedo corromperme, —dijo Val.

Un costado de la boca de Ravus se crispó.

La voz de una mujer atravesó el aire, aguda como el timbre de una campana.

—Después de todo mandaste a buscar a Silarial.

Val se dio la vuelta. Mabry estaba de pie en la terraza, las hebras de su cabello eran agitadas por la brisa. A su alrededor todo el mundo los observaba. Después de todo, aquí había una oportunidad de cotillear.

La mano de Ravus descansó sobre la pequeña espalda de Val y ella pudo sentir

la curva de las uñas contra su espina dorsal. La voz de Ravus era plana cuando se dirigió a Mabry.

—La misericordia de Lady Silarial puede ser terrible, pero no tenía más opción que someterme a ella. Sé que vendrá a hablar con vosotros... quizás cuando vea lo infelices que habéis sido y lo útiles que sois, os lleve de regreso a la Corte.

La boca de Mabry se torció en una sonrisa de disgusto.

—Todos debemos aprovechar su misericordia. Pero ahora quiero darte algo realmente bueno a cambio de lo que has hecho por mí.

Val busco en su bolsillo posterior para devolverle a Mabry el peine, los dientes le pincharon los dedos cuando lo sacaba. Perlas cubiertas de algas marinas y pequeñas palomas hechas del interior de crustáceos colgaban del peine. Mirándolo, de repente Val vio a la sirena, su collar de varias vueltas de perlas y pájaros de concha, los ojos muertos mirando para siempre a Val mientras su cabello flotaba en la superficie del agua, privado del peine a juego.

Sosteniendo el peine con los dedos entumecidos, Val se dio cuenta que provenía de un cadáver.

—Mabry me dio esto, —dijo Val.

Ravus lo miró apaciblemente, claramente sin encontrarle ningún significado.

—Es de la sirena, —dijo Val—. Obtuvo esto de la sirena.

Mabry resopló.

—¿Entonces, como es que llegó a tus manos?

—Me lo dio...

Mabry se giró hacia Ravus, interrumpiendo a Val suavemente.

—¿Sabías que ha estado robándote... desnatando la superficie de tus pociones como un boggart bebe la crema de la superficie de la botella de leche? —Mabry dio un manotazo al brazo de Val empujando la manga hacia arriba para que Ravus pudiera ver las marcas negras en la curva del codo, las marcas que hacía parecer como si alguien hubiera hundido un cigarrillo en su piel—. Y mira lo que ha estado haciendo... llenándose las venas con nuestro bálsamo. Ahora, Ravus, dime quien es el envenenador. ¿Sufirás por sus errores?

Val estiró la mano hacia Ravus. El se apartó.

—¿Qué has hecho? —le preguntó, con los labios apretados.

—Si, me inyecté las pociones —dijo Val. No tenía sentido negar nada ahora.

—¿Por qué harías eso? —le preguntó—. Yo creía que era inofensivo, algo que solamente evitaba que el pueblo sufriera.

—El Nunca... te da... hace a los humanos... como las hadas. —Eso no era correcto, no exactamente, pero la cara de él ya decía, “¡no te importaba que fuera monstruoso porque tú eres un monstruo!”.

—Tenía mejor opinión de ti, —dijo Ravus— Te tenía en muy alta estima.

—Lo siento —dijo Val—. Por favor, déjame explicarte.

—Humanos —dijo él, la palabra destilaba repugnancia—. Mentirosos, todos vosotros. Ahora entiendo el odio de mi madre.

—Puedo haber mentido sobre eso pero no estoy mintiendo sobre el prendedor. No estoy mintiendo sobre todo lo demás.

Él la agarró por el hombro, sus dedos eran tan pesados que sintió como si la retuviera una piedra.

—Ahora sé lo que viste en mí que podías amar. Pociones.

—¡No! —dijo Val.

Cuando levantó la mirada hacia la cara de Ravus, no había nada allí que le resultara familiar, nada que pareciera bondadoso. La garra del pulgar presionada contra

el pulso de su garganta.

—Creo que ha llegado el momento de que te vayas.

Val dudó.

—Solo déjame...

—¡Vete! —le gritó, empujándola y cerrando los dedos en un puño tan apretado que sus garras cortaron la palma de su propia mano.

Val se tambaleó hacia atrás, la garganta le escocía.

Ravus se giró hacia Mabry.

—Di que ya te has cobrado tu venganza. Al menos dime eso.

—No, de ninguna manera, —respondió Mabry con una sonrisa desagradable—. Te di un buen escarmiento.

Val se fue, desandando sus pasos por el largo camino, a través de la pared de niebla, los bosques y subiendo hacia la torre, con los ojos nublados y el corazón dolorido. Allí, mirando el distante parpadeo de las luces de la ciudad, pensó repentinamente en su madre. ¿Fue así como se sintió después de que se fueran Tom y ella? ¿Había querido dar marcha atrás en el tiempo y cambiarlo todo, pero carecía del poder para hacerlo?

Arrastrándose por las rocas, Val vio la punta roja del cigarrillo de clavo de Ruth antes de ver al resto del campamento provisional. Ruth se levantó cuando Val se acercó.

—Ya creía que me habías vuelto a dejar.

Val miró hacia donde estaban Lolli y Luis, enroscados juntos. Luis parecía diferente, con ojeras negras y la piel pálida.

—Solo salí a caminar.

Ruth dio una larga calada, la punta del cigarrillo brilló.

—Sí, bueno, tu amigo Dave también salió a caminar.

Val pensó en la fiesta y se preguntó si Dave había estado allí, otro goloso, vagando mareado entre amos caprichosos.

—Yo... yo, —Val se sentó, abrumada, y se cubrió la cara con las manos—. La cagué. Realmente, realmente, la cagué.

—¿Qué quieres decir? —Ruth se sentó cerca de Val y le puso el brazo sobre los hombros.

—Es difícil de explicar. Hay hadas, como las hadas de Final Fantasy, y están siendo envenenadas y esa cosa que he estado consumiendo... es una especie de droga, pero es como mágica también. —Val podía sentir las lágrimas cayendo por su rostro, y se las limpió de un manotazo.

—Sabes, —dijo Ruth—, la gente no llora cuando está triste. Todo el mundo piensa que sí, pero no es verdad. La gente llora cuando está frustrada o abrumada.

Val se dio cuenta de que todavía tenía el peine de la sirena en la mano, pero lo había estado aferrando tan fuerte que se había roto en pedazos. Solo quedaban finos trozos de concha, nada más. No había razón para creer que probara algo.

—Mira, admitiré que sueñas un poquito loca, —dijo Ruth—. ¿Pero y que? Aunque estés totalmente chiflada, todavía tenemos que encargarnos de tu decepción ¿verdad? Un problema imaginario necesita una solución imaginaria.

Val dejó que su cabeza cayera sobre el hombro de Ruth, relajándose como no lo había hecho desde antes de que viera a su madre y a Tom, y quizás incluso antes de eso. Se le había olvidado cuanto le encantaba hablar con Ruth.

—Vale, entonces comienza por el principio.

—Cuando vine a la ciudad, estaba funcionando en piloto automático, —dijo

Val—. Tenía entradas para el partido, así que fui. Sé que suena demencial. Incluso mientras lo hacía, pensaba que era una locura, como si fuera una de esas personas que matan a sus jefes y luego se sientan ante el ordenador a terminar sus informes. Cuando me encontré con Lolli y Dave solo quería perderme a mi misma, ser nada, convertirme en la nada. Eso suena absolutamente equivocado y tonto, lo sé.

—Muy poético, —sonrió Ruth—. Algo gótico.

Val puso los ojos en blanco, pero sonrió.

—Me presentaron a algunas Hadas y esa es la parte donde todo deja de tener sentido.

—¿Hadas? ¿Como elfos, goblins, trolls? ¿Cómo las de las bragas de Brian Froud en “Hot Topic”?

—Mira, yo...

Ruth alzó la mano.

—Solo comprobaba. Vale, hadas. Te sigo.

—Tienen problemas con el hierro, así que tienen esta sustancia a la que Lolli llama Nunca más. Nunca. Evita que se pongan muy enfermas. Los humanos pueden... tomarla... y te posibilita el crear ilusiones o hacer que la gente sienta lo que tu quieres que sientan. Hacíamos entregas para Ravus... es el que fabrica el Nunca... y nos quedábamos con algo para nosotros.

Ruth asintió.

—Vale. ¿Así que Ravus es un hada?

—Algo así, —dijo Val. Podía ver una sonrisa en los ojos de Ruth y agradeció ver que a pesar de todo no movía los labios. —Algunos de los suyos murieron envenenados y culparon a Ravus. Creo que este prendedor era de una de las hadas muertas y lo tenía Mabry y realmente no sé lo que eso significa. Todo esto es una locura. Dave convirtió a esa policía en perro a propósito y Mabry le dijo a Ravus que le estábamos robando así que él cree que tengo algo que ver con las muertes y no he consumido Nunca en dos días y me duele todo el cuerpo. —Era verdad, los dolores habían empezado otra vez, el dolor era sordo pero estaba creciendo, el alivio temporal de la fruta de las hadas no era suficiente para evitar que las venas clamaran por más.

Ruth apretó los hombros de Val con un abrazo.

—Mierda. Vale, esto es demencial. ¿Qué podemos hacer?

—Podemos resolverlo, —dijo Val—. Tengo todas estas pistas; lo que no sé es como encajan unas con otras.

Val miró los restos del prendedor y pensó en la sirena nuevamente. Ravus había dicho que el veneno para ratas mataba a las hadas, pero el veneno para ratas era una sustancia peligrosa e improbable para ser utilizada por un envenenador de hadas, especialmente un alquimista como Ravus. Y además ¿por qué querría él matar a un puñado de hadas inofensivas?

Un humano podría haberlo hecho. Se esperaba a un correo humano, por lo que no sería para nada sospechoso.

Val recordó la primera entrega en la que había participado y la botella de Nunca que Dave había destapado, rompiendo la cera. ¿No debería Mabry haberse preocupado? ¿Con todos los envenenamientos, no era eso como tomar una aspirina con el sello de seguridad del frasco roto? La única forma de que alguien hiciera eso sería si ya sabía quién era el envenenador o si él mismo lo fuera.

Y Mabry sabía que Val estaba tomando Nunca. Alguien la mantenía informada

—¿Pero por qué? —dijo Val en voz alta.

—¿Por qué qué? —preguntó Ruth.

Val se puso de pie y se paseó por la roca.

—Estoy pensando. ¿Cuáles son las consecuencias de los envenenamientos? ¿Que Ravus se encuentra en problemas!

—¿Y entonces? —preguntó Ruth

—Entonces Mabry quiere cobrarse venganza, —dijo Val—. Por supuesto: venganza por la muerte de su amante. Venganza por el exilio.

Entonces era Mabry. Mabry y un cómplice humano. Dave, obviamente, ya que había sido él quien no se preocupara por ocultar el hecho de estar robándole Nunca a Mabry, ¿pero que razón tendría Dave para matar a las hadas?

Podría haber sido Luis. Él odiaba a las hadas por lo que le habían hecho en el ojo. Llevaba encima todo ese metal para protegerse a sí mismo. Y tomaba Nunca, como probaban las marcas bajo sus rodillas, aunque lo negara. ¿Pero para qué si él no podía ver el encanto? ¿Y por qué no le importaba que Dave hubiera desaparecido? ¿Por qué elegir ese momento para engancharse con Lolli cuando ella lo había estado deseando desde antes de que Val la conociera? Estaba tan tranquilo. Era como si supiera donde se encontraba su hermano.

Val se detuvo ante ese pensamiento.

—Esto es lo que tenemos que hacer, —dijo Val—. Tenemos que ir a casa de Mabry mientras ella todavía está en la fiesta y encontrar pruebas de que está detrás de los envenenamientos. —Pruebas que pudieran convencer a Ravus de que ella era inocente y pruebas que pudieran convencer a los demás de que él no era el envenenador. Pruebas que le salvarían de forma que la perdonara.

—Vale, —dijo Ruth, colgándose la mochila al hombro—. Vayamos a ayudar a tus amigos imaginarios.

Capítulo 11

*Golpea un vaso, y no resistirá un instante;
 Simplemente no lo golpees, y resistirá unos años de mil.*
 G.K.. Chesterton, Ortodoxia

Val y Ruth entraron en Riverside Park en las frías horas de antes del amanecer. El cielo todavía estaba oscuro y las calles silenciosas. El corazón de Val latía como el de un conejo, la adrenalina y los músculos acalambrados evitaban que notara el aire frío o lo tarde de la hora. Ruth se estremeció y se envolvió el abrigo de piel más apretadamente cuando el viento sopló desde el agua. Sus mejillas estaban veteadas de maquillaje, manchadas de lágrimas y manos sucias, pero cuando sonrió a Val, pareció otra vez la vieja y confiada Ruth.

El parque en sí mismo estaba casi vacío, con un grupito de gente amontonada cerca de uno de los muros, uno de ellos fumando algo que olía a hierba. Val bajó la mirada hacia la fila de edificios de apartamentos del otro lado del parque, pero ninguno de ellos era del todo adecuado. Divisó la fuente fuera de funcionamiento junto a la que había estado de pie días antes, pero cuando miró al otro lado de la calle, la puerta que estaba de cara a ella era del color equivocado y había rejas de metal en las ventanas.

—¿Y bien? —preguntó Ruth.

Val se movió inquieta.

—No estoy segura.

—¿Qué vas a hacer si la encuentras?

Levantando la mirada, Val vio la gárgola en un lugar ligeramente diferente al que recordaba, pero el monstruo de piedra fue suficiente para convencerla de que la casa que estaba mirando era la de Mabry. Quizás su memoria simplemente fallaba.

—Vigila si viene alguien, —dijo Val, empezando a cruzar la calle. El corazón le tronaba en el pecho. No tenía ni idea de en qué las estaba metiendo.

Ruth se apresuró tras ella.

—Genial. Vigila. Estoy vigilando. Otra cosa para mi expediente académico. ¿Qué hago si veo a alguien?

Val miró atrás.

—En realidad no estoy segura.

Mirando al edificio un largo momento, Val agarró una de las anillas de la canaleta y se aupó pared arriba. Era como escalar un árbol, como subir por la cuerda en la clase de gimnasia.

—¿Qué estás haciendo? —llamó Ruth, con voz chillona.

—¿Para qué creías que necesitaba que vigilaras? Ahora cállate.

Val subió más alto, sus pies empujaban contra el ladrillo del edificio, sus dedos se enterraban en las anillas de metal mientras la canaleta gemía y se abollaba bajo su peso. Cuando tanteó en busca del antepecho de la ventana, descubrió que tenía la mano en la boca de la gárgola, su cara de gallina—cruzada—con—terrier estaba inclinada a un lado y sus ojos abiertos de par en par con sorpresa y excitación. Apartó los dedos momentos antes de que los dientes de piedra se cerraran de golpe. Al perder el equilibrio, pateó en el aire un momento, con su peso completamente apoyado en la canaleta y sujetándose con una mano. El aluminio se dobló, liberándose de los soportes.

Val apoyó el pie en el ladrillo y exhaló con fuerza, saltando y estirándose para cogerse al saliente. Oyó un chillido agudo abajo cuando agarró el antepecho de la ventana. Ruth. Por un momento, simplemente se quedó colgando, temiendo moverse. Después se aupó y empujó la ventana. La golpeó y por un momento, temió que estuviera cerrada o tapiada, pero empujó más fuerte y al fin cedió. Trepar dentro, traspasó las cortinas enmarañadas, y se encontró en el dormitorio de Mabry. El suelo era de brillante mármol y la cama era una canopia curvada de ramas de sauce, cubierta de arrugado raso y seda. Un lado de la cama estaba limpio, pero el otro estaba lleno de polvo y matorrales.

Val salió al pasillo. Había una serie de puertas que se abrían a habitaciones vacías y una escalera de ébano. La bajó y entró en la sala, el chirrido de las tablas del entarimado y las salpicaduras de una fuente eran los únicos sonidos que oía.

La sala estaba como la recordaba, pero el mobiliario parecía colocado de forma distinta y una de las puertas parecía más grande. Val salió del apartamento y entró al vestíbulo principal, cuidando de mantener la puerta de Mabry abierta. Quitó el cerrojo de la puerta principal y la abrió de un tirón. Ruth jadeó hacia ella por un momento desde la acera y después entró corriendo.

—Te has vuelto loca, —dijo Ruth—. Acabamos de allanar un edificio de lujo.

—Está protegido por encanto —dijo Val—. Tiene que estarlo. —Por primera vez, Val consideró las dos puertas que había asumido, conducían a otros apartamentos. Una estaba frente a la puerta de Mabry, la otra al final del pasillo. Dado el tamaño de las habitaciones y la escalera del interior del apartamento de Mabry y el tamaño del edificio por fuera, no parecía posible que las puertas condujeran a ningún otro sitio. Val sacudió la cabeza para aclarársela. No importaba. Lo que importaba era encontrar alguna prueba que implicara a Mabry, algo que probara que ella había envenenado a las otras criaturas mágicas, que se lo probara no solo a Ravus, sino a Greyan y a todos los demás que pensaban que Ravus estaba tras las muertes.

—Al menos aquí se está caliente, —dijo Ruth, entrando en el apartamento y girando alrededor sobre el brillante suelo de mármol. Su voz resonaba en las habitaciones casi vacías—. Si vamos a hacer de ladronas, entonces voy a ver que hay para robar en la nevera.

—Estamos intentando encontrar pruebas de que es una envenenadora. Piensa antes de empezar a llevarte cosas a la boca al azar. —Ruth se encogió de hombros y pasó junto a Val.

Un mueble de cristalera descansaba en una esquina de la sala de estar. Val espía a través del cristal. Había un poco de savia dentro, una trenza de pelo cobrizo; una figura de una bailarina, con los brazos en las caderas y zapatos rojos como rosas; el cuello roto de una botella; y una flor marchita y descolorida. Val creía recordar diferentes tesoros raros de su anterior visita.

Eso hizo consciente a Val de lo imposible que era su tarea. ¿Cómo iba a reconocer la prueba, incluso si la veía? Ravus podría reconocer estos objetos... reconocer su origen y quizás incluso parte de su historia, pero ella no podía sacar nada de ellos.

Era difícil imaginar a Mabry siendo sentimental, pero debía haberlo sido una vez, antes de que la muerte de Tamson la volviera odiosa.

—Ey, —dijo Ruth desde la habitación de al lado—. Mira esto.

Val siguió la voz. Estaba en la sala de música, junto al arpa, sentada en una otomana cubierta de un cuero extraño y ligeramente rosado. El cuerpo del instrumento parecía ser de madera dorada, tallada con remolinos, y cada una de las cuerdas era de un

color diferente. La mayoría eran marrones o doradas o negras, pero había unas pocas rojas y una de color verde hoja.

Ruth se arrodilló junto a ella.

—No... —dijo Val, pero los dedos de Ruth rozaron una cuerda marrón. Inmediatamente un aullido inundó el cuarto.

—Una vez fui una dama del séquito la Reina Nicnevin, —dijo una voz llena de lágrimas entonadas, con un acento rico y extraño—. Yo era su favorita, su confidente, y aceptaba mi placer molestando a los demás. Nicnevin tenía un juguete particular, un Caballero de la Corte de la Luz al que tenía afecto. Sus lágrimas de odio le proporcionaban más placer que los gritos de amor de los demás. Fui llamada ante la Reina... ella exigió saber si estaba intrigada con él. No lo estaba. Entonces me ofreció un par de guantes del caballero y exigió que examinara el bordado de los puños. Era un patrón cuidadosamente cosido con mi propio pelo. Había más pruebas... nos habían visto juntos, una nota en su mano jurando devoción, nada de eso era cierto. Caí, suplicando a Nicnevin, loca de miedo. Cuando me conducían a mi muerte, vi a una de las otras damas, Mabry, sonriendo, sus ojos brillaban como agujas, sus dedos se extendieron para arrancar una sola hebra de cabello de mi cabeza. Ahora debo contar mi historia por siempre jamás.

—¿Nicnevin? —preguntó Ruth—. ¿Quién se supone que es?

—Creo que era la antigua Reina Oscura, —dijo Val. Arrastró los dedos por varias cuerdas a la vez. Se alzó una cacofonía de voces, cada una contando su amarga historia, cada una mencionando a Mabry—. Son todas cabellos. Cabellos de las víctimas de Mabry.

—Esto es espeluznante de narices, —dijo Ruth.

—Sshhh, —dijo Val. Una de las voces le sonaba familiar, pero no podía evocar donde la había oído antes. Batió una cuerda dorada.

—Una vez fui un cortesano al servicio de la Reina Silarial, —dijo una voz masculina—. Vivía para el deporte, los acertijos, el duelo y la danza. Entonces me enamoré y todas esas cosas cesaron de importar. Mi única alegría era Mabry. Deseaba una cosa solo si a ella la deleitaba. Disfrutaba de su felicidad. Entonces, una tarde perezosa, mientras recogíamos flores para tejer guirnaldas, vi que se alejaba. La seguí y la oí hablar con una criatura de la Corte Oscura. Parecían muy bien avenidos y la voz de ella era suave cuando le dio la información que había reunido para la Corte Oscura. Debería haberme enfurecido, pero tenía demasiado miedo por ella. Si Silarial lo averiguaba, las consecuencias serían terribles. Le dije a Mabry que no se lo contaría a nadie, pero que debía dejarlo inmediatamente. Me dijo que lo haría y lloró amargamente por haberme decepcionado. Dos días después participaba en un duelo en un torneo con un amigo. Cuando vestí mi armadura, la sentí extraña, más ligera, pero no le presté atención. Mabry me dijo que la había cosido con su propio cabello como prenda. Cuando mi amigo golpeó, la armadura se desmoronó y la espada me atravesó. Sentí la seda de su cabello contra mi cara y supe que había sido traicionado. Ahora debo contar mi historia por siempre jamás.

Val se dejó caer sentada, mirando fijamente al arpa. Mabry era una espía de la Corte Oscura. Ella misma había matado a Tamson. Ravus solo había sido su instrumento.

—¿Quién era ese? —preguntó Ruth—. ¿Le conocías?

Val sacudió la cabeza.

—Ravus le conocía. Él era el que esgrimía la espada en esa historia.

Ruth se mordió el labio inferior.

—Esto es demasiado complicado. ¿Cómo vamos a averiguar nada?

—Ya hemos averiguado algo, —dijo Val.

Se puso en pie y entró en la siguiente habitación.

Era la cocina. No había fogones sin embargo; nada de refrigerador, solo un fregadero en un largo mostrador de pizarra pulida. Val abrió una de las alacenas, pero solo estaba llena de tarros.

Val pensó en la forma cubierta de encanto de Ravus, sus ojos dorados hacían que fallara el disfraz. Había algo inquietante en estas habitaciones perfectas, impolutas y sin ni siquiera una hebra de cabello o un poco de mugre, resonando solo con las pisadas y la salpicadura del agua. Pero si era encanto, no tenía ni idea de qué había debajo.

Ruth entró en la habitación y Val notó que había polvo blanco lloviznando de su mochila.

—¿Qué es eso? —preguntó Val.

—¿Qué? —Ruth miró tras ella, al suelo, y se quitó la mochila. Rió—. Parece que he desgarrado la lona y le he abierto un boquete a nuestro bebé.

—Mierda. Esto es peor que un rastro de migas de pan. Mabry va a saber que hemos estado aquí.

Ruth se acuclilló y comenzó a recoger el polvo con las manos. En vez de formar una pila, este se levantó en nubes blancas.

Mientras miraba la harina, Val tuvo una idea.

—Espera. Ey, creo que podría tener que cometer infanticidio.

Ruth se encogió de hombros y sacó el saco.

—Supongo que siempre podemos tener otro.

Val rompió la envoltura de papel y empezó a esparcir la harina por el suelo.

—Tiene que haber algo aquí, algo que no podemos ver

Ruth agarró un puñado de polvo blando y lo tiró hacia la puerta. Val tiró otro puñado. Pronto el aire estaba lleno de él. Sus cabellos estaban cubiertos de él y cuando respiraban, la harina recubría sus lenguas.

Se posó sobre el apartamento, mostrando el estanque de peces como una tubería rota que derramaba agua en cubos y encharcaba el suelo, revelando paneles colgando del techo, azulejos descascarillados a lo largo de las paredes y rastros de excrementos de ratones en el suelo.

—Mira. —Ruth se acercó a una de las paredes, el polvo la hacía parecer fantasmal. La harina se pegaba a la mayor parte de la pared, pero había un gran parche desnudo.

Val tiró más polvo al hueco, pero en vez de golpear la pared, este pareció atravesar el espacio.

—Lo tenemos, —sonrió Val y alzó el puño con ademán de triunfo—. ¡El maravilloso poder de las gemelas en acción!

Ruth le devolvió la sonrisa, chocando la mano con Val.

—En forma de dos jodidas lunáticas.

—Habla por ti misma, —dijo Val, y se lanzó directamente por la abertura.

Allí, en una sombría habitación cubierta de cortinas de terciopelo, estaba Luis. Yacía sobre una alfombra con un estampado de granadas y estaba envuelto en una manta de lana, pero a pesar de eso, estaba temblando. Había sangre en su cuero cabelludo y varias de sus trenzas le habían sido cortadas.

Al principio Val solo pudo mirarle boquiabierto.

—¿Luis? —se las arregló para decir finalmente.

Él levantó la mirada, mirando de reojo, como cegado por una luz brillante.

—¿Val? —Gateó hasta sentarse—. ¿Dónde está Dave? ¿Está bien?

—No sé, —dijo ella ausentemente. Su mente corría a toda velocidad—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—¿No ves que estoy encadenado al suelo? —dijo Luis. Retorció sus muñecas y Val pudo ver que sus propias trenzas se ataban alrededor de ellas, tirando con fuerza.

—¿El suelo? —repitió Val estúpidamente—. ¿Pero y qué hay de la alfombra?

Luis rió.

—Supongo que a ti este lugar te parece hermoso.

Val miró a los sofás bajos, las estanterías repletas de libros de cuentos de hadas encuadernados en tela, la grandeza descolorida de la alfombra y las molduras pintadas de las paredes.

—Es una de las habitaciones más bonitas en las que he estado.

—Las paredes de yeso están agrietadas y hay una abertura en el techo que explica bien por que esa esquina entera está negra por el barro. No hay muebles tampoco, y ciertamente ninguna alfombra... solo tablas con algunas tachas viejas sobresaliendo entre ellas.

Val miró alrededor a la suave luz que llegaba de la lámpara de peltre con una pantalla de flecos.

—¿Entonces qué estoy viendo?

—Encanto, ¿qué va a ser?

Ruth asomó la cabeza en la habitación.

—¿Qué pa... Luis?

—Espera. ¿Cómo podemos estar seguras de que eres realmente tú, Luis? —preguntó Val.

—¿Quién más iba a ser?

Ruth estaba ya entrando, con un pie todavía en la entrada encantada, cuando se le ocurrió que ésta podría cerrarse en cualquier momento si no estaba asegurada.

—Acabamos de dejarte en el parque y estabas durmiendo.

Luis dejó caer la cabeza hacia atrás.

—Si, bueno, la última vez que vi a Ruth, yo estaba con Lolli y Dave en el parque. Encontramos un lugar para dormir cerca del castillo del tiempo. Lolli estaba apoyada contra mí, dormitando, cuando Dave se levantó y se largó. Yo sabía que estaba enfadado. Mierda, yo también estaba cabreado. Pensé que quizás quería estar solo. Pero cuando no volvió no supe que pensar. Fui a mirar. Le vi volviendo desde el paseo. No estaba solo, además. Al principio pensé que era algún tipo de sombrero... ya sabes, encasquetado... pero entonces vi que el tío tenía plumas en vez de pelo. Empecé a acercarme a ellos y fue entonces cuando unos dedos diminutos cubrieron mi boca y mi ojo bueno, agarrándome los brazos y las piernas. Podía oírlos reír mientras me alzaban en el aire y a mi hermano diciendo: "No te preocupes. Será solo un ratito". No supe que pensar. Seguro que no creí que terminaría aquí

—¿Viste a Mabry? —preguntó Val—. ¿Te dijo algo?

—No mucho. Estaba distraída con algo que se estaba yendo a pique. Alguien la visitó y estaba enfadada por eso.

—Hay algo que tengo que decirte, —dijo Val.

Luis se quedó quieto, con la boca apretada en una delgada línea.

—¿Qué? —preguntó, y su voz era tan resignada que hizo que a Val le doliera el corazón.

—Era a Dave al que creíamos desaparecido. Volvió. Solo que fingiendo ser tú.

—¿Así que estáis aquí buscando a Dave?

—Vinimos buscando pruebas. Creo que Mabry está detrás de las muertes de las hadas.

Luis frunció el ceño.

—Espera, ¿entonces dónde está mi hermano? ¿Está en problemas?

Val sacudió la cabeza.

—No creo. Quien sea que se hace pasar por ti parece estar pasando todo su tiempo follando con Lolli. No creo que eso esté exactamente en el orden del día sobrenatural, pero lo estaría definitivamente en el de Dave.

Luis hizo una mueca, pero no dijo nada.

—Deberíamos darnos prisa, —dijo Ruth, palmeando la cabeza de Val, sus dedos se colaron entre el rastrojo—. Solo porque esa perra no pueda atarte con tu propio pelo no deberíamos quedarnos colgadas por aquí.

—Cierto —Val se inclinó sobre Luis, mirando a las trenzas que le ataban al suelo. Intentó romperlas o tirar para que se soltaran, pero eran tan duras como el acero.

—Mabry las cortó con unas tijeras, —dijo Luis—. Me cortó el jodido cuero cabelludo además.

—¿Crees que unas tijeras cortarían las trenzas? —preguntó Ruth.

Val asintió.

—Tiene que tener una forma de cortar sus propios hechizos. ¿Dónde crees que estarán?

—No sé, —dijo Luis—. Puede que ni siquiera parezcan tijeras.

Val se puso en pie y entró en la sala, deteniéndose en la fuente donde la harina se había disuelto, después volvió a la vitrina.

—¿Ves algo? —gritó Val.

Ruth abrió un cajón y derramó su contenido por el suelo.

—Nada.

Val miró en la vitrina, fijándose de nuevo en la bailarina, notando los agujeros que formaban sus brazos y el color sangriento de sus zapatos. Metiendo la mano, Val la levantó, metiendo los dedos a través de las aberturas de los brazos y empujando. Las piernas de la figura se abrieron y cerraron, como tijeras.

—Tú coge el arpa, —dijo Val—. Yo cogeré a Luis.

No había amanecido cuando se abrieron paso a través del paseo, y de los senderos hacia donde habían dejado a Lolli y el que había parecido ser Luis. Las cuerdas del arpa sonaban cuando se movían, pero Ruth las amortiguaba abrazándola con fuerza contra su pecho. Cuando Val, Ruth, y Luis se aproximaron, vieron que el otro Luis estaba despierto.

La voz de Lolli era aguda y temblaba.

—Hace mucho frío y tú estás ardiendo en fiebre.

El Luis disfrazado los miró. Sus ojos estaban ennegrecidos en los bordes y su boca era oscura. Su piel estaba pálida como el papel y tenía una capa de sudor sobre ella que la hacía parecer plástico. Con dedos temblorosos, él se llevó un cigarrillo a los labios. El humo no pareció abandonar su cuerpo.

—Dave, —dijo el Luis real. Su voz era tranquila, calmada, justo como la de Val después de ver a su madre con Tom. Era una voz tan llena de emoción que sonaba como si no contuviera ninguna emoción en absoluto.

Lolli miró a Luis, y después a su gemelo.

—¿Qué... qué está pasando?

—No puedes ver la diferencia, ¿verdad? —dijo el Luis disfrazado a Lolli. Su cara cambió, los rasgos cambiaron sutilmente hasta convertirse en los de Dave. La boca ennegrecida y los ojos permanecieron, como el sudor de su piel.

Lolli jadeó.

Él rió como un maníaco, su voz era áspera.

—Ni siquiera puedes ver la diferencia, pero nunca me hubieras dado una oportunidad.

—Jodido cabrón. —Lolli abofeteó a Dave. Le golpeó de nuevo, los golpes llovían contra las manos que él había levantado para contenerla.

Luis la agarró de los brazos, pero Dave volvió a reír.

—¿Crees que me conoces? ¿Soy Superficial Dave? ¿Dave el Cobarde? ¿Dave el Idiota? ¿Dave que necesita la protección de su hermano? No necesito nada. —Miró a Luis a la cara—. Eres muy listo, ¿verdad? Tan listo que no viste lo que se te venía encima. ¿Quién es el tonto ahora, eh? ¿Tienes alguna jodida palabra para lo estúpido que eres?

—¿Qué has hecho? —preguntó Luis.

—Hizo un trato con Mabry, —dijo Val— ¿verdad?

Dave sonrió, pero pareció un rictus sombrío, la piel de su boca estaba demasiado tirante. Cuando habló, Val solo vio negrura más allá de sus dientes, como si estuviera mirando al interior de un túnel oscuro.

—Si, hice un trato. No necesito la Visión para saber cuando tengo algo que algún otro quiere. —Se limpió la frente, sus ojos se abrieron más—. Yo quería...

Se derrumbó, su cuerpo se sacudía. Luis se puso de rodillas cerca de Dave y extendió la mano para apartarle el cabello de la cara, después retiró bruscamente la mano.

—Está demasiado caliente. Es como si su piel ardiera.

—Nunca, —dijo Val—. Ha estado tomando Nunca mucho más de una vez al día. Tenía que tomarlo todo el tiempo para mantener esa forma.

—En las películas ponen a la gente febril en una bañera con hielo, —dijo Ruth.

—¿Si? ¿Cuándo están con sobredosis de drogas de hadas? —exclamó Lolli.

—Agárrale, —dijo Val—. El lago debería estar lo bastante frío.

Luis deslizó las manos bajo los hombros de su hermano.

—Ten cuidado. Su cuerpo está realmente caliente.

—Toma mis guantes, —Ruth sacó un par de guantes del bolsillo de su abrigo y se los ofreció a Val.

Poniéndoselos rápidamente, ésta agarró los tobillos de Dave. Tocar su piel era como agarrar el mango de una cazuela con agua hirviendo. Levantó. Era demasiado ligero, podría haber estado hueco.

Juntos ella y Luis se apresuraron a bajar los escalones, y los senderos del paseo hasta el borde del agua. El calor del cuerpo de Dave le abrasaba la piel a través de los guantes y éste se contorsionaba y retorció como si luchara con alguna fuerza invisible. Val apretó los dientes y aguantó.

Luis entró en el agua y Val le siguió, el frío helado de sus pantorrillas fue un terrible contraste con el ardor de sus manos.

—Vale, abajo, —dijo Luis.

Bajaron a Dave al agua, su cuerpo humeó cuando tocó el lago. Val soltó y empezó a retroceder hasta la orilla, pero Luis se quedó, aguantando la cabeza de su hermano sobre el agua, como un predicador realizando un terrible bautismo.

—¿Ayuda? —gritó Ruth.

Luis asintió, frotando la cara flotante de su hermano. Val podía ver que la mano de Luis estaba de un rosa brillante, pero no estaba segura de si se había quemado o solo estaba congelado.

—Mejor, pero tenemos que llevarle a un hospital.

Lolli se acercó, bajando la mirada hacia Dave.

—Jodido estúpido, —gritó—. ¿Cómo pudiste ser tan estúpido? —Parecía repentinamente pérdida—. ¿Por qué haría esto por mí?

—No puedes sentirte responsable, —dijo Val—. Si yo fuera tú, creo que querría matarle.

—No sé que sentir, —dijo Lolli.

—Val, —dijo Luis—. Tenemos que pedir ayuda a Ravus.

—¿Ravus? —exigió Ruth.

—Le salvó la vida antes, —dijo Luis.

Val pensó en la cara de Ravus, hermética, en sus ojos oscuros por la furia. Pensó en las cosas que ella sabía de Mabry y las cosas que solo suponía acerca de la moneda de cambio que Dave había utilizado para pagar su ayuda.

—No sé si estará dispuesto ahora.

—Yo le llevaré al hospital, —dijo Lolli.

—Ve con ella, ¿vale? —pidió Val a Ruth—. Por favor.

—¿Yo? —Ruth pareció incrédula—. Ni siquiera le conozco.

Val se acercó a ella.

—Pero yo te conozco a ti.

Ruth puso los ojos en blanco.

—Bien. Pero me la debes. Me debes un mes de silenciosa servidumbre.

—Te debo un año de silenciosa servidumbre, —dijo Val y entró en el agua para ayudar a Luis a levantar el cuerpo de su hermano otra vez. Lentamente se abrieron paso hasta la calle. El primer taxi al que hicieron señas se detuvo y después, al ver el cuerpo de Dave, arrancó antes de que Lolli pudiera agarrar la puerta. El siguiente paró, aparentemente indiferente a como entraban las dos chicas y Luis ponía a su hermano que se contorsionaba en sus regazos.

—Toma, —dijo Ruth, entregado el arpa.

—Cuidaremos de él, —dijo Lolli.

—Estaré allí tan pronto como pueda. —Luis vaciló cerrando la puerta.

El taxi empezó a moverse y Val vio la cara pálida de Ruth mirando por la ventanilla trasera. Sus labios pronunciaban algo que Val no pudo descifrar mientras el coche se alejaba más y más.

Capítulo 12

Y sus dulces y rojos labios, sobre los cuales se abrasaban los míos, como el fuego del rubí engastado en la lámpara oscilante de un relicario carmesí, como las heridas sangrientas de la granada, o como el corazón del loto empapado y húmedo de la sangre que vierte la viña rosa y roja.

Oscar Wilde: "En la cámara de oro: Armonía"

Un coche de caballos se detuvo bajo el arco del puente. Había sido un largo camino desde el parque y el caballo pardo parecía agitado a la pálida luz del alba. No había conductor.

—¿Crees que alguien se ha dado un salto a la tienda? —preguntó Val.

—Eso no es un caballo, —dijo Luis empujándola lejos de él. Sus ojos estaban inyectados de sangre, sus labios agrietados por el frío—. Da gracias de no poder ver lo que es en realidad.

Parecía como cualquier otro caballo de ciudad, con su gran lomo encorvado y sus gordas pezuñas. Val entornó los ojos hasta que la imagen se tornó borrosa, pero seguía sin saber lo que veía Luis, y decidió no preguntar.

—Vamos.

Pegándose a la pared opuesta, se arrastró bajo el paso elevado; justo detrás de ella iba Luis. Golpeó el tocón, pero mientras se deslizaban a través de la entrada, oyó a alguien bajando las escaleras del puente.

Era demasiado tarde para que hicieran nada excepto jadear hacia Greyan. Sus manos estaban cubiertas de sangre; sangre que goteaba de la punta de sus dedos y se coagulaba en los polvorientos escalones, demasiado brillante para ser real. Sostenía sus cuchillos de bronce en una sola mano. Estos también brillaban con la sangre.

—Está hecho —dijo el ogro. Parecía cansado—. Pequeños humanos, dejadme aleccionaros sobre el no entrometerse más en los asuntos de los duendes.

—¿Dónde está Ravus? —exigió Val—. ¿Qué ha pasado?

—¿Lucharías conmigo de nuevo, mortal? Tu lealtad es encomiable, aunque inapropiada. Guarda tu valentía para un adversario más respetable, —Pasó junto a ella empujándola y bajó los restantes escalones—. No tengo deseos de dar muerte a nadie más hoy.

Todo se redujo a ese momento, esa palabra. Muerte. Seguramente no, se dijo Val a sí misma, tocando la piedra fría de la pared para sostenerse. Por un momento, no creyó poder subir el resto de las escaleras. No podría soportarlo.

Luis subió lentamente los escalones hasta el descansillo, y luego volvió abajó. Se llevó un dedo a los labios.

—Ella está ahí.

Val comenzó a moverse, demasiado rápido, y la mano de Luis se cerró entorno a su brazo.

—Silencio, —siseó él.

Val asintió, sin atreverse a preguntar por Ravus. Juntos subieron poco a poco los escalones, cada paso hacía que se levantara una nube de polvo, el crujido de la estructura de hierro, el sonido discordante de las cuerdas del arpa; ruidos que Val esperaba quedaran amortiguados por el constante ruido del tráfico en lo alto. Tan pronto

como se acercaron al descansillo, oyó la voz de Mabry, llena de ansiedad.

—¿Dónde lo tienes guardado? Sé que debes de tener algo de veneno en alguna parte. Vamos, hazme un último favor.

Val esperó a oír la respuesta de Ravus, pero él no habló.

Luis parecía sombrío.

—Solías estar siempre ansioso por complacer, —continuó Mabry amargamente. Algo cayó dentro de la habitación y Val creyó oír el sonido agudo del cristal haciéndose añicos.

Val se arrastró lentamente hacia adelante, separando la cortina de plástico.

El escritorio de Ravus estaba volcado, sus libros y papeles estaban esparcidos por todo el cuarto. El sillón tenía cortes limpios por donde se escapaban las plumas y la espuma del relleno. Unas cuantas velas parpadeaban en el suelo, algunas rodeadas de riachuelos de cera. Las piedras de las paredes tenían profundos cortes. Ravus estaba tendido de espaldas, con una mano sobre el pecho, la sangre surgía de entre sus dedos. Oscuras y húmedas vetas manchaban el suelo, como si se hubiera arrastrado por él. Mabry, agachada sobre un armario, hurgaba con una mano entre el contenido, la otra sostenía un plato que contenía los restos rojos de algo.

Val se acercó gateando, haciendo caso omiso de los dedos que Luis enterraba en su piel, el miedo lo embotaba todo, excepto de la visión del cuerpo de Ravus.

—¿Sabes cuánto llevo esperando a que mueras? —preguntó Mabry, su voz era casi frenética ahora—. Finalmente me veré libre del exilio. Libre para regresar a la Corte de la Luz y a mi trabajo. Pero ahora todo el placer que pensé obtener de tu muerte me ha sido robado.

"Alguien tenía que parecer culpable de matar a todas esas hadas, así que al menos servirás para algo. A nadie le gustan los cabos sueltos. —Mabry seleccionó un frasco del armario y lo olió—. Esto tendrá que valer... mi nueva Señora es impaciente y quiere que las cosas se solucionen antes del Solsticio de Invierno. ¿No es irónico que después de todo este tiempo, después de toda tu lealtad, haya sido yo la seleccionada para ser su representante en la Corte Oscura? Nunca hubiera pensado que la reina de la Corte de la Luz quisiera un doble agente. Quizá pueda disfrutar trabajando para Silarial. Después de todo, ha probado ser un ama tan despiadada como mi propia y querida Señora.

Val separó la cortina de plástico y entró gateando en el cuarto. La cabeza de Ravus estaba girada hacia la pared, mirando hacia la espada colgada de Tamson, sus dorados ojos estaban apagados y borrosos. Había una herida profunda en su pecho que la mitad de su mano cubría, como si estuviera prometiendo algo a la muerte. El cuarto apestaba a algo raro, una fragancia fuerte que hizo que Val tuviera arcadas.

Cruzo mi corazón y espero morir.

Val estaba temblando cuando se levantó, sin preocuparse por Mabry, por política o planes; por nada que no fuera Ravus.

No podía dejar de mirar la sangre que teñía sus labios y daban un tinte rosado a sus dientes. Su piel estaba lejos de estar pálida, el verde era el único color que quedaba.

Mabry se giró, mostrando claramente el contenido del plato que había en su mano; era el trozo de carne que faltaba en el pecho de Ravus. Su corazón. Val sintió que el mareo la aplastaba. Quiso gritar pero su garganta estaba cerrada al sonido.

—Luis —dijo Mabry—, tu hermano sentirá oír que te cansaste tan rápidamente de mi hospitalidad.

Val se dio media vuelta. Luis estaba delante de ella, un músculo de su mandíbula temblaba.

—Y mi arpa —la voz de Mabry contenía un cierto placer burlón que estaba en

desacuerdo con el entorno, con el mobiliario roto y la sangre. —Ravus, mira lo que tus sirvientes han traído. Un poco de música.

—¿Por qué le hablas? —gritó Val. —¿No puedes ver que está muerto?

Con el sonido de su voz, Ravus levantó su cabeza ligeramente.

—¿Val? —gruñó.

Val brincó hacia atrás, lejos de su cuerpo. No era posible que hablara. Esperando poder luchar contra el horror sintió la angustia alzarse en su garganta.

—Adelante, Luis —dijo Mabry—. Tócala. Estoy segura que descansará mejor sabiéndolo.

Luis tañó una cuerda y la voz de Tamson resonó a través de la recámara, relatando su historia. En el momento en que Tamson dijo la palabra “traición” la espada de cristal cayó de la pared, agrietándose profundamente bajo la superficie, como el hielo de un lago.

—Tamson —dijo suavemente Ravus. Su cabeza se alzó, intentó erguirse, sus ojos eran duros a causa del odio, pero su brazo estaba tan resbaladizo por la sangre que no pudo soportar el peso. Se echó para atrás con un gemido.

El labio de Mabry se curvó y se agachó sobre Ravus.

—Oh, ver tu cara cuando tu espada le atravesó. Tu cabello será la próxima cuerda de mi arpa, gimiendo tu patética historia por toda la eternidad.

—Aléjate de él —dijo Val, recogiendo la pata rota de la mesa.

Mabry alzó el plato.

—Sorprendente, ¿verdad?, estos trolls pueden vivir un tiempo sin sus corazones. Tal vez le quede una hora si no me apuro, pero arrojaré su corazón al suelo si no te mantienes fuera de mi camino.

Val se quedó inmóvil, dejando caer la pata de madera.

—Bien —dijo Mabry—. Lo dejaré en tus capaces manos.

Sus cascos hicieron un ruido estrepitoso escaleras abajo, arrastraba el vestido tras ella.

Val cayó de rodillas junto a Ravus. Un largo dedo con una uña en forma de garra se alzó para tocar su rostro. Sus labios estaban manchados de un oscuro carmesí.

—Dime qué debo traerte —dijo Val—. Qué hierbas combinar.

Él sacudió la cabeza.

—Esto no puede curarse.

—Entonces iré a por tu corazón —dijo Val con voz dura. Se levantó de un salto, esquivando la cortina de plástico y bajando las escaleras. Golpeó la pared y se abrió paso a través del portal hasta la calle. El aire frío le provocó escozor en el rostro caliente, pero tanto Mabry como el carruaje habían desaparecido.

Todo había dado un giro terrible, girando vertiginosamente tan fuera de control que ella no podía detenerlo. No había forma. Ningún plan.

Lo único sobre lo que tenía algún poder era sobre sí misma. Podía alejarse de allí, huir una y otra vez hasta que estuviera tan fría y entumecida que no pudiera sentir nada en absoluto. Al final, sería ella la única que tomaría la decisión, tendría el control. No tendría que ver morir a Ravus.

Ahí, agachada sobre la acera, se ahogó en sus propios sollozos, con los ojos secos. Era como querer vomitar sin tener nada en el estómago. Se enterró las uñas en la muñeca, el dolor enfocó su mente hasta que pudo obligarse a volver a subir las escaleras y no gritar.

Luis estaba arrodillado junto a Ravus, las manos de ambos estaban entrelazadas.

—Una cuerda de amaranto —decía el troll roncamente, una burbuja roja se formó en sus labios—. El sueño de un niño, el olor del verano. Entretéjelo en una

corona para tu hermano y ponla en su cabeza con tus propias manos

—No se cómo obtener esas cosas —dijo Luis, con la voz rota.

Val les miró fijamente a ambos, luego a la pared y a las cortinas polvorientas.

—Perdóname —dijo.

Ravus se giró hacia ella, pero ella no esperó su respuesta. Tiró de las cortinas, desgarrándolas, y el cuarto se inundó de luz.

—¿Qué estás haciendo? —chilló Luis.

Val le ignoró, precipitándose hacia la siguiente ventana.

Ravus se incorporó sobre un codo. Abrió la boca para hablar, pero su piel ya se había tornado gris y su boca se había quedado congelada. Se convirtió en piedra, una estatua hecha por la mano de algún escultor retorcido, y la mancha de sangre se convirtió en escombros.

Luis corrió hasta donde ella estaba arrancando más cortinas.

—¿Estás loca?

—Necesitamos tiempo para detener a Mabry —respondió Val gritando—. No morirá mientras sea de piedra. No morirá hasta el crepúsculo.

Luis meneó la cabeza lentamente.

—Pensé que podría... no pensé en la luz del sol.

—Ravus podrá tejer la corona para Dave por sí mismo cuando despierte. Era que relucía tanto a la luz del sol que no podía mirarla directamente—. Encontraremos a Mabry y luego los salvaremos a ambos.

Luis dio un paso hacia atrás alejándose de ella.

—Creía que las espadas mágicas no se rompían.

Val se sentó en el suelo con las piernas cruzadas, dejando que la espada descansara sobre sus rodillas. La grieta era visible bajo el cristal, pero cuando pasó sus dedos por la superficie, esta estaba lisa.

—Mabry dijo algo acerca de ser un agente en la Corte Oscura

—Un agente doble —Luis giró la bola del piercing de su labio entre el pulgar y el índice mientras lo consideraba—. Y estaba buscando veneno.

—Las hadas del parque dijeron que Silarial había venido a ver a Mabry. Creían que Mabry tenía algún tipo de prueba. ¿Habrán llegado a alguna clase de acuerdo?

—¿Un acuerdo para envenenar a alguien?

—De acuerdo —dijo Val—. Si Silarial hubiera sabido que Mabry era la responsable de envenenar a los exiliados de la Luz, realmente tendría a Mabry sobre un barril de pólvora. Mabry tendría que hacer cualquier cosa que Silarial quisiera para salvar el pellejo. Incluso regresar a su Corte y matar a alguien.

—Mi hermano los envenenó, ¿verdad? —preguntó Luis.

—¿Qué?

—Eso fue lo que Dave hizo por Mabry. Él envenenó a esas hadas para inculpar a Ravus de sus muertes. Lo que ella hizo por Dave fue retenerme en su casa. Eso es lo que quieres decir cuando dices que Silarial fue la responsable. Quieres decir que ella lo orquestó, pero algún otro llevó a cabo los envenenamientos.

—No quería decir eso. No lo sabemos.

Luis no dijo nada.

—Me sorprende que te importe —dijo Val, la frustración y el miedo la hicieron hablar bruscamente—. No creía que pudieras creer que matar hadas fuera nada del otro mundo

—Creías que yo era el asesino, ¿verdad? —Luis apartó el rostro.

—Por supuesto que sí —Val sabía que estaba siendo cruel, pero las palabras manaban de sus labios como si estuvieran vivas, como si fueran arañas, lombrices y

escarabajos impacientes por salir de su boca—. Toda tu charla sobre que las hadas eran peligrosas y luego, oh, mira, están siendo asesinadas con veneno para ratas. Si hubieras adivinado que Dave era el envenenador, ¿qué habrías hecho? ¿De verdad le habrías detenido?

—Por supuesto que lo habría hecho —escupió Luis

—¡Oh, vamos! Tú odias a las hadas.

—Les tengo miedo —gritó Luis, luego respiró profundamente—. Mi padre tenía la visión y eso lo volvió loco. Mi madre muerta. Mi hermano está catatónico. Yo soy un puñetero tuerto vagabundo de diecisiete años. La Tierra de las Hadas debería ser una parada prohibida.

—Bueno, entonces, que corra el champán —dijo Val, acercándose tanto a él que pudo sentir el calor de su cuerpo. Hizo un gesto amplio con la mano abarcando toda la habitación—. Otro de ellos ha muerto.

—No es eso lo que quería decir —Luis se alejó de ella, la luz bañaba su rostro. Se acercó al cuerpo de Ravus, extendió una mano para tocar la piedra, y después la retiró como si pensara que podía quemarse—. Es solo que no sé qué podemos hacer.

—¿A quién crees tú que Silarial quería que Mabry envenenara? Tiene que ser alguien dentro de la Corte Oscura.

—Esa es lo que Ravus llamaba la Corte de la Noche.

Val fue hacia el mapa que había en la pared del cuarto de Ravus. Allí, en las afueras de la Ciudad de Nueva York, lejos de los alfileres que marcaban cada uno de los envenenamientos, había dos marcas negras, una en Upstate, Nueva York; y otra en New Jersey. Tocó el que estaba en Jersey.

—Aquí.

—Pero, ¿quién? Esto nos sobrepasa.

—¿No hay un nuevo rey ahí? —preguntó Val—. Mabry dijo algo acerca del Solsticio de Invierno. ¿Podría ser que intentara matarle?

—Quizás.

—Incluso si no es él... no importaba. Todo lo que necesitamos saber es dónde está ella.

—Pero las Cortes no son lugares donde se suponga que los humanos debemos estar, especialmente la Corte Oscura. La mayoría de las hadas ni siquiera se atreven a ir allí.

—Tenemos que ir... debemos recuperar el corazón de Ravus. Morirá sino lo hacemos

—¿Qué vamos a hacer? ¿Bajar ahí y pedirlo?

—Casi —dijo Val. En cuanto se levantó vio un diminuto frasco de Nunca yaciendo junto al asfódelo⁷ y el escaramujo. Lo levantó.

—¿Para que es eso? —preguntó Luis, a pesar de que debía saberlo perfectamente.

Sus pensamientos vagaron hasta Dave, pero ni siquiera su piel pálida y su boca ennegrecida hicieron que tuviera menos hambre de Nunca. Podría necesitarlo. Lo necesitaba ahora. Un solo pellizco y todo ese dolor desaparecería.

Pero se limitó a meterlo en su mochila y sacar los billetes de tren de regreso que había comprado horas antes, mostrándoselos a Luis. El papel estaba tan gastado por llevar tanto tiempo dentro de la mochila, que lo sentía tan suave como tela entre sus dedos, pero cuando Luis tomó el suyo, el billete atravesó fácilmente su carne. Por un momento, su piel pareció tan sorprendida que se olvidó de sangrar.

⁷ es una planta herbácea perenne nativa de la región mediterránea.

Capítulo 13

Inmediatamente después de los monstruos, mueran los héroes.

Roberto Calasso. El matrimonio de Cadmus y Harmony

Val se encaramó a su asiento unos pocos momentos, después paseó intranquilamente por el pasillo. Cada vez que pasaba junto al conductor, le preguntaba cuál era la próxima parada, si llegaban tarde, si podían ir más rápido. Él dijo que no podían. Recorriendo con la mirada la espada envuelta en una manta sucia y atada con cordones, el hombre aceleró.

Val había tenido que mostrar la hoja para probar que era simplemente decorativa al subir. Era solo cristal, después de todo. Explicó que estaba haciendo una entrega.

Luis hablaba suavemente por el móvil de Val, con la cabeza vuelta hacia la ventana. Llamó a todos los hospitales que se le ocurrieron antes que se le ocurriera llamar al móvil de Ruth y ahora que había dado con ella su cuerpo se había relajado, sus dedos ya no se hundían en la lona de la mochila de Val, su mandíbula ya no estaba tan apretada que los músculos de su cara saltaban.

Colgó el teléfono.

—Solo te queda un poco de saldo.

Val asintió.

—¿Qué ha dicho?

—Dave está en estado crítico. Lolli se ha largado. No puede soportar los hospitales, odia el olor o algo. Le han hecho pasar a Ruth un mal rato porque no les ha contado lo que tomó Dave, y, por supuesto, no la dejaban entrar a verle, "porque no es de la familia".

Val manoseó el borde roto del asiento de plástico, las ventanas de su nariz se dilataron mientras respiraba con fuerza. Era demasiada furia, tan concentrada que realmente sentía que era demasiada furia para soportarlo.

—Quizás tú...

—No hay nada que yo pueda hacer. —Luis miró por la ventana—. No va a conseguirlo, ¿verdad?

—Lo hará, —dijo Val firmemente. Ella podía salvar a Ravus. Ravus podía salvar a Dave. Como fichas de dominó, dispuestas en filas, y lo más importante era que no las volcara.

Mirando sus propias manos, arañadas y sucias de polvo, era difícil imaginar que fueran a ser las manos que salvarían a alguien.

Sus pensamientos se posaron en el Nunca de su mochila.

Prometía cantar en sus venas, hacerla más veloz y más fuerte y más fina de lo que era. No sería tan estúpida. No terminaría como Dave. No más de una pizca. No más de una vez al día. Sólo lo necesitaba ahora, para mantenerse entera, para enfrentar a Mabry, para dejar que toda la rabia y la pena fuera tragada por algo mayor que ella misma.

Luis se había colocado en el otro asiento, recostándose tanto como podía, con los ojos cerrados, los brazos cruzados sobre el pecho, la cabeza apoyada en la mochila de Val, que estaba colocada contra el reborde de metal de la ventana. No se enteraría si se escapaba al baño.

Val se puso en pie, pero algo captó su atención. La tela que la envolvía se había deslizado, revelando un poco de la espada de cristal, etérea a la luz del sol. La hizo pensar en carámbanos colgando del cabello de la madre de Ravus.

Equilibrio. Como una espada bien forjada. Perfecto equilibrio.

No podía confiar en sí misma con el Nunca trabajando en su interior, haciéndola alternativamente formidable o distraída, soñadora o intensa. Sin equilibrio. Desequilibrada. No sabía cuanto tiempo podría contenerse y no tomarlo, pero podía evitarlo otro momento. Y quizás un momento más después de ese. Val se mordió el labio y retomó su pasear.

Val y Luis se bajaron en la estación de Long Brach, lanzándose hacia la plataforma de hormigón tan pronto como se abrieron las puertas. Unos pocos taxis se demoraban en las cercanías, con sus techos coronados por gorras amarillas.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Luis—. ¿Dónde demonios estamos?

—Vamos a mi casa, —dijo Val. Sujetando la espada por su empuñadura, apoyó la hoja envuelta contra su hombro y empezó a caminar—. Necesitamos tomar prestado un coche.

La casa de ladrillo parecía más pequeña de lo que Val recordaba. La hierba estaba marrón y cubierta de hojas, los árboles negros y desnudos. El Miata rojo de la madre de Val estaba delante, aparcado en la calle aunque ella debería haber estado trabajando. Pañuelos de papel y tazas de café vacías llenaban el cubo de la basura. Val frunció el ceño. No era propio de su madre ser desordenada.

Val abrió la puerta mosquitera, sintiéndose como si estuviera caminando a través de un paisaje de ensueño. Todo era a la vez familiar y extraño. La puerta delantera estaba abierta, la televisión apagada en el salón. A pesar del hecho de que era después de mediodía, la casa estaba oscura.

Era inquietante estar en el mismo lugar donde había visto a Tom con su madre, pero más raro aún era lo pequeña que parecía la habitación.

De algún modo ésta había crecido en su mente hasta ser tan vasta que no podía imaginarse cruzándola para volver a su propio dormitorio.

Val bajó la espada de su hombro y dejó caer su mochila en el sofá.

—¿Mamá? —llamó suavemente. No hubo respuesta.

—Solo encuentra las llaves, —dijo Luis—. Es más fácil pedir perdón que permiso.

Val medio giró la cabeza para regañarle, pero un movimiento en las escaleras la detuvo.

—Val, —dijo su madre, bajando apresuradamente los escalones, solo para detenerse en el último escalón. Sus ojos estaban enrojecidos, su cara sin maquillar, y su pelo despeinado. Val lo sintió todo a la vez: culpa por hacer que su madre se preocupara tanto, justa satisfacción porque su madre estuviera sufriendo, y excesivo cansancio. Quería que las dos dejaran de sentirse tan miserables, pero no tenía ni idea de como lograr que eso ocurriera.

La madre de Val caminó los últimos pocos pasos lentamente y la abrazó con fuerza. Val se apoyó contra el hombro de su madre, oliendo a jabón y débil perfume. Con los ojos ardiendo por una súbita emoción, se apartó.

—Estaba tan preocupada. Seguía pensando que entrarías, justo así, pero no lo hacías. Durante días y días no lo hiciste. —La voz de su madre chilló y se rompió.

—Ahora estoy aquí, —dijo Val.

—Oh, cariño. —La madre de Val extendió la mano con vacilación para pasar los dedos por la cabeza de Val—. Estás tan delgada. Y tú pelo...

Val se retorció bajo su mano.

—Déjalo, mamá. Me gusta mi pelo.

Su madre cambió de color.

—Eso no es lo que quería decir. Siempre te ves hermosa, Val. Solo que pareces diferente.

—Soy diferente, —dijo Val.

—Val, —advirtió Luis—. Las llaves.

Ella le frunció el ceño, tomó aliento.

—Necesito coger prestado el coche.

—Has estado fuera durante semanas. —La madre de Val miró a Luis por primera vez—. No puedes marcharte de nuevo.

—Volveré mañana.

—No. —En la voz de la madre de Val había una nota de pánico—. Valerie, lo siento mucho. Lo siento todo. No sabes lo preocupada que he estado por ti, las cosas que he estado imaginando. Seguía esperando la llamada de la policía diciendo que te había encontrado muerta en una zanja. No puedes hacerme pasar por eso otra vez.

—Hay algo que tengo que hacer, —dijo Val—. Y no tengo mucho tiempo. Mira, no entiendo lo tuyo con Tom. No sé en qué estabas pensando o como ocurrió, pero...

—Debes pensar que soy...

—Pero ya no me importa.

—¿Entonces por qué...? —empezó ella.

—Esto no se trata de ti y no puedo volver a casa hasta que lo termine. Por favor.

Su madre suspiró.

—Suspendiste el examen de conducir.

—¿Puedo conducir yo? —preguntó Luis.

—Tengo mi permiso, —dijo Val a su madre, después miró fijamente a Luis—. Sé conducir. Solo que no soy capaz de aparcar en paralelo.

La madre de Val fue a la cocina y volvió con una llave y un mando de alarma colgando de un llavero con un diamante falso.

—Te debo algo de confianza, Valerie, así que aquí tienes. No hagas que me arrepienta.

—No lo haré, —dijo Val.

La madre de Val dejó caer las llaves en su mano.

—¿Me prometes que volverás mañana? Prométemelo.

Val pensó en la forma en que sus labios habían ardido cuando no había mantenido su promesa de volver con Ravus a tiempo. Asintió. Luis abrió la puerta delantera. Val se volvió hacia ella, sin mirar a su madre.

—Todavía eres mi madre, —dijo Val.

Cuando bajó los escalones de la entrada, Val sintió el sol en la cara, y le pareció que al menos una cosa podría salir bien.

Condujo el coche a través de carreteras familiares, recordándose a sí misma poner los intermitentes y vigilar su velocidad. Esperaba que nadie los parara.

—Sabes, —dijo Luis— la última vez que estuve en un coche fue en el Bug de mi abuela e íbamos a la tienda a por algo en vacaciones... Acción de Gracias, creo. Vivía en las afueras de Long Island, donde necesitas coche para ir por ahí. Lo recuerdo porque un

rato antes mi padre me había llevado a un lado para decirme que podía ver goblins en el jardín.

Val no dijo nada. Estaba concentrada en la carretera.

Condujo el Miata pasando los pilares que flanqueaban la entrada del cementerio, el ladrillo de los muros estaba cubierto por enredaderas deshojadas. El cementerio en sí mismo ocupaba una colina, punteada con piedras blancas y lápidas. A pesar del hecho de que era final de Noviembre, la hierba allí era todavía verde.

—¿Ves algo? —preguntó Val—. A mí solo me parece otro cementerio.

Luis no respondió al principio. Miraba por la ventana, con una mano inconscientemente subiendo para tocar el cristal empañado.

—Eso es porque estás ciega.

Val pisó el freno, deteniéndose en seco.

—¿Qué ves?

—Están por todas partes, —Luis puso la mano en la manecilla de la puerta, su voz era poco más que un suspiro.

—¿Luis? —Val apagó el coche.

La voz de Luis sonaba distante, como si estuviera hablando para sí mismo.

—Dios, míralos. Alas de cuero. Ojos negros. Dedos largos y curvados. — Entonces volvió a mirar a Val, como si de repente la recordara—. ¡Abajo!

Se agachó, metiéndose la cabeza en el regazo, sintiendo la calidez de los brazos de él caer sobre ella, mientras el aire azotaba la parte superior del coche.

—¿Que está pasando? —gritó Val sobre el viento aullador. Algo arañaba el techo de cuero del coche y la capota se estremecía.

Entonces el aire se inmovilizó, quedando en nada. Cuando Val levantó lentamente la cabeza, le pareció que ni siquiera una hoja se movía con la brisa. El cementerio entero se había quedado en silencio.

—Este coche es todo de fibra de vidrio. —Luis se levantó—. Podrían atravesar el techo si quisieran.

—¿Por qué no lo hacen?

—Supongo que están esperando a ver si estamos aquí para dejar algunas flores en una tumba.

—No tenían porque hacer eso. Íbamos a salir. —Inclinándose hacia el asiento de atrás, Val desenvolvió la espada de cristal. Luis agarró la mochila de Val y se la deslizó sobre el hombro.

Val cerró los ojos y tomó un profundo aliento. Su estómago se retorció, como le ocurría siempre antes de un partido de lacrosse, pero esto era diferente. Sentía su cuerpo distante, mecánico. Sus sentidos se afinaron hasta notar cada sonido, cada cambio de color y forma, pero poco más. La adrenalina clamaba en su sangre, enfriando sus dedos, acelerando su corazón.

Bajando la mirada hacia la espada, Val abrió la puerta y salió a la grava.

—Vengo en paz, —dijo—. Llevadme hasta vuestro líder.

Dedos invisibles se cerraron sobre su piel, pellizcando la carne, tirando de su pelo, empujando y tirando de ella hacia el interior de la colina, donde trozos de hierba se alzaban y abrían en la tierra negra. Intentó gritar cuando cayó hacia adelante, de cara al suelo, respirando el rico olor a mineral mientras ahogaba un chillido. Sus brazos empujaron contra la tierra mientras intentaba elevarse a sí misma, pero la tierra, la roca y la hierba cedieron bajo ella y se desplomó en la oscuridad envuelta en raíces.

Despertó con cadenas de oro, en un salón lleno de hadas.

En un estrado de tierra, un caballero de cabello blanco estaba sentado en un trono de ramas de abedul, su piel era tan pálida como el hueso. Se inclinó hacia adelante y llamó por señas a una chica de piel verde y alas que evaluó a Val con extraños ojos negros. El hada alada se inclinó y habló suavemente al rey sentado en el trono. Los labios de él se retorcieron en lo que podría haber sido una sonrisa.

Sobre ella estaba la parte de abajo de la colina, hueca como un cuenco, y pendían de la misma, largas raíces que se retorcían y giraban como si fueran dedos que no pudieran alcanzar lo que deseaban.

A su alrededor Val tenía una bandada de criaturas que murmuraban, guiñaban los ojos y se preguntaban por ella. Algunos eran altos y delgados como ramas, otros, criaturas diminutas que se movían velozmente por el aire como avispas. Algunos tenían cuernos que se retorcían hacia atrás desde las frentes como enredaderas, algunos se recogían hacia atrás melenas verdes tan espesas como hilo en un carrete, y unos pocos tropezaban sobre extraños e improbables pies. Val se alejó de un salto de una chica con alas que soltaban polvo y cuyos dedos profundizaban en el color blanco de la piedra lunar para terminar azules en las puntas. No había lugar al que pudiera mirar y ver algo familiar. Ahora estaba muy a dentro en la madriguera de conejo, justo en el mismo fondo.

Un hombre encorvado de largo cabello dorado se postró sobre una rodilla ante la criatura del trono y después se alzó con tanta destreza como si fuera un niño. Miró astutamente en dirección a Val.

—Encontraron la entrada tan fácilmente como si se les hubiera dirigido, ¿pero quién dirigiría a un par de humanos? Un acertijo para tu placer y deleite, mi Lord Roiben.

—Como bien dices, —Roiben asintió hacia él y el hombre hada retrocedió.

—Yo puedo resolver este misterio, —dijo una voz familiar.

Val se dio la vuelta, tropezando con el cuerpo de Luis, y retorciendo la cabeza hacia quien hablaba. Luis gruñó. Mabry pasó por encima de ellos, el ruedo de su traje de noche rozó la mejilla de Val. Extendió una caja plateada hermosamente tallada y se inclinó en una leve reverencia—. Yo tengo lo que buscan.

Roiben alzó una sola ceja blanca.

—Mi Corte no se complace en tener la luz danzando alegremente en nuestros salones, ni siquiera si es por un momento, para la admisión de prisioneros.

Luis rodó de lado y Val pudo ver que estaba encadenado como ella, pero su cara estaba ensangrentada. Cada uno de los piercings de acero le habían sido arrancados de la carne.

Mabry bajó los ojos, pero no pareció muy abochornada.

—Permíteme ocuparme de la luz y de su brillo.

—Jodida bruja... —empezó Val, pero fue interrumpida por un corte en el hombro.

—Él no te ha preguntado nada, —espetó el hada de cabello dorado—. No digas nada.

—No, —dijo el Señor de la Corte Oscura—. Dejadles hablar. Es tan raro que tengamos invitados humanos. Ya casi no recuerdo la última vez, pero entonces no fue nada menos que memorable. —Algunos de los allí reunidos rió disimuladamente ante eso, aunque Val no estaba segura de por qué—. El chico tiene la auténtica Visión, si no me equivoco. Ninguno de nosotros escapa a tu ojo, ¿verdad?

Luis miró alrededor de la habitación, con miedo grabado en la cara. Se lamió la sangre de los labios y asintió.

—Me pregunto que ves cuando me miras, —dijo Roiben—. Pero vamos, contadnos qué os trae hasta nosotros. ¿Está verdaderamente en posesión de Mabry?

—Ella cortó el corazón de mí... —dijo Val—. De un ser mágico... un troll. He venido a recuperarlo.

Mabry rió ante eso, una risa profunda y sensual. Parte de la multitud rió también.

—Ravus está ya bien muerto en estos momentos, pudriéndose en sus cámaras. Seguramente lo sabes. ¿Qué bien te hará su corazón?

—Muerto o no, —dijo Val— he venido a por su corazón y lo tendré.

Una sonrisa sardónica tocó la boca de Roiben y Val sintió un temor arrastrase sobre ella. El rey miró a Val y Luis con ojos pálidos.

—Lo que pides no es mío para dártelo, pero quizás mi sirviente será generosa.

—No lo creo —dijo Mabry—. Si consumes el corazón de la cosa, consumes algo de su poder. Condimentaré el corazón de Ravus. —Bajó la mirada primero hacia Luis y después hacia Val—. Y lo saborearé todavía más sabiendo que vosotros lo deseáis.

Val se alzó de rodillas y después se puso en pie, con las muñecas todavía atadas a la espalda. La sangre latía en sus oídos, tan ruidosa que casi ahogaba cualquier otro sonido.

—Lucha conmigo por él. Apostaré su corazón contra el mío.

—Los corazones mortales son débiles. ¿Qué necesidad tengo de semejante corazón?

Val dio un paso hacia ella.

—Si soy tan débil, entonces debes ser una auténtica jodida cobarde para no luchar conmigo. —Se giró hacia las hadas, hacia los ojos de gatos, aquellos de piel verde y dorada, aquellos con cuerpos demasiado estirados o demasiado achaparrados y de todo tipo de proporciones antinaturales—. Solo soy una humana, ¿no? No soy nada. Desaparecida en el suspiro de una de vuestras bocas, eso es lo que dijo Ravus. Así que si tenéis miedo de mí, entonces sois menos que eso.

Los ojos de Mabry brillaron peligrosamente, pero su cara permaneció plácida.

—Tienes gran atrevimiento para hablar así, en mi propia corte, a los pies de mi nuevo señor.

—Me atrevo, —dijo Val—. Como te atreves tú a actuar de forma tan altanera y orgullosa cuando estás aquí sólo para asesinarle como asesinaste a Ravus.

Mabry rió, corta y agudamente, pero una parte de la asamblea de seres mágicos murmuraba.

—Déjame adivinar, —dijo Roiben perezosamente—. No debería escuchar a la mortal ni un minuto más.

Mabry abrió la boca y después la volvió a cerrar.

—Acepta su desafío, —dijo Roiben—. Que no tenga que decir que un miembro de mi Corte no pudo superar a una niña humana. No hagas que tenga que decir que mi asesina era una cobarde.

—Como deseas, —dijo Mabry, girándose abruptamente hacia Val—. Después de que acabe contigo, le sacaré el otro ojo a Luis y me haré una nueva arpa con los huesos de ambos.

—Insértame en tu arpa, —siseó Val—. Y te maldeciré cada vez que la toques.

Roiben se puso en pie.

—¿Estás de acuerdo con los términos de su desafío? —inquirió, y Val sospechó que le estaba dando la oportunidad de hacer algo, pero no sabía qué.

—No, —dijo Val—. No puedo hablar por Luis. Él no tiene nada que ver con mi desafío.

—Puedo hablar por mí mismo, —dijo Luis—. Estoy de acuerdo con las condiciones fijadas por Mabry añadiendo algo. Ella puede tenerme, pero si Val gana, seremos libres. Podremos salir de aquí.

Val miró a Luis, agradeciendo su perspicacia y asombrada por su propia estupidez.

Roiben asintió.

—Muy bien. Si la mortal gana, le daré a ella y a su compañero pasaje seguro a través de mis tierras. Y ya que no habéis decidido los términos de vuestro combate, los elegiré yo... lucharéis hasta la primera sangre. —Suspiró—. No creáis que hay compasión en ello. Viviendo, Mabry ganará vuestros corazones y huesos, lo que no es preferible a estar seguramente muerto. Sin embargo, yo tengo preguntas para Mabry y la necesito viva para responderlas. Ahora, Thistledown, desata a los mortales y dale a la chica su arma.

El hombre de cabello dorado deslizó una llave dentada en el cerrojo y las cadenas se abrieron, cayendo a tierra con un sonido hueco que resonó por toda la sala.

Luis se puso en pie un momento después, frotándose las muñecas.

Una mujer con pelo tan largo en la barbilla que este estaba tejido en diminutas trenzas le trajo a Val la espada de cristal y se inclinó sobre una rodilla, alzando la hoja en las palmas. La espada de Tamson. Val miró fijamente a Mabry, pero si esta había tenido alguna reacción ante la visión de la espada, si recordaba incluso a quién había pertenecido una vez, no dio muestra de ello.

—Puedes hacerlo, —dijo Luis—. ¿Qué sabe ella de luchar? No es ningún caballero. Simplemente no la dejes distraerte con encanto.

Encanto. Val miró a su mochila, la correa todavía colgaba del hombro de Luis. Había casi una botella llena de Nunca allí. Si el encanto era el arma de Mabry, entonces Val podría luchar con los mismos términos.

—Dame la mochila, —dijo Val.

Luis se la bajó por el brazo y se la ofreció.

Val extendió la mano y tocó la botella. Cavando más abajo, su mano se cerró sobre un encendedor. Solo llevaría un momento y Val estaría inundada de poder.

Cuando se volvió, vio su cara reflejada en el cristal de la hoja, vio sus propios ojos inyectados en sangre y la piel veteada de mugre, antes de que las luces errantes bajo la colina atravesaran la espada con un repentino brillo. Val pensó en la chica, Nancy, golpeada por el tren porque estaba tan llena de Nunca que no había visto el brillo de los faros u oído el chirrido de los frenos. ¿Qué podía perderse Val mientras estaba envuelta en sus propias ilusiones? Sintió el peso del conocimiento golpearla como una piedra tragada; tenía que hacer esto sin una pizca de Nunca cantando bajo su piel.

Val tenía que luchar con Mabry con lo que sabía... años de lacrosse y semanas de espada, peleas a puñetazos con los chicos vecinos, que nunca decían que pegaba como una chica, el dolor de empujar a su cuerpo más allá de lo que creyó poder resistir. Val no podía combatir el fuego con el fuego, pero podía luchar con hielo.

Dejó caer el encendedor y alzó la espada de cristal de las manos de la chica.

No puedo caer, se recordó a sí misma, pensando en Ravus y en Dave y en fichas de dominó colocadas en pulcras filitas. No puedo caer y no puedo fallar.

La corte había despejado un espacio cuadrado en medio de la sala y Val entró en él, quitándose el abrigo. Lo dejó caer al suelo, el aire frío erizó el vello de sus brazos. Tomó un profundo aliento y olió su propio sudor.

Mabry salió de entre la multitud, arropada en niebla que se congeló tomando la forma de una armadura. En su mano sujetaba un látigo de humo. La punta dejaba hebras detrás, que le recordaron a Val chispeantes fuegos artificiales.

Val dio un paso adelante, separando las piernas ligeramente y manteniéndolas relajadas en las rodillas. Pensó en el campo de lacrosse, en la forma suave pero firme de sujetar el stick. Pensó en las manos de Ravus, empujando su cuerpo a la postura correcta. Val anhelaba el Nunca, abrasándola desde el interior, llenándola de fuego, pero apretó los dientes y se preparó para empezar.

Mabry avanzó acechando hacia el centro del cuadrado. Val quiso preguntar si debían empezar ya, pero Mabry le envió un arremolinante latigazo y no hubo más tiempo para preguntas. Val esquivó, intentando partir el látigo por la mitad, pero este se volvió insustancial como niebla y la hoja simplemente lo traspasó.

Mabry lanzó el látigo otra vez. Val bloqueó, fintó y empujó, pero su alcance era demasiado corto. Apenas esquivó tambaleante otro golpe.

Mabry retorció el látigo sobre su cabeza como si fuera un lazo. Sonrió hacia la multitud y las hadas aullaron. Val no estaba segura de si mostraban su favor o solo pedían sangre.

El látigo voló, reptando hacia Val. Ella se agachó y rodó bajo la guardia de Mabry, intentando uno de esos movimientos de fantasía que parecían geniales si te las podías arreglar para hacerlos. Falló del todo.

Dos quites más y Val estaba cansándose rápidamente. Llevaba débil dos días y su última comida había sido una pálida manzana de hada. Mabry golpeó hacia su espalda, haciendo que la Corte tuviera que apartarse para la tambaleante retirada de Val.

—¿Crees que eres un héroe? —preguntó Mabry, con la voz llena de falsa piedad, alzándose lo bastante como para llegar a la multitud.

—No, —dijo Val— creo que tú eres un villano.

Val se mordió el labio y se concentró. Los hombros de Mabry y sus muñecas no se estaban moviendo con el refinado control que requerían los golpes que lanzaba a Val. Era su mente la que estaba haciendo el trabajo. El látigo era una ilusión. ¿Cómo podía ganar Val, cuando Mabry podía pensar y el látigo cambiaba de dirección y se alargaba en longitud?

Val alzó su espada para bloquear otro golpe y el cordón brumoso se envolvió alrededor de la hoja. Un duro tirón la sacó de las manos de Val. La espada voló por el salón, forzando a varios cortesanos a chillar y echarse hacia atrás. Cuando la hoja golpeó el suelo de tierra endurecida, se rompió en tres pedazos.

El látigo trató de alcanzar a Val de nuevo, saliendo para golpear su cara. Val se agachó y corrió hacia lo que quedaba de la espada, con el látigo zumbando tras ella.

—No dejes que te moleste el que estés a punto de morir, —dijo Mabry con una risa que invitaba a las demás hadas a reír con ella—. Tu vida siempre estuvo destinada a ser tan corta que no habrá diferencia.

—¡Cállate! —Val tenía que concentrarse, pero estaba desorientada, en estado de pánico. Estaba luchando mal; estaba luchando como si quisiera matar a Mabry, pero todo lo que tenía que hacer para ganar era golpearla una vez y todo lo que tenía que hacer para perder era dejar que la golpeará.

Mabry era vanidosa; eso era mucho más que obvio. Parecía fría y luchaba de forma fría. Aunque se apoyaba pesadamente en su encanto, estaba haciéndolo de tal forma que pareciera como si fuera la mejor combatiente. ¿Si podía hacer que el látigo aferrara la hoja de la espada, no podría haber golpeado simplemente la mano de Val? ¿No podría invocar un cuchillo en el cuello de Val?

Debía querer un triunfo dramático. Una pequeña cicatriz en la mejilla de Val. Una larga laceración en su espalda. El látigo envolviéndose alrededor del cuello de Val. Era una actuación, después de todo. La actuación de una maestra del drama ante un tribunal a punto de sentenciarla.

Val se detuvo, de pie a solo unos centímetros de la empuñadura de la espada de cristal, el puño immaculado y parte de la hoja todavía adjunta a él. Se giró.

Mabry estaba corriendo hacia ella, con los labios curvados en una sonrisa.

Val tenía que hacer algo inesperado, así que lo hizo. Continuó justo donde estaba.

Mabry dudó solo un momento antes de enviar el látigo de humo hacia Val. Val se dejó caer al suelo, rodó y aferró la empuñadura de lo que quedaba de la espada de cristal, empujándola hacia arriba, de forma poco elegante, sin gracia, y nada serenamente hacia la rodilla de Mabry.

—Alto, —gritó el hada de cabello dorado.

Val dejó caer la empuñadura, manchada solo con un poco de sangre. Era suficiente. Sus manos empezaron a temblar.

La armadura y las armas de Mabry desaparecieron y quedó de nuevo vestida con su vestido.

—Poco importa, —dijo—. Tu trofeo ensangrentado se pudrirá como se pudre tu amor. Descubrirás que un cadáver no es compañero adecuado.

Val no pudo contener la sonrisa que se extendía por su cara, una sonrisa tan amplia que dolía.

—Ravus no está muerto, —dijo, disfrutando de la expresión en blanco que se extendió por los rasgos de Mabry—. Arranqué todas las cortinas y le convertí en piedra. Estará bien.

—No puedes... —Mabry extendió la mano y el humo se convirtió en cimitarra. La balanceó hacia adelante. Val tropezó hacia atrás, apartando la cabeza del golpe. La hoja le raspó la mejilla, trazándole una línea ardiente en la piel.

—He dicho alto, —gritó el hada de cabello dorado, alzando la caja plateada.

—Alto, —dijo el Rey de la Corte Oscura—. Tres veces me has desagradado, Mabry, espía o no. A causa de tu descuido, los mortales han dejado entrar luz del día en la Corte de la Noche. A causa de tu falta de valor, una mortal nos ha vencido. Y a causa de tu bajeza, mi promesa de que los mortales no sufrirían daño en mis tierras ha sido deshonrada. De ahora en adelante, estás desterrada.

Mabry chilló, un ruido inhumano que sonó como una ráfaga de viento.

—¿Te atreves a desterrarme? ¿A mí, la espía de confianza de Nicnevin en la Corte de la Luz? ¿A mí que soy una auténtica sirvienta de la Corte Oscura y no una pretendiente a su trono? —Sus dedos se convirtieron en cuchillos y su cara se alargó de forma antinatural y monstruosa. Se lanzó hacia Roiben.

El cuerpo de Val se movió automáticamente, los movimientos que había practicado cientos y cientos de veces en el puente polvoriento tan inconscientes como una sonrisa. Golpeó el costado de Mabry y la apuñaló en el cuello.

La sangre se derramó por el vestido rojo, y salpicó a Val. Dedos como cuchillos aferraron a Val, abriendo largas heridas en su espalda cuando Mabry la atrajo cerca, uniéndolas como amantes. Val gritó, un dolor latente, una fría sacudida se alzó hasta paralizarla. Después, bruscamente, Mabry cayó, la sangre ennegreció el suelo de tierra, las manos resbalaron por la espalda de Val. No se volvió a mover.

Una oleada de ruido llegó de los cortesanos. Luis se apresuró avanzando hacia adelante, empujando a un lado a las hadas en su prisa por aferrar a Val que se tambaleaba.

Todo lo que Val veía era la espada de cristal, rota en pedazos dentados, y cubierta de sangre.

—No te caigas, —se recordó a sí misma, pero las palabras no parecían ya tener un contexto. Su visión se nubló.

—Dadme el corazón, —gritó Luis, pero en medio del caos, nadie le prestó atención.

—Ya basta, —digo alguien... probablemente Roiben. Val no podía concentrarse. Luis estaba hablando y momentos después se estaban moviendo, abriéndose camino entre un borrón de cuerpos. Val avanzaba a tientas, Luis la mantenía en pie, mientras atravesaban corredores subterráneos. El ruido de la Corte decayó cuando se abrieron paso hasta el exterior de la fría colina.

—Mi abrigo, —masculló Val, pero Luis no se detuvo. La condujo hasta el coche y la apoyó en él mientras echaba hacia atrás el asiento del pasajero.

—Entra y tiéndete sobre el estómago. Estás en estado de shock.

Había algo acerca de una caja. Una caja con un corazón dentro, como en Blancanieves.

—¿Te lo dio el guardabosque? —preguntó Val—. Él engañó a la malvada reina. Quizás nos engañe a nosotros también.

Luis tomó un aliento entrecortado y lo dejó escapar en una ráfaga.

—Te llevo al hospital.

Eso cortó la neblina lo suficiente como para llenarla de pánico.

—¡No! Ravus y Dave nos están esperando. Tenemos que ir a jugar al dominó.

—Me estás asustando como la mierda, Val, —dijo Luis—. Vamos, tiéndete e iremos a la ciudad. Pero no te me vayas a dormir. Quédate jodidamente despierta.

Val subió al coche, presionando la cara contra el asiento de cuero. Sintió el abrigo de Luis posarse sobre ella y se sobresaltó. Sentía la espalda como si estuviera ardiendo.

—Lo logré, —susurró para sí misma mientras Luis giraba la llave en el contacto y conducía hasta la calle—. Terminé el nivel.

Capítulo 14

Todos los seres humanos deberían intentar y aprender antes de morir de qué huyen, y hacia qué, y por qué.
James Thurber.

Llegaron a la ciudad cuando el sol se ponía tras ellos. El viaje había sido lento. El tráfico congestionado y las largas filas de peaje habían hecho que el viaje se alargara y Val cambiara de posición constantemente en el asiento de atrás. El aire helado de las ventanas que Luis se negaba a cerrar la congelaban y el dolor cuando la tapicería tocaba su espalda hacía imposible el darse la vuelta.

—¿Todo bien ahí atrás? —gritó Luis.

—Estoy despierta, —dijo Val, poniéndose de rodillas y sujetándose al reposacabezas del asiento del pasajero, ignorando lo mareada que se sentía cada vez que se levantaba. La caja plateada estaba colocada en el centro del asiento delantero, las luces exteriores resaltaban la corona de flores esculpida que rodeaba a una sola rosa en la superficie—. Ya ha oscurecido.

—No podemos ir más rápido. El tráfico es una locura, incluso en esta dirección.

Miró a Luis y sintió como si le estuviera viendo por primera vez. Su cara estaba sangrando y sus trenzas estaban sueltas, cabellos rizados sobresalían de su cabeza, pero su expresión era tranquila, incluso amable.

—Llegaremos a tiempo, —dijo, intentando sonar valiente y segura.

—Sé que lo haremos, —replicó Luis, y Val se alegró del consuelo humano de las mentiras mientras continuaban atravesando el tráfico.

Aparcaron sobre la acera del paso subterráneo. Luis apagó el coche y saltó fuera, bajando el asiento para que Val pudiera hacerlo también. Ella agarró la caja y salió del coche mientras Luis golpeaba el tocón de madera.

Val subió corriendo las escaleras, sujetando la caja contra su pecho. Realmente lloraba cuando entró en la oscura habitación.

Ravus yacía en medio del suelo, ya no de piedra, su piel estaba tan pálida como el mármol. Val se puso de rodillas junto a él, abriendo la caja plateada y sacando su ensangrentado tesoro. Estaba frío y se le resbaló entre los dedos cuando lo colocó en la húmeda y abierta herida del pecho. La sangre del suelo se había secado en manchas negras que se rompieron en láminas donde ella había pisado y su estómago se revolvió ante la visión.

Levantó la mirada hacia Luis y él debió ver algo en su cara, porque pateó una pila de libros, levantando remolinos de polvo en el aire. Ninguno dijo nada mientras los momentos pasaban, cada uno sabiendo ya que era demasiado tarde.

Las lágrimas se le secaron en las mejillas y ninguna más llegó. Creía que debía gritar o sollozar, pero ninguna de esas cosas parecía expresar el creciente vacío de su interior.

Val se inclinó hacia abajo, dejando que sus dedos se deslizaban a través del suave cabello de Ravus, apartándole mechones vagabundos de la cara. Debía haber despertado al dejar de ser de piedra, despertado a una cámara vacía y un terrible dolor. ¿La había llamado? ¿La había maldecido cuando comprendió que le había dejado morir solo?

Inclinándose e ignorando el olor a sangre, presionó su boca contra la de él. Sus labios eran suaves y no tan fríos como ella temía.

Él tosió y ella se echó atrás, cayendo a una posición sentada. La piel brillaba sobre su pecho y su corazón estaba latiendo con un firme staccato.

—¿Ravus? —murmuró Val.

Él abrió sus ojos dorados.

—Me duele todo. —Rió y después empezó a sofocarse—. Solo puedo conjeturar que eso es bueno.

Val asintió, los músculos de la cara le dolieron cuando intentó sonreír.

Luis cruzó la habitación y se arrodilló al otro lado de Ravus.

Ravus levantó la mirada hacia él y después de vuelta a Val.

—¿Vosotros... ambos me habéis salvado?

—Vamos, —dijo Luis—. Haces que suene como si hubiera sido difícil para Val acudir a la Corte Oscura, hacer un trato con Roiben, desafiar a Mabry a un duelo, volver a ganar tu corazón, y después volver aquí en hora punta.

Val rió, pero su risa sonó demasiado alta y demasiado quebradiza, incluso a sus propios oídos. La mirada de Ravus se posó en Val y ella se preguntó si él odiaba que hubiera sido ella quien le salvara, si sentía que ahora estaba en deuda con alguien que le disgustaba.

Ravus gimió y empezó a sentarse, pero las fuerzas parecieron fallarle y volvió a caer.

—Soy un tonto, —dijo.

—Quédate donde estás, —Val corrió a por una manta y la colocó bajo la cabeza de Ravus—. Descansa.

—Me pondré bien, —dijo él.

—¿De verdad? —preguntó Val.

—De verdad. —Subió un brazo y le apretó el hombro, pero ella se sobresaltó cuando los dedos se cerraron sobre los cortes de su espalda. Los ojos de él le sostuvieron la mirada durante un largo momento, después levantó un faldón de la tela de su camisa. Incluso por la comisura del ojo, Val podía ver que estaba rígida por la sangre—. Date la vuelta.

Lo hizo, se arrodilló y se levantó la parte de atrás de la camiseta sobre la cabeza. Mantuvo esa pose un momento, después dejó que la camisa volviera a cubrirla.

—¿Es malo?

—Luis, —dijo Ravus con voz cortante—. Tráeme algunas cosas de la mesa.

Luis recogió los ingredientes y los colocó en el suelo junto a Ravus.

Primero Ravus mostró a Luis como cubrir con bálsamo y tratar la espalda de Val, después como curar sus propios piercings desgarrados, y finalmente trenzó amaranto, cortezas de sal y largos tallos de pasto verde. Se los ofreció a Luis.

—Ata esto en forma de corona y colócalo en la frente de Dave. Solo espero que sea suficiente.

—Coge el coche, —dijo Val—. Vuelve a por mí cuando puedas.

—Claro, —Luis asintió, poniéndose en pie—. Traeré a Ruth.

Ravus tocó el brazo de Luis y él se detuvo.

—Estaba pensando en lo que se ha dicho y lo que no. Si los rumores de cualquiera de las dos Cortes implican a tu hermano, estará en gran peligro.

Luis se puso en pie, mirando fijamente por las ventanas hacia la brillante ciudad.

—Tendré que pensar en algo. Haré algún tipo de trato. He protegido a mi hermano desde hace mucho, seguiré protegiéndole. —Miró a Ravus—. ¿Se lo contarás a alguien?

—Tienes mi silencio, —dijo Ravus.

—Intentaré asegurarme que lo merezco. —Luis sacudió la cabeza mientras atravesaba la cortina de plástico.

Val le observó marchar.

—¿Qué crees que le ocurrirá a Dave? —preguntó, con voz baja.

—No sé, —dijo Ravus igual de quedamente—. Pero confieso que me preocupa mucho más lo que le ocurrirá a Luis. —Se giró hacia ella—. O a ti. Sabes, te ves horrible.

Ella sonrió, pero su sonrisa decayó un momento después.

—Estoy horrible.

—Sé que me portado muy mal contigo. —Ravus miró a un lado, a las tablas del suelo y a su propia sangre seca, y Val pensó en lo raro que era que a veces pareciera años y años más viejo que ella, pero otras, no pareciera mayor en absoluto—. Lo que me dijo Mabry me hizo más daño del que esperaba. Fue fácil para mí pensar que tus besos eran falsos.

—¿No creíste que realmente me gustaras? —preguntó Val, sorprendida—. ¿Crees que realmente me gustas ahora?

Se giró hacia ella, con inseguridad en la cara.

—Has hecho muchos esfuerzos para tener esta conversación, pero... no quiero leer demasiado de lo que espero en ello.

Val se estiró junto a él, descansando la cabeza en el hueco de su brazo.

—¿Qué esperas?

La acercó, sus manos cuidaron de no tocar las heridas mientras se le envolvían alrededor.

—Espero que sientas por mí lo que yo siento por ti, —dijo, su voz fue como un suspiro contra la garganta de ella.

—¿Y qué sientes? —preguntó, sus labios estaban tan cerca de la mandíbula de él que podía saborear la sal de su piel cuando los movía.

—Llevaste mi corazón en tus manos esta noche, —dijo—. Pero yo me he sentido como si lo llevaras desde mucho antes que eso.

Val sonrió y dejó que sus ojos se cerraran. Yacieron allí juntos, bajo el puente, con las luces de la ciudad ardiendo tras las ventanas como un cielo lleno de estrellas fugaces, y se deslizaron hacia el sueño.

Llegó una nota en el pico de un pájaro negro cuyas alas refulgían de púrpura y azul, como si estuviera hecho de aceite. Danzaba sobre el alféizar de la ventana de Val, golpeteando el cristal con sus pies, sus ojos brillaban como ónice en la luz que se desvanecía.

—Es bastante raro, —dijo Ruth. Se levantó de donde estaba estirada sobre el estómago, con libros de la biblioteca esparcidos alrededor. Habían estado trabajando en un informe que llamaban "El rol de la depresión posparto en el infanticidio" para conseguir créditos extra en la clase de salud, considerando lo mal que les había salido el proyecto "bebé harina".

Había sido raro caminar por los pasillos de nuevo después de haber estado fuera casi un mes, con la suave tela de su camiseta rozando contra los cortes cicatrizados de su espalda, el olor a limpio de champú y detergente en su nariz, la promesa de pizza y leche con chocolate. Cuando Tom pasaba a su lado, apenas reparaba en él. Había estado demasiado ocupada últimamente, besando culos, haciendo trabajos, y prometiendo no volver a perderse nunca otro día de escuela.

Val fue hasta la ventana y la abrió. El pájaro dejó caer su papel enrollado sobre la alfombra y emprendió el vuelo, graznando.

—Ravus ha estado enviándome notas.

—¿Noooootaaaaaaaas? —preguntó Ruth, su voz amenazaba con asumir la opción más obscena a menos que se le diera detalles.

Val puso los ojos en blanco.

—Sobre Dave... se supone que sale del hospital la próxima semana. Y Luis se mudó a la vieja casa de Mabry. Dice que aunque sea una cloaca, es una cloaca en el West Side.

—¿Alguna noticia de Lolli?

Val sacudió la cabeza.

—Nada. Nadie la ha visto.

—¿Y eso es todo lo que te escribe?

Val pateó algunos papeles sueltos en dirección a Ruth.

—Y que me echa de menos.

Ruth rodó sobre su espalda, riendo alegremente.

—Bueno, ¿qué dice esta? Vamos, léela en voz alta.

—Vale, vale, estoy en ello. —Val desenrolló el papel—. Dice, "Por favor, reúneme conmigo esta noche en los columpios detrás de tu escuela. Tengo algo que darte".

—¿Cómo sabe que hay columpios detrás de la escuela? —Ruth se sentó, claramente asombrada.

Val se encogió de hombros.

—Quizás el cuervo se lo haya dicho.

—¿Qué crees que va a darte? —preguntó Ruth—. ¿Un poco de ardiente acción troll?

—Eres tan asquerosa. Tan, tan, tan vil —chilló Val, lanzando más papeles hacia ella, esparció su trabajo completamente. Después, sonrió—. Bueno, no importa lo que sea, no voy a presentárselo a mamá.

Fue el turno de Ruth de chillar de horror.

Esa noche, de camino a la puerta, pasó junto a su madre, que estaba sentada delante de la televisión, donde los labios de una mujer estaban siendo inyectados con colágeno.

Por un momento, la visión de la aguja hizo que los músculos de Val se tensaran, su nariz captó el olor familiar del azúcar ardiente, y sus venas se retorcieron como gusanos en el interior de sus brazos, pero eso vino acompañado por un asco visceral tan fuerte como el anhelo.

—Voy a dar un paseo, —dijo—. Volveré tarde.

La madre de Val se giró, con la cara llena de pánico.

—Es solo un paseo, —dijo Val, pero eso no pareció responder a las silenciosas preguntas no formuladas que yacían entre ellas. Su madre parecía querer fingir que el último mes no había ocurrido. Se refería a ello solo vagamente diciendo, "Cuando estabas fuera", o "Cuando no estabas aquí". Tras esas palabras parecían haber vastos y negros océanos de miedo, y Val no sabía como navegar en ellos.

—Que no sea demasiado tarde, —dijo su madre débilmente.

Las primeras nieves habían caído, encapsulando las ramas de los árboles en mangas de hielo y volviendo el cielo nocturno tan brillante como el día. Val escogió su

camino hacia el patio de recreo de la escuela mientras pequeños remolinos empezaban a elevarse otra vez.

Ravus estaba allí, una forma negra sentada en un columpio que era demasiado pequeño para él, encorvado hacia adelante para evitar las cadenas. Vestía un encanto que hacía sus dientes menos prominentes, su piel menos verde, pero principalmente parecía él mismo con un largo abrigo negro, y manos enguantadas sujetando una brillante espada sobre el regazo.

Val se acercó caminando, metiéndose las manos en los bolsillos, descubriéndose repentinamente tímida.

—Ey.

—Pensé que debías tener una propia, —dijo Ravus.

Val extendió el brazo y pasó un dedo por el metal romo. Era delgada, la cruz tenía la forma de una hiedra enredada y la empuñadura estaba envuelta en cuero o tela.

—Es hermosa, —dijo Val.

—Es hierro, —dijo él—. Elaborado por manos humanas. Ningún hada será capaz de usarla contra ti. Ni siquiera yo.

Val tomó la hoja y se sentó en el otro columpio junto a él, dejando que sus pies se arrastraran por la nieve, convirtiéndola en lodo.

—Es una especie de regalo. —Sonrió, aparentemente complacido.

—Espero que sigas enseñándome como usarla.

Él sonrió más ampliamente.

—Por supuesto que lo haré. Solo tienes que decirme cuando.

—He estado considerando la Universidad de Nueva York... a Ruth le gusta su departamento de cine y tienen equipo de esgrima. Sé que es diferente a la clase de lucha que me has enseñado, pero no sé, estaba pensando en que podría no ser totalmente diferente. Y siempre está el lacrosse.

—¿Vendrías a Nueva York?

—Claro. —Val volvió a mirar a sus pies enlodados—. Primero tengo que terminar el instituto. Me llegaron todos tus mensajes. —Podía sentir que sus mejillas ardían y culpó al frío—. Me preguntaba si habría forma de enviarte algo en respuesta.

—¿Te molestan los pájaros?

—No. El cuervo que enviaste era hermoso, aunque no creo que yo le gustara.

—Haré que mi próximo mensajero espere tu respuesta.

Hasta hacía poco, ella podría haber sido ese mensajero.

—¿Has oído algo de Mabry? ¿Qué dicen todos?

—Los rumores de las Cortes aseguran que Mabry era una especie de doble agente, pero cada una de las Cortes lo niega. Los exiliados de la ciudad saben que ella era la envenenadora... la Corte de la Luz parece estar reclamando que mataba a requerimiento de la Oscura... pero por ahora no ha sido ligada a Dave. Lamentablemente, me temo que el tiempo revelará su implicación.

—¿Y entonces?

—Nosotros la gente mágica somos inconstantes y caprichosos. El antojo decidirá su destino, no alguna idea mortal de justicia.

—¿Así que vas a volver a la Corte de la Luz? Quiero decir, ahora que sabes la verdad sobre Tamson no hay razón para permanecer exiliado.

Ravus sacudió la cabeza.

—Allí no hay nada para mí. La corte de Silarial mata demasiado ligeramente. —Extendió una mano enguantada e inmovilizó el columpio de ella—. Permaneceré cerca de ti el tiempo que pueda.

—Desapareceré en el suspiro de un hada —citó ella.

Dedos enguantados acariciaron su pelo corto, descansando en su mejilla.
—Puedo contener el aliento.

FIN